

*El Lobo de Mar*

---

***Wilson Izquierdo González***



# **EL LOBO DE MAR**

*Y... otros cuentos*

***Grata bienvenida***

***“El lobo de mar, y otros cuentos...”***, otra brillante obra de cuentos del autor cajamarquino ***Wilson Izquierdo González***, recientemente publicada con el sello editorial ***Lluvia editores***, se adhiere al conjunto de narraciones ***amenas, interminables e instructivas muy al estilo inconfundible del autor.***

***Damos la cordial bienvenida y con mucho agrado la incluimos en nuestra Biblioteca Virtual “Cajamarca” con el único espíritu de fomentar la lectura en los hogares de habla hispana.***

***Agradecemos muy sinceramente ese gesto generoso de don Wilson Izquierdo Gonzáles al permitirnos, nuevamente, compartir con los amables cibernautas que siempre nos siguen.***

***Cajamarca, 01 de julio de 2013***

***Juan C. Paredes Azañero***  
***Director de CaSu***

Wilson Izquierdo González

# **El Lobo de Mar**

*Y... otros cuentos*



**Lluvia Editores**

© **“El lobo de mar y... otros cuentos”**

© Autor: Wilson A. Izquierdo González

Email: [wilizquierdogon@gmail.com](mailto:wilizquierdogon@gmail.com)

©  Lluvia Editores, 2011

Av. Inca Garcilaso de la Vega 1976, Of. 501

Email: [lluviaeditores@gmail.com](mailto:lluviaeditores@gmail.com)

Primera Edición 2012

Tiraje 1,000 ejemplares

Cuidado de la edición: Dennis Izquierdo García

Fotografía de carátula: Zully Izquierdo García

Impreso en Cajamarca, Perú, MMXIII

Qilqasqa Peru llaqtapi

Hecho e impreso en el Perú

Imprimè au Pèrou

Printed in Perú

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional  
del Perú N° 2011-08872

**DEDICATORIA**

*A mis dos nietas piuranas  
Alexa  
y  
Andrea,  
con la ternura y el cariño  
propios, solamente,  
de quien es nada menos...  
ni nada más que...  
el “padre de su padre”.*

**El autor**



**SUMARIO**

O1. Prólogo del Autor	Pág. 009
02. El Lobo de Mar	Pág. 011
03. ¡Un colegio!... para Chaquicocha	Pág. 043
04. Torito Driver	Pág. 065
05. ¡No seas malo!... Rufinito	Pág. 081
06. El talalán de Pucacasca	Pág. 095
07. Maduro muro, muro	Pág. 109
08. Doña Eutanasia	Pág. 121
09. Los Luchos	Pág. 129
10. Del Santos al Palmeiras	Pág. 139



## PRÓLOGO del AUTOR

Este libro tiene su propia historia... y surgió de la necesidad sentida de querer perennizar, mediante “algo” que trascienda la vida material, lo que de ella difícilmente se llega a olvidar, por ser parte de ese edificio que se construye a pulso, sobre la base de un montón de cosas sencillas y cotidianas pero que, una vez vividas, dejan no sólo una, sino varias huellas imborrables que perviven incólumes a través del tiempo. Ese es el caso de la gran amistad que nos profesamos yo y el protagonista del primer cuento de la lista de nueve, que aparecen a continuación.

Y es que el original del cuento “*El Lobo de Mar*”, fue escrito allá por los años 66 y 71 del siglo pasado, en el mismo Monte Grande, a la luz de una lámpara a kerosene de tubo de vidrio y, de yapa, en una máquina de escribir *linchita* marca “Olimpia” de fabricación germana, que fue lo primero que adquirí en cuotas mensuales, al iniciarme en el ejercicio de la docencia en la Escuela Primaria N° 118 de ese lugar, que fue uno de los más pintorescos pueblitos del arrocero valle del Jequetepeque, que ahora yace sepultado por las azules aguas de la represa Gallito Ciego.

Aquél “original” a mí se me perdió, pero lo conservó desde ese tiempo y según él mismo dice... ¡hasta la fecha!, mi compadre Robert Armando Guanilo Céspedes, que por entonces vivía todavía *activo* junto a sus padres, en la calle Adolfo King N° 96 del puerto de Pacasmayo. En la actualidad, ya *jubilado* de todas las actividades que solíamos desarrollar cuando fuimos jóvenes, sigue viviendo todavía en ese mismo lugar al lado de su esposa y de

alguno de sus hijos. Cuando nos encontramos y le manifesté mi interés por recuperar tal antigüedad, obsequioso como siempre, me entregó una copia fotostática que después de pasarla a limpio modificando algunas partes, volvió a refundirse. Sobre eso, tuvieron que formatear el disco duro de mi computadora y cuando traté de recuperar la información del backup, desapareció para siempre sin dejar rastro, una vez más.

Ya no le he pedido una nueva copia a mi compadre Robert, simplemente he reescrito el cuento, echando mano a todos los recuerdos disponibles. Como alguna vez se quejara de que en aquél “original” él se muere ahogado en el río, o mejor dicho, “*yo lo mato*” según sus propias palabras, esta vez no he querido llegar a esos extremos y lo he dejado vivito y coleando allí en su querido Pacasmayo como le gusta, al lado de su familia y de sus más caros amigos “Chileno” y Pedro LLumpo.

Por estas consideraciones, la versión de “*El Lobo de Mar*” que aparece como el primer cuento de este libro, es posiblemente “un poco diferente” de aquella escrita en la máquina Olimpia que él conserva, sigue siendo, eso sí, un canto a la amistad, la lealtad y el compañerismo, que fue lo que siempre me inspiró para escribir el relato. Se incluyen además, ocho cuentos con otras temáticas que, estoy seguro, van a cubrir sus expectativas... y si les gusta la lectura, algunos les van a divertir, otros les harán reflexionar e imaginar realidades diferentes a las que conocen, pero; sobre todo, les van a hacer pensar.

**El autor**

## **EL LOBO DE MAR**

Hacía ya cerca de cuatro meses que Alfredo Izaguirre se desempeñaba como profesor de aula en la escuelita número 118 de Monte Grande. Nada hacía presumir en aquel tiempo —era el año de mil novecientos sesenta y seis— que ese hermoso pueblito que parecía sacado de alguna diapositiva de película del Oeste Norteamericano, en los linderos mismos de su frontera con Méjico, iría a desaparecer de la faz de la tierra para irse sin dejar ningún encargo y sin despedirse de nadie, a descansar por toda la eternidad bajo las tranquilas aguas azules de lo que ahora es la enorme represa del Gallito Ciego.

Serían las tres y media de la tarde del jueves veintitrés de julio de ese año, porque los alumnos a esa hora estaban ya de recreo, cuando sin que nadie lo advirtiera resultó llegando a la escuela un nuevo profesor nombrado con carácter de titular, según él mismo aclaró al tiempo de hacer entrega de una copia de su resolución al director, de lo cual pudieron enterarse todos los otros profesores

incluyendo a Alfredo Izaguirre, por estar en ese momento agrupados para conversar, junto a la puerta de la escuela, como quien vigila el recreo de los niños. Como tal afirmación tomó a todos de sorpresa, el director le formuló al recién llegado, esta pregunta un poco obvia, antes de leer la resolución:

— ¿Se puede saber en reemplazo de quien viene, profesor? Porque da la casualidad que ahora no tengo ninguna plaza vacante.

— Bueno yo no conozco personalmente al profesor que voy a reemplazar. Sin embargo señor director, según dice en la resolución de nombramiento a mi favor que le acabo de presentar, el docente al que debo reemplazar se llama Julio Gálvez Casanova —ya con signos de hacerlo a la defensiva, continuó—: cumplo con indicarle además, que el reemplazo es procedente, porque el indicado docente carece de título pedagógico y trabajaba acá con nombramiento interino, lo que quiere decir que ocupaba la plaza a su cargo hasta que ésta sea cubierta en forma titular —aclaró “el nuevo” lo que dijera con anterioridad, con cierta parsimonia al hablar, pero con una claridad de expresión y una precisión suficientemente convincentes—.

— Vaya, vaya... ¿así que nuestro amigo, el colorado Julio Gálvez no tenía título pedagógico? —incrédulo, bien peinado raya al costado y con su tupecito sin dañársele en la frente, hizo su primer comentario Rolando Moncada Lucianetti, que era egresado de la Escuela Normal de San Pedro de Lloc, para luego

agregar en un tono diferente— ¡Quien lo hubiera imaginado! Para todos nosotros los aquí presentes, Julio Gálvez era egresado de la Escuela Normal de Cajamarca, regentada nada menos que por curas maristas, según lo que él siempre nos dijo.

— ¡Y no nos mintió! —Aclaró a su vez el director de la escuela—. El profesor Julio Gálvez es egresado de la Normal de Cajamarca y tiene los estudios superiores concluidos, pero no es titulado. Al parecer, ha tenido dificultades al tiempo de sustentar la tesis y se quedó sin obtener su título pedagógico, lo cual si logra la mayoría, aparentemente, sin mucho esfuerzo y como algo natural e inherente a sus estudios.

— Pero eso lo habrá sabido usted no más señor director, porque nunca nadie nos contó esos detalles, ni él profesor Julio ni mucho menos usted. Acá todos pensábamos que él tenía título pedagógico, no que sólo era egresado. Además, como desde hace tres días ya no viene a trabajar, seguro que ya tenía conocimiento de su remplazo —intervino en la conversación la profesora Marina Liza Ñique, que por su parte era egresada de la Escuela Normal de la Universidad Nacional de Trujillo—.

En ese momento, justamente, al terminar el tiempo destinado para el recreo, la profesora Marina Liza se retiró del grupo de profesores en el que estuvo conversando y, a punto de pitazo, convocó a los alumnos para que formen cada quien en su “batallón” en la calle de la plaza de armas del frontis de la escuela, para iniciar los ensayos de la marcha para el desfile del veintiocho de julio, según se tenía programado. La profesora Marina Liza,

era la encargada según el turno establecido, de dirigir ese día los ensayos. Como todo comenzó a caminar de acuerdo a lo planificado, el director y el resto de profesores, incluyendo al recién llegado, pasaron a la dirección del plantel para presenciar el acto de “posesión de cargo” que el director tendría que hacer, después de informarse acerca del contenido de la resolución que acababa de recibir, justamente, de manos del “nuevo”.

— Bueno profesor Guanilo —le dijo el director, queriendo dar a su voz un tono solemne y después de echarle una mirada por encima de sus gruesos anteojos a la parte resolutive de la resolución que éste le entregara— su nombramiento está de acuerdo a ley y no hay nada que hacer. Claro, como comprenderá, a todos los aquí presentes nos apena que el profesor Julio Gálvez cese en sus funciones. Pero estas cosas son así. Ojalá que su nueva condición le ayude más bien a regularizar la obtención de su título pedagógico en su escuela normal de origen o en otra cualquiera. Mañana a primera hora iré a la Supervisión Sectoral de Tembladera a dar cuenta que ya usted está en posesión de su nuevo cargo, aunque... si usted prefiere, todavía tiene diez días para asumir sus funciones, lo que unido a las vacaciones de agosto, le daría margen para hacerse cargo de su puesto recién el once. Claro está, si lo prefiere de ese modo.

— Entonces... ¿puedo hacerme cargo de mi plaza recién el once de agosto señor director? —preguntó Robert Guanilo Céspedes, con su alegría ingenua de novato brotándole por todos los poros de su cuerpo y con la inocencia de quien comienza un trabajo reflejada en su semblante, ya que según sus propios y

poco reflexionados cálculos, eso le daría la oportunidad de estar todos esos días en su casa en el calor de su familia y, de yapa, regodearse un poco más con su enamorada hasta esa fecha. Jamás pasó por su cabeza hacer ni siquiera un grueso cálculo de lo que dejaría de ganar en términos de la proporcionalidad de un sueldo, porque hasta ese momento nunca lo había tenido—.

— ¡Claro profesor! —volvió a hablarle el director, dando esta vez a su conversación un poco menos de solemnidad y más familiaridad, pero sin dejar de parecer interesado en “hacer ahorrar” al Estado lo que, de hecho, le correspondería percibir al nuevo profesor, para luego continuar—: hoy es jueves veintitrés de julio y, como verá, estamos en ensayos para el desfile premilitar de fiestas patrias, razón por la cual los alumnos no precisan mucho de su profesor de aula. Mañana es viernes veinticuatro, el sábado es veinticinco, el domingo es veintiséis y el lunes próximo es veintisiete, día del desfile premilitar en todo el Perú. Sin embargo, acá en Monte Grande el desfile y la ceremonia por el día de la independencia nacional acostumbramos hacerla el mismo veintiocho de julio, que es martes. Después vienen las vacaciones de medio año que corren hasta el diez de agosto. Tranquilamente, si usted quiere, puede presentarse a sus labores recién el once de agosto.

— Un momento señor director, debería usted advertirle al nuevo profesor, del mismo modo que le está informando hasta cuándo podría quedarse en su casa, lo que le ocurrirá si se presenta y se hace cargo de sus labores recién el once de agosto —terció Alfredo Izaguirre en el diálogo—.

— No le puede ocurrir nada —contestó el director de la escuela, en el mismo tonito interesado de querer convencer al “nuevo” de que le convenía eso de hacerse cargo de su plaza recién el once de agosto— de acuerdo a ley, para casos de nombramiento o de traslado a su solicitud, los profesores tienen diez días para tomar posesión de su nueva colocación. Como el plazo corre a partir del día siguiente de recibida la resolución por el docente nombrado o trasladado y, como en este caso, el profesor Guanilo ha recibido la resolución el día de hoy, según parece, los diez días se cumplirían el dos de agosto, pero como desde el veintiocho de julio los profesores entran de vacaciones de medio año, de acuerdo a ley, como ya dije, la fecha para hacerse cargo de su nueva colocación sería el once de agosto, primer día útil del segundo semestre de este año. Allí no hay nada qué hacer. La ley es clara y la cosa queda como les estoy diciendo.

— Claro que le ocurrirá algo: habrá dejado de recibir nueve días de sueldo del mes de julio y diez días de sueldo del mes de agosto, además de que, como es fácil inferir, habrá regalado el valor de diecinueve días de su propio sueldo al Estado —volvió a terciar el profesor Alfredo Izaguirre en el debate— pero; de que sea posible que recién asuma sus funciones el once de agosto, lo es como ya lo acaba de aclarar usted mismo señor director. Sin embargo, eso no es nada conveniente para el nuevo profesor, ya que de hacerlo recién comenzaría a percibir sus remuneraciones desde el once de agosto. En cambio si se queda desde ahora a trabajar, a fines de agosto recibirá su sueldo completo de ese mes, más los nueve días de julio en calidad de reintegro, además de hacer uso, nada menos que de sus primeras vacaciones de medio

año pagadas por el Estado. El profesor nuevo no tiene la culpa de que se produzca un período de vacaciones a los pocos días de entrar a trabajar —concluyó Izaguirre su aclaración en forma categórica—.

— ¡Buena Izaguirre! —exclamó el profesor Rolando Moncada, palmeando en la espalda en señal de felicitación a su colega Alfredo, para luego complementar— la verdad señor director es que ni usted ni ninguno de nosotros se ha puesto a pensar en lo que perdería el profesor Guanilo si se regresa a su casa sin hacerse cargo de su puesto hoy día. Diecinueve días de salario no es poca cosa como para tirarla así no más, y eso, si no es aclarado por Izaguirre, Guanilo lo habría tirado al tacho. Así que... a quedarse acá con nosotros, no le queda otra, profesor... Robert ¿Así se llama usted, no?

— Así me llamo, amigo y paisano. El colega Izaguirre tiene toda la razón. Veré como hago para quedarme acá desde hoy día —habló el profesor Robert Guanilo sin mucha convicción, al parecer, por no haber venido preparado para quedarse en Monte Grande ese día, pues; no había traído consigo ni siquiera su cepillo de dientes, según dijo después—.

A pesar de todo y al parecer, en contra de sus propios planes, pues le había prometido a su “pescado” regresar ese mismo día, Robert Guanilo a sugerencia especialmente de su nuevo colega de trabajo Alfredo Izaguirre, se quedó en Monte Grande. Concluidas las labores a las cinco de la tarde, junto con Izaguirre y Moncada, se dirigieron a la pensión de la señora Marujita, donde éstos le

invitaron el lonche. Luego, le hablarían a la dueña de la pensión para indicarle que el “nuevo” vendría a cenar junto con ellos por la noche y que mejor sería que lo vaya anotando en su cuaderno, como uno más de sus pensionista a partir de ese momento, hecho lo cual, el profesor Moncada se despidió y se marchó al cuarto que tenía alquilado por las cercanías diciendo que, tenía algo “urgente y personal” que hacer, presumiblemente en su letrina.

— Bueno, lo de la cena de esta noche y la pensión por el resto de días del mes de julio que me quedaré y que son pocos, según tengo entendido, lo podría pagar recién a fines del mes de julio ¿no es cierto colega Alfredo? —Le preguntó el profesor Robert a Alfredo Izaguirre, con un dejo de sincera preocupación, porque según como se había enterado ese mismo día, sabía que recién le pagarían su sueldo a fines de agosto y, para sufragar este gasto, tendría que recurrir una vez más a su señor padre, al tiempo que se encaminaban a la casa que Izaguirre había alquilado “con tiempo” a don Juan Ortiz, pasando los rieles del tren, en previsión para cuando su esposa viniera de Lima, después de dar a luz a su primera hija—.

— Así es amigo Guanilo, no hay de qué preocuparse. Total, hoy ya pasó el día y... mañana viernes, igual, se irá volando. A las cinco de la tarde en punto, toma usted un tráiler de la compañía de cemento por diez luquitas y, después de una hora de viaje, estará en su querido Pacasmayo. La movilidad en los tráileres le consigue la señora Marujita, porque los choferes toman desayuno allí en su pensión —le aclaró Alfredo Izaguirre como quien quita importancia a las cosas y, para despejar cualquier otra duda sobre

su nueva situación: la del profesor nuevo que llega a su escuela y se instala en el pueblo, donde tendrá que trabajar sabe Dios hasta cuándo—.

— Pero, acá no hay hotel ni posada ¿dónde voy a dormir esta noche? Lo de mañana es otra cosa, ya que a las cinco de la tarde no más, podré regresar a mi casa en Pacasmayo. Y... bueno, finalmente, podría asistir mañana a la escuela sin cambiarme de camisa y lo que es peor, sin lavarme los dientes, contra todas mis costumbres —habló el profesor Robert reflexivamente, como quien habla para sí mismo, pero lo suficientemente fuerte para que su interlocutor le oyera—.

— No hay problema amigo Robert. Yo en mi casa tengo dos camas. Así que una de ellas estará a su disposición. Y por lo del cepillo de dientes, igual no se preocupe. En este momento podríamos ir a la tienda de don Juan Arteaga a sacar “fiadita” en mi cuenta un cepillo o si usted prefiere, yo le hablo a don Juan para que le abra su propia cuenta. Pasta dental, jabón, toalla y todo lo demás tengo yo en mi casa. Así que... ¡asunto solucionado! Y si no quiere usted ir a la escuela mañana con la camisa ligeramente sucia, igualmente, allá en mi casa hay agua, jabón y con qué planchar. Sólo será cuestión de levantarse mañana un poco más temprano para prender la plancha de carbón “con su gallito arriba” —le dijo finalmente Alfredo Izaguirre en tono por demás tranquilizador—.

Robert Guanilo se quedó ese jueves por la noche y el viernes todo el día. Por la tarde, como le sugiriera Alfredo Izaguirre,

tomó un tráiler de la Compañía de Cemento Pacasmayo y se fue a pasar el fin de semana en su casa, con su padre, su madre y sus hermanos y, en “su puerto”, con su “pejilla”, por quién, según parecía, andaba realmente alborotado y con la cabeza caliente. El lunes a primera hora llegó a Monte Grande a la casa de su colega Izaguirre, donde se encontraba alojado provisionalmente y de allí, junto con él, fueron a tomar desayuno a la pensión de la señora Marujita, hecho lo cual enrumbaron sus pasos hacia la escuela. Don Ernesto Alva, director de la institución educativa, al verlo llegar le hizo este comentario:

— Vaya, vaya, profesor Guanilo... es usted el primero y el único profesor que, viniendo de la costa, llega el lunes a la escuela a esta hora. Todos acostumbran hacerlo un poco más de las nueve de la mañana cuando, según dicen, tienen suerte de encontrar movilidad en forma oportuna —era evidente que, lo que le acababa de decir el director, más que una alabanza a su puntualidad, era una especie de reconvención y aviso para que él no incurriera en esa falta—.

— Eso que le han dicho los colegas profesores es muy cierto, señor director. Muchas de las veces no se consigue en qué venir de Pacasmayo para acá, y hay que esperar a que pase algún tráiler, que también, no siempre, quieren hacer el servicio de traernos, porque están prohibidos de andar con pasajeros. Y otras veces, hay que esperar a que se llene el colectivo que hace servicio de Pacasmayo a Tembladera, y a veces, eso se demora más de lo que uno ha previsto y, por lo general, no tiene un tiempo definido. El carro sale sólo cuando se llena —inició una especie

de alegato el profesor Guanilo, dando inicio a una no declarada vocación de “abogado de las causas perdidas” que le acompañó desde entonces y por la que trató de justificar a su manera, como buen compañero que siempre fue, las razones por las cuales los profesores de la costa llegaban tarde a la escuela los días lunes—.

— El caso es que, el viaje de Pacasmayo a Tembladera dura un poquito más de una hora, dependiendo del tipo de movilidad en que venga, pero; de Monte Grande a Cajamarca y viceversa, hay cinco horas de viaje, sin embargo, el profesor Izaguirre nunca llega tarde los lunes. Toma sus precauciones y se las arregla para ser puntual —aclaró el director como el viejo zorro que era, utilizando el caso del profesor Izaguirre como referente, el mismo que acostumbraba regresar de Cajamarca el día domingo, en el servicio nocturno que la empresa “Díaz” tenía a Trujillo, razón por la cual llegaba a medianoche a Monte Grande, lo que le daba margen de dormir un poco todavía en su casa y estar a las ocho y media en la escuela, con una puntualidad que parecía, hasta cierto punto, un poco exagerada para el resto de docentes e incluso para el director, que llegaba después que él desde Tembladera—.

— Allí tiene usted toda la razón, señor director. Lo que yo he tratado de aclarar es que nunca, ni nadie, puede tener la seguridad de estar libre de contratiempos en un viaje, ni mucho menos de que le salgan las cosas según lo planeado —aclaró por su parte el profesor Guanilo, dando por concluida esa conversación, para luego pasar a realizar las labores que correspondían al día lunes y que tenían que hacerse antes del inicio de las clases—.

En realidad, el único día en que se producían algunos inconvenientes, derivados de la puntualidad de los docentes era el lunes por la mañana, debido a que los profesores que venían de la costa, a veces llegaban un poco más de las nueve y sus alumnos, sin profesor que los vigile, comenzaban a hacer de las suyas. Sin embargo, pasado este día, todos cumplían a cabalidad sus responsabilidades y no había un solo “pero” que poner a sus desempeños. Las labores de la mañana comenzaban a las nueve y concluían a las doce, pero los profesores —especialmente los de turno— debían estar a las ocho y media. Por la tarde se ingresaba a la escuela a las dos y se terminaba el día de trabajo a las cinco, hora en que iban apurados a calzarse los zapatos de fútbol para salir en ropa de deporte a la cancha de tierra, al pie del cerro en donde, cuando había luna, se jugaba pelota hasta las ocho de la noche y... cuando no lo había, por lo menos hasta las siete.

A esa hora, entre claro y oscuro, todos los futbolistas del pueblo iban a bañarse al sifón, con excepción de los tres profesores varones de la escuela: Rolando Moncada, Robert Guanilo y Alfredo Izaguirre, que lo hacían en la acequia que surtía de agua al poblado y que pasaba por un costado de la casa que este último tenía por arriendo.

La acequia esa en realidad era un canal de riego de los arrozales y huertas de mangos y otras frutas de temple que se cultivaban en los terrenos de sus dos orillas, cuya toma del río Jequetepeque se hallaba en un lugar conocido con el nombre de “La Huaca”. Como este canal para conservar su nivel y altura tenía que cruzar la línea férrea del tren que unía Pacasmayo con las minas de

Paredones, en Chilete, el que hizo el trazo diseñó para este cruce la construcción de un sifón, el mismo que por su estructura y naturaleza, lograba que el agua en ese lugar se arremolinara y formara en sus extremos, una especie de pozas de donde era fácil no sólo recoger el agua en latas y baldes para el consumo humano de la población, sino hasta para bañarse, con zambullidas y todo, gracias al remanso de agua que se formaba allí artificialmente.

Como a ese lugar iban casi todos los peloteros a quitarse el sudor y el polvo adherido a él, los profesores preferían aprovechar mejor las condiciones que les ofrecía la casa de Izaguirre, donde sea por la oscuridad o la misma privacidad en que se hallaban, podían bañarse hasta calatos o refregar —sin que nadie les viera— su ropa interior sudada hasta no más, como quien se baña. Después, bien bañados y todos peinados con raya al costado —incluyendo a Rolando Moncada que, además, se tenía que hacer una “montañita” a modo de tupé sobre la frente despejada— iban a la pensión de la señora Marujita para cenar. Esa era su rutina de todos los días, menos los viernes, en que Alfredo Izaguirre cuando no se iba a pescar, solía practicar el fútbol sin ellos, porque ese día a partir de las cinco de la tarde, los profes de la costa se mandaban cambiar a Pacasmayo, en el primer carro que fuera de “bajada” y que les quisiera llevar.

Por ese tiempo, en Monte Grande habían dos equipos de fútbol, pero al desorganizarse uno de ellos, Alfredo Izaguirre y sus colegas Rolando y Robert, decidieron crear su propio equipo. Después de muchos debates con los posibles integrantes del equipo e interesados en general, se pusieron de acuerdo para que

el equipo “nuevo” de los profes se llamara “River Fútbol Club” o simplemente “River FC” a la usanza no se sabía de qué lugar y porque “sonaba bonito”:

— “River FC”, ¡sí señor!, nuestro club tiene que llamarse “River” que significa río, en honor al prolífico y hermoso río del Jequetepeque, que aprovisiona sin medida a la población de Monte Grande y a los otros pueblos de toda su rivera, de los más ricos camarones de la costa norte de nuestra patria, así como de las más sabrosas y nutritivas charcoas, sarras, lifes, plateados, picalones y cascafes, con los que la gente de Monte Grande se prepara los más sabrosos sudados de toda esta ubérrima cuenca arrocerá y frutícola del río Jequetepeque —argumentó el profesor Robert Guanilo en la asamblea, con la elocuencia y pasión que le era característica, con lo cual, para no tener que contradecirle y lidiar con su exquisito floró, todos estuvieron de acuerdo—.

Era completamente cierto lo que afirmó el profesor Robert, porque ellos mismos pescaban sin faltar ninguno, los peces de todos esos nombres y denominaciones para hacerlos preparar en su pensión de la señora Marujita, y cuando ésta no podía, donde la señora Carmen de Carrasco que, por ser del cálido Piura, sabía preparar con los camarones los mejores ceviches y con el pescado, los más suculentos sudados de esa parte del valle del río Jequetepeque. El nombre elegido de “River FC” para el nuevo club de fútbol de Monte Grande, claro está, tenía que ver también con el otro “River” famoso de la Argentina y el mundo deportivo de ese entonces, ya que de ese lejano equipo gaucho de fútbol, eran hinchas los tres profesores y mucha gente más, aunque por

estrategia, eso ya no lo expresó Robert al tiempo de argumentar porqué debía llamarse el nuevo club de ese modo y no de cualquier otra forma o manera.

Una vez formado el “River”, no sólo participaron en el campeonato descentralizado de la liga distrital de fútbol de Tembladera, sino que también invitaban a Monte Grande a equipos de Guadalupe, Chepén, Pacasmayo, Tolón, Huabal, la Portada de la Sierra, Santa Catalina, Trinidad, Quindén o Chilete, entre otros. En esas andanzas, uno de los hinchas más furibundos y fieles —descontando a los alumnos de la escuela que eran hinchas incondicionales— fue el padre de familia César Payac, que andaba en un costalillo que nunca se olvidaba de llevar consigo cuando el equipo jugaba de visita, una gran copa con la que solía llegar al pueblo enarbolándola como pendón de triunfo, acompañado de los más destemplados gritos de “cuatro a cero” que solía proferir junto con todos los pasajeros del camión en que se hacía el viaje, y que por ser en su mayoría alumnos de la escuela, seguían gustosos con la farsa aquella de gritar “cuatro a cero” para informar al pueblo que por ese score se había ganado dicha copa, cuando en la realidad y en algunos casos, esa era la cantidad de goles que le habían endilgado al equipo “nuevo” de los profesores.

Los partidos de fútbol se jugaban los domingos, sea en la cancha de tierra de Monte Grande o en canchas de arena, de cascajo, ripio o haciendo a un lado los rescoldos de una chacra de maíz recientemente cosechada, cuando iban en calidad de equipo visitante. Ese fue el caso de un partido de fútbol disputado con

motivo de la fiesta patronal de Santa Catalina, la tierra natal del profesor Juan Saldaña Díaz, que por ese tiempo laboraba como asistente técnico en la Supervisión Sectoral de Tembladera. Por “vara” especial con éste amigo y colega, el “River” fue invitado para disputar con la selección local de ese lugar, el partido de fútbol del día central de la celebración de su fiesta patronal.

Para ese fin, los integrantes del equipo de fútbol local y casi todos sus hinchas, acondicionaron entre gallos y medianoche la “cancha de fútbol” en una recientemente cosechada chacra de maíz. La mala suerte se dio, cuando esa mañana, cayó una torrencial y desacostumbrada lluvia en la zona, dejando al “campo de fútbol” peor que para pasar la yunta de bueyes con el arado, porque estaba más barrosa y fangosa que mandada hacer ex profeso para lechuguino de arroz.

A pesar de ese “pequeño inconveniente” el partido de fútbol programado se jugó, obviamente, si “jugar al fútbol” puede llamarse a tratar de hacer correr una pelota por un campo convertido en un gran barrizal de tierra arcillosa arable sólo si está bien oreada, que se pega a los toperoles de los zapatos formando en ellos una gruesa suela de greda que convertía a la tarea de correr o caminar en algo así como tratar de desplazarse con sendos adobes adosados a los pies. En tales condiciones, el partido hasta el segundo tiempo siguió cero a cero y parecía que iba a terminar así, ante el desencanto general de la hinchada por falta de goles. En eso, en un esforzado avance del “River”, Alfredo Izaguirre fue habilitado por Robert Guanilo en lo que se suponía el área chica y... ya iba a patear la bola con cierta

esperanza de gol, cuando fue “fauleado” descaradamente por uno de los defensas de la selección de Santa Catalina, ante lo cual, al árbitro local no le quedó más que sancionar un penal que, sin discutir si fuera justo —porque indiscutiblemente lo era—, fue pifiado a rabiar por toda la hinchada local, que incluyeron dentro del rubro de estropicios que le gritaron, la ofensa sin nombre de decirle: ¡Chechelev!, ¡Chechelev!

Sin embargo, a pesar de todo eso, el árbitro mantuvo su decisión a pie firme, en razón de lo cual se tuvieron que hacer los preparativos para la ejecución de la sanción, siendo Alfredo Izaguirre el que tendría que ejecutarla por ser el delantero fauleado del “River”, pero; para asegurar el triunfo y llevarse la copa que se lucía esplendorosa en la mesa de control del partido, éste le cedió “ese honor” a su colega Rolando Moncada, que tenía una zurda estupenda por ser más recia que patada de mula y por ser conocido por su certera potencia al disparar tiros libres. Como después de mil dilucidaciones prácticas y teóricas se había logrado ubicar el punto donde se colocaría la pelota para el penal, el profesor Rolando se posicionó para ejecutar la sanción, pero antes de eso, sus compañeros de equipo le sacaron toda la greda de los toperoles con un trozo de palo que por allí se encontró, y lo dejaron liviano como el viento, a dos pasos de la pelota.

Seguramente para asegurar la potencia de su disparo, retrocedió y retrocedió lo menos cinco pasos y luego emprendió la carrera para dar el golpe de gracia a la pelota y hacer el gol. Pero... en su retroceso, justamente, y en su carrera para shotear la pelota, logró otra vez llenarse los toperoles de arcilla y con ese tremendo

adobe en los pies, lo que logró fue solamente darle a la pelota una pequeña “cachetadita” que el arquero recogió, ni corto ni perezoso, entre sus manos con gran lucimiento.

El partido después de la ejecución fallida del penal, terminó como era de esperarse: con un “contundente cero a cero”. Pero existía la costumbre en esos partidos de leyenda, que el equipo visitante cuando había empate, se llevara la copa. Sin embargo, los organizadores del evento deportivo ayudados por los pobladores que querían una revancha, resultaron sacando el argumento de que en esos casos, el empate con “llevadita de la copa” valía cuando el equipo visitante empataba haciendo el gol precisamente del empate y nunca cuando el empate era sin goles, como en este caso materia de debate, plantándose en su decisión de no entregar la copa por más reclamos que hicieron, especialmente, los hinchas del “River” que era el equipo visitante y que de todas maneras querían regresar a su tierra con ese trofeo.

Como los debates lograron convertirse en el foco de la atención de “nativos” y “extranjeros”, la copa se quedó descuidada y abandonada a su suerte sobre la mesa de control del partido, en donde estuvo inicialmente, situación de la que se aprovechó el hincha del “River” César Payac para apropiarse de ella y emprender una formidable huida a carrera limpia, por las bajadas del río Chausis, hasta perderse entre los recodos del camino cubierto por los vichayos, zapotes y el resto de maleza estacional que crece, sin parar y todos los años por esos lares, cuando las lluvias de la época de verano llenan el cauce del Chausis y los lifes del Jequetepeque se suben casi hasta la plaza de Santa Catalina.

Calmados los ánimos y ya sin copa a la vista que cuidar ni ostentar, que era en el fondo el origen y la causa de tanta disputa verbal, Ulises el hermano mayor del profesor Juan Saldaña Díaz, que en esa oportunidad se fue a su tierra natal en calidad de “refuerzo especial”, propuso que de todas maneras el próximo domingo se juegue la revancha en esa misma cancha y a esa misma hora, y que en lugar de copa se juegue un cabrito que él donaría como trofeo del partido, con la condición de que “gane quien gane”, el equipo perdedor tendría que poner una caja de cerveza para asentar el potaje, que iba a estar esperando bien sazonado y preparado en su casa, *“en la subida que hay más allacito no más y antes de la plaza del pueblo”*.

El partido esa vez terminó uno a uno y como no hubo equipo perdedor, los dos equipos pusieron gustosos y sin atisbo de hacer cualquier tipo de reclamo, cada quien una caja de cerveza, que no alcanzó para apagar el particular aroma y el sabor endemoniadamente picante del cabrito que se sirvió acompañado de yucas sancochadas, frijol caballero a punto de reventar y zapallito locre, por lo que hubo que hacer toda la tarde y hasta muy de noche, innumerables “chanchas” para comprar más cerveza cada vez que ésta se acababa.

Por lo general, los profesores de la costa que trabajaban en Monte Grande, Tembladera, Chungal o Pay Pay, viajaban a su tierra natal el fin de semana, salvo cuando había un partido de fútbol que disputar o las veces que concertaban para ir de pesca al río Jequetepeque. En Monte Grande, a Rolando Moncada para las cosas de la pesca le faltaba la afición que tenía de sobra para el

fútbol, pero Robert Guanilo decía con una convicción envidiable, que para esas faenas él era más que un erudito y muchísimo más que un experto:

— Para que lo sepas compadrito —le decía a Alfredo Izaguirre golpeándose el pecho como los buenos, quien para esa fecha ya le había aceptado el pedido, muy en serio, de ser el padrino de bautizo del tercero de sus hijos— yo soy un “pata salada” y nadie me puede ganar en las tramoyas esas de andar agarrando “pescaditos de río”. Porque, comparados con los que se cogen en el mar de Pacasmayo, en las playas de Santa Elena o en la bocana del río Jequetepeque, que son unos verdaderos pescadotes, estos del río de acá, son... minucias, ripio o puro sencillo. Imagine no más un tollo de veinte kilos frente a una charcoquita de veinte gramos —aclarando a continuación con esa misma extraña convicción personal—: ¡Para sus archivos compadre Alfredo, este pechito es nada más ni nada menos que un “lobo de mar” y “un pata salada” consumado, convicto y confeso, amén de ser el costeño más diestro en faenas de pesca, de toda esta región.

— Ya compadrito, ya... no se esfuerce más, ni mucho menos gaste su saliva en vano. Alguno de estos ratos nos vamos a ir a pescar al río y allí va a demostrar usted todo eso.

— Es lo más sensato que usted me ha podido decir, compadre Alfredo —le contestó Robert, con aquella sonrisa en el rostro de quien sabe de antemano que ha exagerado algo— ¡pero que sea pronto... aun cuando... lo mejor será que fijemos la

fecha! Porque eso de decir “cualquier rato” es lo mismo que decir nunca —concluyó con la misma sonrisa—.

Y Alfredo Izaguirre quedó con el “*Lobo de Mar*” Robert Guanilo en ir de pesca el día domingo que se avecinaba ya, para lo cual él regresaría de Pacasmayo ese día a primera hora, después de pasar el sábado, según decía, con sus padres, a los que apreciaba mucho y por los cuales, era capaz, a veces, hasta de despreciar un buen baile de los sábados por la noche y con orquesta de Guadalupe o Chepén, en el patio de la Escuela 109 de Tembladera, en la que estarían de parejas las más jóvenes y hermosas mujeres de todo el valle del Jequetepeque, aunque la verdad fuera que, andaba más templado que cuerda de nota aguda de arpa, de la que hasta ahora es su digna esposa.

En los bailes de los sábados que organizaba en su patio de honor la Escuela 109 o cualquier otra institución de Tembladera, los profesores de Monte Grande aprovechaban para reunirse con sus colegas de toda la cuenca del río Jequetepeque y de todas sus gradientes y cerros circunvecinos. Allí concurrían amigos entrañables de Alfredo Izaguirre, Robert Guanilo o Rolando Moncada como: Lucho Castañeda, Ramón Alvarado, Juan Saldaña, Teófilo Gamarra, Ramiro Calderón, Saúl Fuentes, Oscar Del Águila y muchos otros más, amén de las hermosas coleguitas mujeres del mismo ámbito.

Con los amigos varones, no sólo una vez concluido el baile, sino cada vez que se podía y era oportuno sea cual fuera el pretexto, los profes de Monte Grande participaban en innumerables

partidos de fulbito y básquet, jaranas de guitarreo, canturreo, serenateo y comilonas de toda clase. Sin embargo, la pesca en el río junto con la caza de palomas en época de cosecha del arroz, sin lugar a dudas eran las actividades más espectaculares. Muchas veces, para una faena especial de pesca, venían a Monte Grande los profesores de Tembladera. Se pescaba generalmente con atarraya cuando el río estaba en época de estiaje, que era cuando tenía poca agua y en los cascajales se podía atrapar charcocas, sarras, plateados y los famosos cascafes, con relativa facilidad. (Los cascafes eran muy agradables pero había que comerlos con cuidado porque tenían más espinas que las anchovetas de mar).

En época de crecida del río, en cambio, se pescaba lifes, para lo cual había que ensartar con hilo y aguja a los cushpilaes o lombrices de tierra, en largas sartas, para luego atarlas en una especie de “manojos de lombrices” en una varilla de sauce, el mismo que se hundía en el agua turbia para que los lifes traten de deglutirlos, lo cual se sentía como una especie de tirones o jaladas del palo, en cuyo extremo y dentro del agua se hallaba la sarta. Ese momento se aprovechaba para sacar la sarta del agua junto con los lifes que glotonamente se la querían comer entera, para introducirla dentro de un balde o una canasta donde, al sentirse fuera del agua, se desprendían de su apetitoso bocado para caer en el depósito. Otras veces, cuando el tiempo sobraba, se atrapaba a los pobres pescaditos con anzuelos y... mucha paciencia. Sin embargo, la mayor parte de las veces se realizaba la faena de pescar sólo en época de estiaje, cuando el agua del río se volvía cristalina y reflejaba el azul del cielo, rara vez en época de crecientes y lluvias en la sierra en que el agua era turbia.

Cuando el río tenía poca agua, no se tenía a la mano una atarraya pero sí estaba identificada una buena poza, se pescaba con dinamita. La pesca con dinamita estaba prohibida, pero con suerte, como en aquella época no había todavía ni atisbos de actividades terroristas en el país, la policía no realizaba ningún tipo de control de la comercialización de las canillas de dinamita, de los fulminantes que las hacían explotar ni de las mechas que hacían posible iniciar la explosión. Al parecer, todos esos insumos procedían del asiento minero de Paredones, en Chilete, y desde allí, se comercializaban de mil formas a todo lo largo del río Jequetepeque, aun cuando todas esas formas estuvieran recubiertas de un secreto a voces, ya que en el fondo, la gente interesada en la pesca sabía donde se podía conseguir tales explosivos.

La dinamita se compraba guardando sólo ciertas precauciones, en envoltorios de papel glúpac de bolsa de azúcar, en el cual venían la misma cantidad de “canillas”, fulminantes y mechas. Una “canilla” requería de dos fulminantes y dos mechas, porque se la dividía en dos partes. A veces, cuando se lograba conseguir más fulminantes, se cortaba una canilla en tres pedazos, y cada tercera parte funcionaba casi igual que una mitad al momento de la explosión. Armar la dinamita era casi un ritual. Había que conseguir piedras alargadas del lecho del río, en las que, con la ayuda de ramillas de sauce, árbol que abunda en las orillas del río, se preparaba el petardo. Antes de introducir la mecha dentro del fulminante que tenía la apariencia de un casquillo de bala y que era de aluminio, se tenía que rascar la pólvora que aquella contenía, para asegurarse que el fuego que conduzca haga

explotar al fulminante, el que a su vez provocaría la explosión mayor de la media canilla de la dinamita, todo al unísono.

Para asegurarse de que la mecha no se escape del casquillo del fulminante, se cometía la terrible imprudencia de ajustarla con los dientes, mordiendo la parte del casquillo que no tenía explosivo, sin ponerse a pensar que hacer aquello bien podría haber hecho explotar al fulminante y producir la voladura de los dientes con cabeza y todo, pues si bien la porción de explosivo era pequeña, era cien veces más potente y más sensible que la canilla entera.

El fulminante una vez mordido para asegurar en su interior parte de la mecha con la pólvora raspada, se introducía dentro de la canilla más o menos por su mitad, con la ayuda de un cuchillo bien afilado o una navaja de afeitar “Gillete roja” que había que llevar junto con los otros insumos. Finalmente, la dinamita se amarraba a la piedra alargada recogida del río con las ramillas de sauce. De allí sólo quedaba elegir el lugar donde había que tirar el petardo y... después de la explosión: ¡a recoger todo los pescados que se pudieran!

Y... como suelen llegar las fechas de los onomásticos y de las fiestas patronales de los pueblos grandes y pequeños —porque no hay deuda que no se pague ni fecha que no se cumpla—, llegó el día domingo en que quedaron Alfredo Izaguirre y su compadre Robert Guanilo, en ir a pescar al río Jequetepeque. Tal como había prometido, Robert llegó a la casa de Alfredo en Monte Grande, antes de que sean las ocho de la mañana. La esposa de éste se encontraba para esa fecha en Monte Grande y quedó

gratamente sorprendida cuando, al ir a abrir la puerta para saber quien la tocaba a esa hora —porque era frecuente que mucha gente del lugar se fuera, apenas comenzaba a clarear la aurora, a tocar esa misma puerta para que Izaguirre les aplique alguna ampolleta o administre alguna otra medicina— se encontró con que Robert le ofrecía en lugar de saludo, un paquete con trozos de bonito fileteados a los que sólo faltaba ponerles sal, enharinarlos y freírlos en la sartén:

— Disculpe señora Rosita, pero mi señor padre: don Isidro Guanilo, le envía desde Pacasmayo con este propio que tiene usted al frente, estas porciones de pescadito fresco, para que le fría a este su hijito que también tiene enfrente y, a su vez, para que este mismo señor, les invite a usted, a mi compadre y a todos sus hijitos a comer bonito frito, con su taza de té y con este pancito francés que también he traído desde allá, en esta otra bolsita que también le hago entrega.

— Ay compadrito, usted siempre tan loquillo. Pase, pase... qué ya pues se le va a hacer. Ahorita mismo freímos el pescadito. Su compadre Alfredo no demora en llegar, pues se ha ido a comprar el pan, de ese señor... Correa creo que se apellida, que estaciona su triciclo con el pan que trae desde Tembladera, en la plaza de armas. Siéntese en la salita compadrito mientras yo voy avanzando con el pescado en la cocina.

Dicho y hecho, Alfredo Izaguirre se apareció por la casa allí no más, también con su bolsa de pan tembladerino para el desayuno bajo el brazo. Al encontrarse con Robert, se abrazaron como si se

hubieran visto de años, y luego se pusieron a conversar sobre la pesca de ese día:

— Yo pensé que me iba usted a hacer “pato” compadrito. Pero ya veo que ha llegado tempranito no más y que usted si sabe cumplir sus promesas. No cómo muchos políticos que se conoce —le dijo a modo de broma—.

— Franco, compadre Alfredo, ya le he dicho que este pechito es “pata salada” y, en materia de pesca, soy un verdadero “lobo de mar”. Por algo soy de puerto compadre... —Robert hubiera seguido hablando no se sabe cuántas cosas más, si es que en esos momentos no hubiera sido interrumpido por la esposa de Alfredo, que en ese instante justamente, entró a la sala para decirles—:

— Dejen todas esas sus historias para cuando se vayan a camino al río a pescar. Ahorita pasen a la mesita de la cocina, para que comamos allí no más, porque seremos solo los tres, el bonito fresquito que nos ha traído el compadre Robert de Pacasmayo y que acabo de freír, y que conviene comer caliente. Los chicos todavía están durmiendo, pero les voy a guardar a cada uno de ellos su buen pedazo de bonito frito, ya que siempre recuerdan la vez que estuvimos en la casa del profesor Pedro LLumpo allá en Pacasmayo y nos invitó a todos este sabroso manjar, que es el bonito frito con su té y su pan francés. No se preocupen, pasen, pasen... la mesa está servida —les reconvinó cariñosamente la esposa de Alfredo, porque sabía que tenía que estar caliente para ser más rico—.

Y se fueron a sentar en la mesita de la cocina, para degustar el bonito frito, con su taza de té y su pan francés, según como siempre soñaban volver a desayunarse los hijos de Alfredo. En materia de “desayunos aliñados”, es decir, de esos en los que el café viene acompañado con algo más que pan, mantequilla, queso o mermelada, el bonito frito del mar de Pacasmayo tan sólo sería comparable con el chicharrón con camote frito de Surco, con los tamales de Mala, los chorizos y cecinas de Moyobamba, con el seco de chabelo de Piura o con el adobo del Cusco.

Por ese motivo es que casi no hablaban, ya que sabían perfectamente que “oveja que bala pierde bocado”. Sin embargo, casi ya al terminar de acabar con el tremendo trozo de bonito frito que tuvieron a disposición para desayunarse, entre en broma y en serio, Alfredo hizo este comentario:

— Que bien que haya usted traído el pescado de Pacasmayo, compadrito. Así aseguramos nuestro estómago en caso que hoy día no pesquemos nada en el río. Porque... ¡suele ocurrir!

— Que va, compadre. Usted por ser de la rica selva es un buen pescador, nadador y buceador. Ahora si vamos a pescar algo, por algo se va con usted con este “lobo de mar”. Y... a propósito, ¿con que vamos a pescar esta vez? —Preguntó Robert a su compadre, pues sabía por información, no por experiencia, ya que ésta era la primera vez que realizaría esta aventura, que en el Jequetepeque la gente solía pescar de diferentes formas y maneras, incluyendo la de hacerlo con dinamita—.

— Tendremos que pescar con dinamita, no queda otra. No logré conseguir la atarraya de Juan Saldaña, pues la tiene prestada y no hay cuando se la devuelvan. Pero con su ayuda, logré conseguir dos canillas y cuatro fulminantes ya con sus mechas instaladas dentro de los fulminantes allá en Tembladera, donde también venden esas cosas y que obtienen, no se sabe cómo, de las canteras de las que la Compañía de Cemento Pacasmayo extrae la caliza para su producto —le contestó Alfredo sin dar mucha importancia al asunto—.

— Pero, ¿usted sabe compadrito hacer todas esa macanas de prender la mecha y arrojar la dinamita al río? —Le preguntó Robert, sin querer demostrar la terrible preocupación que comenzó a manifestarse en él, como un cosquilleo que caminaba por toda su espalda—.

— ¡Claro compadre! No se preocupe por nada, de todo eso me encargo yo —le contestó éste— eso ya lo he hecho en muchas oportunidades. Por lo general ninguno de los colegas que me han acompañado a pescar, ha tirado la dinamita...

Y comenzó a explicarle que, cuando el petardo de dinamita se arrojaba en una poza, el ruido de la explosión resultaba un poco sordo, algo así como un poofffff, pero cuando se arrojaba en una correntada, el ruido de la explosión era fuerte y sonaba como un BROOOOMMMMM. Sobre eso, algunas piedras del cascajal salían volando en pedazos o enteras, con el riesgo de alcanzarnos directamente a cualquier parte del cuerpo o caer sobre las cabezas. Le dijo además que, era evidente que hacer eso era por

demás peligroso. Existía el antecedente de que muchos se habían volado las manos y hasta habían perdido la vida, pero tal posibilidad no era impedimento para saborear la adrenalina que significaba, especialmente, prender la mecha con un cigarro y después de esperar el tiempo “justo”, arrojarla al sitio del río donde se suponía que estaban los cascaves, que era ampliamente compensado cuando después de la horrisona explosión éstos comenzaban a blanquear panza arriba, aclarándole que en las pozas, la mayor cantidad de pescado se hundía al fondo, por lo que había que ir a sacarlas buceando, pero en las correntadas, más bien había que ser muy rápido para atraparlos antes de que la misma corriente los arrastre río abajo.

Pescar era casi una tarea rutinaria para Alfredo Izaguirre en Monte Grande. Uno de esos viernes por la tarde en que Robert Guanilo tuvo que viajar a Pacasmayo, la esposa de Alfredo le invitó a tomar café con pan recién horneado de Tembladera y un montón de pescaditos fritos de río que su esposo atrapó con anzuelo la tarde anterior. Habría que aclarar que los atrapó con sus “anzuelos”, ya que en lugar de uno, él acostumbraba adosar un mínimo de cinco en el palo de sauce que tenía para pescar y que utilizaba como caña artesanal de pesca. Como en cualquiera de las pozas del río los pescados chicos sólo roen la carnada comiéndola de a pocos sin embocar todo el anzuelo, lo que impide pescarlos, Alfredo racionalizó que, con una docena de anzuelos en una sola caña de pescar, los atraparía incluso ensartándolos por cualquier parte de su cuerpo, al tiempo de tirar violentamente la cuerda de pescar hacía fuera del agua con cierta rapidez, lo cual verificó que funcionaba siempre que pescó así.

Su técnica era muy simple, tan pronto los pescaditos picaban, había que tirar con energía de la caña de pescar. Con esa manera de abordar la pesca con anzuelo: la de hacerlo con muchos ganchos y la de tirar de la caña tan rápido como los pececillos comenzaban a picar, Alfredo lograba atrapar una buena cantidad de pescados pequeños en un tiempo muy corto.

De allí que a las cinco de la tarde, cuando no había partido de rutina de entrenamiento de fútbol, Alfredo acostumbrara ir al río a traerse no menos de cinco docenas de pescaditos para el lonche de ese día y para el desayuno del día siguiente. Robert como buen “lobo de mar” era muy adicto a este manjar, y prefería regresar un poco más de las cinco de la tarde a Pacasmayo —total los trailers de la Compañía de Cemento transitaban de Tembladera al puerto, todo el día y toda la noche— pero jamás perderse un lonchecito con pescaditos fritos de río con la textura de galletas recién ahornadas.

Allí fue, justamente, cuando decidió emprender la aventura de acompañar a Alfredo en una de esas tantas jornadas de pesca que, éste decía que realizaba. Por eso se había venido de Pacasmayo ese domingo, trayendo sus trozos de bonito para el desayuno, pero... eso de pescar con dinamita, comenzó a no cuadrarle ni como simple idea.

Sin embargo, arreglaron en un maletín los insumos necesarios para la pesca de ese día, se pusieron los atuendo y la ropa requerida para la ocasión —ambos se pusieron zapatillas para caminar por los pedregales de las orillas y de las correntadas— y,

enrumbaron sus pasos camino al río. Iban sólo los dos. Alfredo tiraría los cuatro petardos de dinamita tan pronto identificaran las pozas o corrientes, donde intuirían que estarían los cascafes y... en fin, todo parecía muy sencillo, ¡no había de qué preocuparse!

Un poco más allá, por los bordos de los arrozales ya, siempre camino al río, Robert para disimular su preocupación por lo de la dinamita, iba canturreando los versos que se acordaba de la canción “Acompáñame” que Rocío Durcal cantaba tan bien por la radio. Luego se puso a cantar “Granada”, pero como no le alcanzaba la voz para ninguna de las dos canciones, las reiniciaba en un tono más bajo.

Una vez que llegaron a un remanso del río, Alfredo buscó los chungos alargado en los que tendría que atar la canilla de dinamita con el fin de que se hunda y no flote, consiguió las ramillas de sauce para hacer las ataduras, cortó con su navaja “Gillete Roja” el centro de la canilla y allí hundió el fulminante y lo aseguró como se debía. Luego... encendió uno de los cigarrillos que había traído y prendió la mecha. Esta comenzó a despedir un humo azul y a hacer “shshshshsh” que es el ruidito característico que la mecha suele hacer cuando se quema. Alfredo esperó el momento justo y aventó el petardo a la parte que parecía más profunda del remanso, esperó unos segundos más que parecieron eternos y... ¡pooooofffff!, se produjo el estallido.

El sonido aquel, le dio a entender a Alfredo que la poza de ese remanso del río era algo profunda, por lo que tendrían que ir a buscar el pescado hasta el fondo de la poza buceando, en donde,

especialmente los cascafes grandes se asentarían. Pero primero, había que recoger los peces más pequeños: charcoas, sarras y plateados, que comenzaron a flotar y que la corriente empezó a llevarse muy rápido río abajo, para perderse definitivamente en algún recodo de su largo trayecto hacia la bocana cerca del pueblo de Jequetepeque, si es que una garza o un martín pescador no se los comían primero. Nada o muy poco se perdía. Todo el trayecto del río por el valle que forma el río está poblado de una infinidad de aves, que se alimentan de pescado o camarones.

Fue entonces que Alfredo Izaguirre se percató de que el “pata salada” y “lobo de mar”, convicto y confeso, de su compadre Robert, se hallaba a no menos de cincuenta metros de distancia del lugar donde ocurrió la explosión de la dinamita, bien cubierto y protegido de no se sabía qué, detrás de una especie de hoyada que el mismo río tenía formado por esos rumbos. Al verlo por allí, éste lo llamó a gritos:

— Ándele pues compadrito “pata salada” y “lobo de mar” convicto y confeso, venga, pero rápido, a recoger los pescados que la corriente se está llevando río abajo —Robert se vino corriendo, se acercó a la parte baja por donde el río formaba una correntada, y con los piernas hundidas en el agua hasta un poco más arriba de sus rodillas, echó este grito—:

— ¡Compadre Alfredo!, ¡compadre Alfredo! Acá hay un pescadito de color azul que ya se lo está llevando la corriente...

## **¡UN COLEGIO!... PARA CHAQUICOCHA**

A las diez y treinta de la mañana en punto, don Panchito por fin abrió la puerta de entrada a la Dirección Departamental de Educación de Cajamarca, por la que se colaron a “rempujones” un montón de campesinos, mezclados no se sabe por obra de qué clase de sortilegio, con la “otra clase de gente cajacha”, todos para hacer seguramente algún trámite administrativo urgente en esa entidad administrativa de la educación.

Por aquel tiempo, ese organismo educativo “desconcentrado” del Ministerio de Educación, funcionaba en una casona republicana de la cuadra dos del jirón Arequipa, de propiedad del señor Justiniano Soto. El local se hallaba muy cerca del restaurante “Salas” y de la “Casa del Maestro”, antes de que el primero se convirtiera en restaurante “El Zarco” y la segunda, en el local del SUTEC. Por esas cercanías también quedaban la imprenta

Becerra, el hotel “Plaza” y la tienda de discos LP y de 45 revoluciones por minuto de Amaro Tejada. Al frente de la “Departamental” funcionaba uno de los locales del hotel “El Comercio” y una serie de tiendas pequeñas que vendían anilinas “importadas de Alemania”, según lo auto proclamaban sus propietarios como sinónimo de calidad.

Ahora el dichoso jirón Arequipa se llama “El Batán”, según dicen, porque así se llamaba originalmente, pero la gente mal pensada como siempre, atribuye que tal cambio de nombre se debe a que en la actualidad por allí pasean, orondas y lirondas las reinas de la noche, luciendo junto con el resto de sus encantos, sus poderosos “batanes” para revolotear, moler o hacer picadillo, lo que se les presente en cada ocasión, por sumas de dinero que se negocian al inicio de la transacción y se reajustan por indexación instantánea, a las buenas, después de recibido el servicio o, a las malas, cuando el proxeneta de turno, con arma blanca o de fuego a la vista, hace tal escándalo aludiendo que, justamente, esa “reina de la noche” es su dignísima esposa.

Entrando al local de la “Departamental”, por la vereda derecha del patio de la casona, que bordeaba a una pileta de piedra de cantería ubicada en el centro del patio, y; después de pasar la Oficina de Inspectoría Educativa, en un ambiente reducido de cuatro metros de ancho por otros cuatros de largo, que no tenía más luz natural que la que entraba por la puerta de la habitación, funcionaba la Unidad de Planeamiento y Presupuesto. Comparándolas, la primera era ligeramente más grande que la segunda, lo cual no se traducía como resultaría natural suponer,

en mayor comodidad para los que allí trabajaban, porque los de Inspectoría eran más numerosos y estaban tanto o más hacinados que los que lo hacían en la Unidad de Planeamiento.

En la Oficina Departamental de Inspectoría laboraban en aquella época una buena cantidad de especialistas de cosas que tenían que ver con el control, la investigación, la supervisión o la auditoría, siendo los más conocidos: Luis Cabellos León, Pelayo Alcántara y Alindor Quiroz para supervisión educativa, Jenner Zegarra y Fernanda Bazán para el caso de las investigaciones de inspectoría y dos contadores más para las auditorías contables, los mismos que tenían de jefe a don Sebastián Silva Marín al que la gente involucrada de algún modo en sus quehaceres y, odiosa como siempre, le apodaban “el burro Sheba”.

Ocurrió por esa época también, que a don Sebastián Silva le sobrevino una parálisis facial que, como se sabe, tiene la mala costumbre de ponerse de manifiesto torciendo la cara. A consecuencia de ella, don Sebastián resultó con que una parte de su boca, quería unirse con la oreja de ese mismo lado, lo que fue suficiente para que algún desgraciado, que nunca falta entre los compañeros de trabajo de adentro o entre la gente de afuera, le adosara la chapa de “Burro tomando agua en chorro”. Tanto se había reído de esta chapa Pelayo Alcántara, al contarle el entuerto a su compadre Sánchez Tarma, que éste le tuvo que decir:

— No se ría tanto compadre Pelayito, porque a usted también le han puesto una chapa tan pintoresca como la que le han zampado a don Shebita.

— Y cuál es esa bendita chapa, compadre... —replicó de inmediato, Pelayo Alcántara, picado por la curiosidad—.

— No se me vaya a enojar compadre, pero para usted dicen que es “Cruce de burro con tractor”. Es decir, un híbrido bien... pero bien... rarito, ¿no le parece compadrito? —le contestó Alfredo Sánchez Tarma, con la picardía que era característica en él y que le hacía decirle para disminuir el escozor de sus bromas, un poco en broma y un poco en serio: “no se preocupe compadre por lo que le digo, porque usted ya sabe que compadre que no jode a su compadre, no es buen compadre” —.

— Bueno... bueno... —volvió a replicar Pelayo, pero esta vez visiblemente incómodo por lo que acababa de escuchar, para luego exigir bastante malhumorado— ¿Y quién ha sido el jijuna que me ha puesto esa chapa, compadrito’e mierda?

— Se dice no más el milagro pues compadre, pero no el santo. ¿Acaso me ve usted con pinta de vieja chismosa para darle todo el relleno que usted me está pidiendo? —Le respondió Alfredo Sánchez Tarma a su querido compadre—.

— Segurito que ha de haber sido el shilico simplón ese del Jenner Zegarra, mi oreja si no es así —se respondió así mismo éste, para luego complementar lo dicho anteriormente y siempre tratando de responderse así mismo, con lo primero que se le ocurrió en ese momento— ¡ese shilico del Jenner es un jodido desgraciado, a todo el mundo le pone unas chapas por demás rebuscadas!

— Usted lo está diciendo compadre Pelayo. Porque yo... no sé nada. Con el doctor Jenner somos compañeros de chamba, pero... sobre lo que usted dice que sabe yo no sé nada... —le respondió de nuevo el negro Sánchez Tarma, en su modo cínico y burlón acostumbrado de conversar con su compadre—.

Los campesinos que entraban al local de la Departamental solían llegar, por lo general, a la Oficina de Inspectoría, para interponer allí alguna queja en contra de algún maestro borrachín o mujeriego, en contra de alguna maestra faltona o, para variar, en contra de algún director o directora que había hecho mal uso de algún dinero que por casualidad hubiera llegado a tener la institución educativa a su cargo. Pero esta vez, enrumbaron sus pasos en forma decidida, dirigidos por un guía que ya sabía el camino, a la pequeña oficina de Planeamiento. Eran no menos de treinta padres de familia campesinos de Chaquicocha y venían desde su tierra, según se supo luego, a gestionar la creación de un colegio para el lugar en donde ellos vivían.

En aquellos tiempos era natural que los pueblos, especialmente del área rural, aspiraran contar con la creación de un colegio de educación secundaria, una vez satisfechas sus aspiraciones de poseer una escuela primaria, un jardín para niños o, por lo menos, un programa no escolarizado de educación inicial, al que se conocía simplemente como PRONEI. Lo admirable de todo eso en aquella época, era tanto la perseverancia con la que los padres de familia gestionaban la obtención de ese servicio, como la voluntad política del Estado para tratar de satisfacer esas necesidades. Ahora, al parecer, ya no existe esa voluntad del

Estado y sólo queda la incansable perseverancia de los padres de familia, que muere aparentemente cada año cuando les dicen que no hay presupuesto para lo que están pidiendo, para resurgir de nuevo de sus cenizas al año siguiente y volver a pedir lo mismo.

En la Unidad de Planeamiento Educativo, Alfredo Izaguirre desde hacía ya varios años, era el responsable de realizar los estudios de demanda social y de viabilidad de los proyectos de creación de centros educativos en el departamento de Cajamarca. En esa tarea se ayudaba siempre, con los datos de la estadística escolar que le proporcionaba Alfonso Acosta, su compañero de trabajo encargado de esa área y con los datos que recogía personalmente mediante una visita de verificación al lugar de los hechos. Las nóminas de posibles alumnos que los padres de familia traían consigo para hacer sus gestiones o las que adjuntaban a sus memoriales de solicitud de creación, no eran confiables. Eran listas de alumnos de diversas edades y de diversas promociones de las escuelas circunvecinas y de la propia que, no siempre, llegaban a matricularse en el primer año de secundaria una vez creado el colegio. Algunos ya eran casados y otros trabajaban lejos del lugar y no les era posible matricularse y asistir regularmente a clases.

Por ese detalle, ocurría que habiéndose creado el colegio con no menos de cincuenta posibles alumnos, a la hora de la hora no llegaban a veinte los matriculados, y el segundo y tercer año, la cosa empeoraba aún más, porque sólo eran seguros los alumnos que egresaban de la escuela del lugar, que en el mejor de los casos llegaban a ocho o diez, en total. Esta situación acarreaba la

necesidad de tener que cerrar el colegio y reubicar las plazas docentes con personal y todo, a otro lugar con más posibilidades de alumnado, pero tal cosa no era lo deseable.

Cada año, aproximadamente durante la segunda o tercera semana de febrero, la Oficina de Presupuesto y Planificación Educativa del Ministerio de Educación, precisaba mediante una resolución ministerial, la cantidad de plazas de incremento de ese año en calidad de oferta educativa del Estado, con las cuales, la Departamental de Educación tendría que tratar de satisfacer y atender las necesidades de crecimiento anual registrados por los centros educativos ya creados y en funcionamiento, así como para ampliar la oferta educativa mediante la creación de nuevos jardines, escuelas, colegios, programas no escolarizados e institutos superiores.

Para el caso de los centros superiores de estudios, sin embargo, el Ministerio de Educación se reservaba el derecho de autorizar su funcionamiento mediante resolución ministerial, aún cuando las plazas docentes y administrativas que requirieran los centros educativos a crearse y los estudios de viabilidad necesarios para su creación y funcionamiento, estuvieran siempre a cargo de las oficinas de planeamiento de cada departamental o zonal.

En esa perspectiva, la mancha de más de treinta campesinos que ingresó ese día a “rempujones” a la Departamental y se apersonó a la Unidad de Planeamiento, llegó para solicitar la creación de su colegio, por lo que era imperativo atenderlos. En tal sentido, una vez que de alguna manera se logró acomodar a los dirigentes y

algunos más en la estrecha salita, Alfredo Izaguirre inició el diálogo con ellos haciéndoles la pregunta consabida:

— Bien amigos, díganme en qué podemos atenderlos. Como ustedes saben, a nosotros nos paga el Estado para servirles y parta tratar de atender sus necesidades, siempre que sea posible, claro está.

— Mire señor profesor —inició su petición un padre de familia que, según era de suponerse, debía ser el Teniente Alcalde del caserío al cual todos ellos representaban— sabemos que ustedes le han creado un colegio al vecino caserío de Tabacal, pero nuestros hijos no pueden asistir hasta allí por la lejura y además porque cuando el río crece, nadie lo puede vadear. Así que venimos a entregarle este nuestro memorial pidiendo la creación de un colegio para nosotros en Chaquicocha.

— Eso de la “lejura”, como usted dice, no es tan cierto, porque Tabacal no está muy lejos de Chaquicocha, pero eso no sería inconveniente si es que ustedes tienen alumnado propio en cantidad suficiente, que justifique la creación de un nuevo colegio en el Valle del Condebamba —les contestó Alfredo Izaguirre—.

— Alumnado tenemos de sobra, oiga usted profesorcito. En el memorial le estamos adjuntando una lista que pasa de 50.

— Eso debe ser cierto, no cabe duda. Pero en esa lista, aún sin mirarla, puedo asegurarles que posiblemente hay alumnos que ya sobrepasan la edad de trece y catorce años y debe estar

conformada por posibles alumnos de varias promociones pasadas de las escuelas de Chaquicocha y Palo Amarillo, que serían los centros poblados que alimentarían con alumnos al nuevo colegio a crearse —volvió a retrucarles el alegato Alfredo Izaguirre que, en esa labor, ya tenía muchos años de experiencia y se sabía todas las mañas de los padres de familia cuando se trataba de lograr la creación de un colegio—.

— Pero mire usted mi querido profesor, más fácil es que usted vaya para allá y verifique, por usted mismo, las condiciones reales que sustentan nuestra petición —volvió a argumentar el Teniente Alcalde de Chaquicocha—.

— Claro que sí, eso de todas maneras va a tener que hacerse. El asunto es que este mes —era mediados de febrero— va a ser imposible todavía por cuanto no disponemos del presupuesto para desplazarnos hasta allá.

— Eso no es ningún problema. Nosotros les pagamos los pasajes y les damos la alimentación y el alojamiento allá en Chaquicocha, pero queremos que nos atiendan nuestro pedido lo más pronto que les sea posible.

— En ese caso, como ahora es lunes, podríamos viajar dos personas de esta Unidad hasta Chaquicocha el jueves por la mañana y realizar el trabajo de levantamiento de la información ese mismo día para volver el viernes ya con los datos necesarios. Pero todavía no contamos con el presupuesto, posiblemente el Ministerio de Educación nos lo esté habilitando a más tardar a

finés de este mes. En razón de ello, para esa fecha recién se les podría dar un resultado.

— Está bien profesor. El jueves yo mismo vengo a llevarles hasta Chaquicocha. Tengo una camionetita y en ella voy a venir a recogerles a las ocho de la mañana en punto.

Don Artidoro Chuquitanta, Teniente Alcalde de Chaquicocha fue muy puntual y estuvo esperando a la comitiva conformada por Alfredo Izaguirre y Alfonso Acosta de la Unidad de Planeamiento de la Departamental de Educación, antes de las ocho de la mañana, cosa que cuando ellos llegaron allí, sólo tuvieron que subir sus maletines de viaje a la tolva de la pick-up y acomodarse en la cabina de la misma para iniciar el recorrido, que fue lento pero seguro. Don Artidoro era un chofer muy precavido y buen viajero. Consciente de que a las diez de la mañana ya se comienza a tener hambre de nuevo, después de los frugales desayunos ciudadanos, paró su vehículo en Matara para ofrecer a sus invitados un succulento caldo de gallina. También les quiso invitar un plato de cuy frito con ajíaco de papas, pero su oferta ya no fue aceptada por considerar que ya era demasiada comida tratándose sólo de un segundo desayuno. Luego prosiguieron el viaje en las mismas condiciones de precaución y seguridad, por lo que llegaron a Chaquicocha a eso de la una y media de la tarde.

Tan pronto llegaron, una comitiva de madres y padres de familia les dio la bienvenida y de inmediato les dieron posada en una de las casas que quedaba al pie de la carretera, les ofrecieron una bandeja con agua fresca para que se quiten el polvo del camino de

la cara y las manos, y luego los hicieron pasar a la mesa. Allí, sirvieron a cada uno, un plato de sopa de carne de carnero y uno de segundo con medio cuy de presa, casi enterrado en un mar de ajiaco de papas amarillas. Todo estuvo delicioso y fue consumido por los tres comensales, como si no hubieran apuntalado su primer desayuno con el poderoso caldo de gallina de Matara.

Después del almorzar, don Artidoro les llevó para que verifiquen el posible local donde la comunidad de Chaquicocha deseaba que funcione su nuevo Colegio. Se trataba de una casona de paredes de tapial y techo de tejas, que antes de la reforma agraria del General Juan Velazco Alvarado, había sido la vivienda de los gamonales propietarios de todos esos terrenos tan fértiles del Valle Condebamba, sólo que en esa oportunidad lucía completamente ruinoso y deteriorado, debido al despiadado uso a que fue sometida, por parte de un destacamento antiterrorista de la Guardia Civil que se hallaba acantonado en ese lugar. En el deterioro del inmueble, también era más que seguro que habían contribuido eficazmente, las largas uñas de algunos funcionarios del SINAMOS de ese entonces, que se encargaron de llevar a cabo los trámites de transferencia de ese bien a los futuros cooperativistas, lo que unida a la voracidad caníbal de los “administradores” cooperativistas que les sucedieron, consolidó el descalabro actual en que se hallaba ahora.

Lo cierto era que de la antigua y próspera casa hacienda, sólo quedaban en pie, las viejas paredes de tapial. Todo lo demás se había esfumado, por obra y gracia... ya no se sabía de quién. Al constatar que la casa hacienda estaba ocupada por la Guardia

Civil, sin visas de ser desocupada pronto porque el terrorismo por esa zona en lugar de menguar su accionar estaba volviéndose más rabiosa, Alfredo Izaguirre preguntó a don Artidoro:

— Oiga usted amigo Chuquitanta y... ¿cómo piensan hacer para que la Guardia Civil desocupe el local?

— Esa es justamente la parte en que queremos que ustedes nos ayuden, profesores —les contestó en plural para involucrar a Alfredo Izaguirre y Alfonso Acosta en la respuesta, para luego agregar—: Nosotros creemos que, si es para que funcione un Colegio de Secundaria en este local, los policías tendrían que buscar otro para su campamento ¿no creen ustedes?

— Eso va a estar un poco difícil amigo Chuquitanta —le respondió Alfonso Acosta— como usted sabe, el Ministerio de Educación es el Estado, el Ministerio de Agricultura que es quien posiblemente recepcionó el inmueble cuando se dio la reforma agraria es también el Estado, y ahora si lo tiene la policía, significa que lo tiene el Ministerio del Interior que también es el Estado. Aparentemente la cosa parece fácil, pero como esto ha sido cedido para contrarrestar el terrorismo, creo que va a ser muy difícil si no imposible, lograr que del Ministerio del Interior el local pase al Ministerio de Educación.

— Pero lo que a mí me preocupa es saber ¿por qué quieren ustedes que la Guardia Civil desaloje el local? —Preguntó Alfredo Izaguirre para luego complementar— tengo la impresión de que, lo que quieren ustedes, es tener lejos a la policía a como dé lugar

cuando, aparentemente, tendrían que sentirse contentos de contar con el auxilio de un destacamento policial cerca de ustedes para contrarrestar cualquier acción de los terroristas en este lugar.

— Profesorcitos ahora no puedo hablar sobre estas cosas, porque las paredes oyen —les respondió Artidoro Chuquitanta en voz baja— pero en la noche, en mi casa y como que le metemos un bolo y nos echamos un buen trago de llonquecito, les puedo contar en detalle todo lo necesario. Así que ahora chitón no más.

— Está bien —le contestó Izaguirre— ahora vamos a la reunión con los padres de familia, que ya nos estarán esperando.

Como era de esperarse, un grupo de más de cuarenta padres de familia, entre mujeres y hombres, estaba aguardando la llegada de los representantes de Educación. Ante ellos y moderados por el Teniente Alcalde don Artidoro Chuquitanta, expusieron desde diferentes perspectivas sus deseos de contar allí con un Colegio. Según decían, no les parecía justo que Tabacal tuviera uno y ellos no. Que cuando llovía en las alturas y el río crecía era difícil para sus hijos asistir a clases. Que ellos también tenían el mismo derecho que los de Tabacal, etc., entre otros varios argumentos, pero ninguno de los presentes hizo ni siquiera una referencia tangencial a que, en el fondo, lo que querían era deshacerse de la Guardia Civil, como ya se había vislumbrado en la conversación a solas con el Teniente Alcalde del lugar. Parecía que en eso, se habían puesto previamente de acuerdo y nadie, ni siquiera por equivocación, hizo alusión a ese tema, agarrándose más bien al hecho de verse discriminados con respecto a Tabacal.

Desde diferentes perspectivas, también, tanto Alfredo Izaguirre como Alfonso Acosta, les hicieron conocer que era política del Sector Educación ampliar la oferta educativa en educación secundaria, mediante la creación de colegios, en los lugares en los del área rural que se justificara esta inversión por parte del Estado. Les hicieron conocer, igualmente, que no existía una cantidad de alumnos egresados de primaria suficiente, de las escuelitas de Palo Amarillo y del mismo Chaquicocha, para alimentar lo requerido para el funcionamiento del primer año de secundaria, a partir del año siguiente de creación del colegio, cuando ya no se disponga de un remanente de alumnos acumulado por varios años. Que igualmente podían hacer las gestiones para que el Ministerio del Interior les transfiera el local, pero que tal posibilidad la consideraban poco viable. Que, finalmente, el colegio podría funcionar en otro local, pero que no les podían asegurar la creación por carecer de presupuesto todavía. En fin, todas las preguntas fueron respondidas y todas las aclaraciones fueron hechas por ambos lados. Se sentó un acta de la reunión, firmaron o pusieron su huella digital todos los asistentes y la reunión se dio por concluida. Eran las siete de la noche de aquel jueves...

Después de la suculenta comida en la casa del Teniente Alcalde, en la que se repitió el caldo de carnero del almuerzo, pero esta vez servido bien caliente, con un segundo en el que apareció de nuevo otro medio cuy frito en tiesto, casi hundiéndose en el ajiaco de papas amarillas aderezadas con el aceite ya quemado en el que hubieron frito los cuyes —como es la sacrosanta costumbre de esos lugares— como quien no quiere la cosa, don

Artidoro Chuquitanta invitó a Alfredo Izaguirre y Alfonso Acosta a pasar a su salita en la que, en una mesita de madera de eucalipto les esperaba un paquete de hojas de coca ya suavizadas y adormiladas con anisado, envueltas en un mantel muy bien blanqueado hecho de costalillo de harina de trigo, *“para que la coca no amargue y no pierda su aroma y sabor”*, junto con tres sillas dispuestas en derredor de la mesa, una cajetilla de cigarros negros “Inca” y una bucha de llonque sobre ella, según como aclaró, de buen cogollo de caña de azúcar que había pedido ex profeso de Cajabamba para esta ocasión. Cuando Alfonso Acosta hizo la anotación que lo que faltaba era la cal, don Artidoro sacó el calero del bolsillo interior de su saco de dril, como si se tratara de una joya y lo puso al centro de la mesa diciendo:

— Cómo ya pué diciendo me voy a olvidar de lo principal profesorcito. Acá está el calerito, para que se sirva cuando quiera. Y la sesión de coqueo se inició sin más ni más. En el más absoluto silencio, los tres comenzaron a quitar los peciolos y las nervaduras de las hojitas de coca con la parsimonia propia de este tipo de ocasiones, para introducirlas en sus bocas e iniciar, como es el ritual, con la masticación de las mismas hasta convertirlas en una masa verde, luego de varios remojos con el aguardiente para, finalmente, sacar del calero la cal con su aditamento de metal parecido a una lezna que tiene adosada a la tapa y tratar, con buena puntería, de colocar la cal en el mismo centro del bolo, sin tocar el paladar, ni la lengua ni las paredes interiores de la boca.

Cuando don Artidoro por fin hizo como que se le blanquean los ojos, comenzó a quejarse y, entre dientes a decir: “que mujer ni

mujer” Alfonso Acosta y Alfredo Izaguirre supieron que ese era el momento más indicado para comenzar a conversar sobre las verdaderas razones por las cuales los pobladores de Chaquicocha querían que, de la forma que fuera, el destacamento policial se fuera a cualquier otro lugar, siempre y cuando sea lejos de donde ahora estaban. Seguramente que el hombre quería contar todas sus desventuras con ellos, porque sin que hubiera necesidad de que le preguntaran comenzó a inventariar una por una todas las perradas que éstos hacían.

— Fíjense pues profesorcitos, como ya le había estado adelantando hace un rato, toda la gente de acá de Chaquicocha, sin excepción, quisiéramos que los policías de este destacamento se vayan lejos. Mientras más lejos... sería mejor para nosotros... Para nosotros esta medicina contra el terrorismo que nos ha mandado el Estado, ha sido peor que la enfermedad...

— Vaya, vaya... ¿pero se puede saber en razón de qué, todos ustedes desean eso? —Preguntó Izaguirre—.

— Fácil pues profesorcitos —contestó don Artidoro, siempre dirigiéndose a sus dos interlocutores— los guardias son peor plaga que los camaradas. Todas las noches, por ejemplo, sólo nos tenemos que contentar con escuchar o ver, la vez que se puede, cuando balean a nuestros animalitos domésticos para que con eso se preparen las comilonas que acostumbran hacer después dizqué de cada ronda nocturna que hacen. Hemos preferido ya no criar casi nada para que tal vez al no encontrar qué comer se vayan de puro aburridos. A balazo limpio matan a

nuestras gallinas para hacer su caldo, a nuestros chanchitos para sus chicharrones, a nuestros chivitos para sus cabritos a la norteña... en fin, algunas veces hasta se han baleado a alguno de nuestros toretes y terneritas. No más falta poco para que acaben con todo cuanto tenemos. En tiempo de choclos, igual, en una noche se cosechan lo menos una costalillada de choclitos y todo se lo comen en la madrugada en tanto les llega el día.

— ¿No estará exagerando un poco don Artidoro? —Le interrumpió Alfonso Acosta— eso ha de ocurrir seguramente de vez en cuando pero... ¿todas las noches...?

— No será todas las noches —enmendó don Artidoro para luego precisar— pero dejando una noche... ¡de seguro! Nosotros no somos locos ni malas personas para calumnias por puro gusto, óigaste. Ellos han dado motivo... — hizo una pausa para recargar su bolo con nuevas hojas, las masticó con calma, las remojó con el lloque, prendió un nuevo cigarro “Inca”, aspiró unas tres veces el humo sin golpear, cogió el calero y con precisión de joyero colocó la cal en el mismo centro de su bolo, esperó un rato y dijo:

— Ahora si pueé, Ay Diosito... ¡qué mujer ni mujer! En esta segunda vuelta si que mi bolo se ha armado ricazo y rapidito, más que lo probáste profesorcito —le insinuó, queriendo sacarse el bolo de la boca y pasarlo a Alfredo Izaguirre, dando por sentado que él conocía de la costumbre de hacer “transbordo” que a veces los coqueros suelen practicar cuando a uno de ellos el bolo no le arma como debiera ser o no sabe cómo hacerlo—.

Pero éste, que conocía bien de esta costumbre, le agradeció el ofrecimiento y le aseguró que su bolo estaba armando bien para su gusto, que para él eso era suficiente y que más bien —y eso lo hizo por fastidiar la paciencia a su compañero de trabajo— el transbordo podría hacerlo con Alfonso Acosta, pero éste aún cuando no sabía de que se trataba el tal “transbordo”, también agradeció el ofrecimiento, aclaró que su bolo estaba buenazo y pidió que mejor les siguiera contando las cosas esas que los guardias hacían allí, ante lo cual don Artidoro sin hacerse más de rogar continuó:

— Como les iba diciendo, no es que les tengamos mala sangre, nosotros somos gente de bien, pero nos gustan las cosas derechas y estos desgraciados de guardias son puros “retuertos”. Yo no creo que eso que hacen les manden hacer, ellos lo hacen de puro jodidos que son y sólo para sacar provecho de la situación, cosa que nosotros andamos rejodidos óigaste, porque somos quien paga pato. Qué bueno va a ser pué, que a todas nuestras hijas las acaben de empreñar. Para no ir más lejos, a la hijita de mi compadre Agapito que recién había terminado la primaria, uno de esos guardias jovencitos, dizqué la hizo su enamorada, luego que quedó embarazada, el gallo se desapareció de la noche a la mañana. Cuando mi compadrito se fue a averiguar de su paradero, le dijeron que eso era información confidencial y secreta por ser dizqué “seguridad del Estado”, y que si seguía preguntando podrían acusarlo más bien a él de ser compinche de los terrucos y mandarlo preso de por vida. Que para qué dizqué quiere la información acerca del paradero de un efectivo, si no tiene que ver nada con los terrucos. Así que

calladito se retiró de allí y ahora ellos están criando a su nietito porque a la madre lo han mandado para que trabaje de empleada doméstica en Cajamarca. Pero eso no es todo. Los desgraciados de guardias toman pensión en cualquiera de por acá, piden que les sirvan todos los días gallina guisada o cuyes diciendo que van a pagar más, y cuando menos se piensa, se mandan cambiar sabe Dios a dónde sin pagar ni un centavo, y allí donde trabajaban, con la mentecatada de la “seguridad del Estado” se cierran en masa con todo. También fían en las bodeguitas de por acá, los cigarros por paquetes, los fósforos, la cerveza, las galletas y las latas de atunes hasta por cajas, a sabiendas de que ya están —de seguro— para mandarse cambiar y nos dejan con deudas que pagar a los comerciantes grandes que también eso nos fían a nosotros. En fin... mejor ya no les doy más detalles.

— Hasta donde yo sé don Artidoro —trató de aclarar la situación Alfredo Izaguirre— cuando los guardias tienen una denuncia de abandono de hijo o de cuentas sin pagar, en donde están les ajustan y les descuentan por planilla, además de que eso lo anotan en su hoja de servicios y es un grave impedimento para que asciendan o pidan una reasignación...

— Acá todo eso es puro cuento, profesorcito. No sé qué clase de jefes habrá acá. Pero, a todos nos asustan con eso de querer hacernos aparecer como cómplices de los terrucos o con esa mentecatada de la “seguridad Estado” y no nos quieren dar ninguna clase de datos acerca del paradero de los guardias tramposos o de los malos padres. Pa'qué diablos se meten a hacer hijos si los van a abandonar a su suerte, o pa'qué carajos fían si no

piensan pagar jamás. Eso lo digo yo, óigaste... pero no me negarasté que tengo razón en lo que estoy diciendo, no es justo por Dios, no es justo...

— En eso tiene usted toda la razón. No es justo eso que les hacen bajo ningún punto de vista. Pero al menos, les han librado de los terrucos. Seguro que se han mandado cambiar bien lejos de aquí. No les quedaba otra cosa...

— Onde se habrán ido, eso si no lo sé, pero que se hayan ido lejos, no lo creo. Hace pocos días no más, en Araqueda han hecho esas cosas que ellos acostumbran hacer. Después, hará ya un par de meses, a la bodega de la Justina lo han incendiado con casa y todo, dizqué para escarmentarla porque les estaba fiando mercadería a los guardias...

— Eso sí que está bueno. Fían a los guardias y éstos les tiran cabeza y encima... los terrucos les queman la bodega por fiarles a los guardias... ¡qué bueno está eso! —comentó Alfonso Acosta—.

— ¿Ya ve que la cosa está muy fea para nosotros? Estamos siendo afochados por ambos lados y... sin escapatoria. ¿A dónde ya pué nos podemos ir nosotros? Por eso queremos que más bien los guardias sean los que se vayan. A los terrucos no les tenemos tanto miedo. Ellos sólo les ajustan las clavijas a los que son malos. Por ejemplo, a la mujer sacavueltera le avisan primero que deje de hacer esos disparates. Si enmienda las cosas, ya no le pasa nada, pero si sigue en las andadas, la calatean y le dan una buena maja

en culo pelado. Con el hombre mujeriego también hacen igual, aunque son un poco más condescendientes con ellos. Lo mismo hacen con los abigeos y los ladrones, los estafadores y las autoridades corrompidas, aun cuando a alguno de estos últimos los han ajusticiado en plena plaza del pueblo, pero eso acá no ha pasado nunca todavía. Viéndolo bien, a nosotros tales cosas nos parecen que son mejores que lo que hacen los guardias, óigaste profesorcitos...

— Entonces, ¿nada más que por eso quieren la creación de un colegio aquí en Chaquicocha? —Inquirió Alfredo Izaguirre para confirmar nada más lo que ya estaba quedando bien claro—.

— La verdad, la verdad... que así sería profesorcitos. El colegio no es tan urgente, por lo que se habrán dado cuenta. Tabacal no está muy lejos y cuando crece el río, lo muchachos saben nadar y conocen muy bien los vados...

La “boleada” siguió todavía por un buen rato más, pero ya sin hablar de las cosas relacionadas con terrucos y guardias, porque según don Artidoro, las paredes tenían oídos... Cuando consideró oportuno, después de enjuagarse la boca con un poco de aguardiente y de escupir todos los rezagos de las hojas de coca, don Artidoro se despidió de Alfredo Izaguirre y Alfonso Acosta, indicándoles que en el altillo de la casa estaban preparadas las dos camas donde tendrían que dormir esa noche.

Lo de “dormir” no pudo ser porque, además de que la buena coqueada que se dieron les quitó completamente el sueño todo el

resto de la noche, las camas las habían tendido en el suelo muy cerca de las mazorcas de maíz, que la gente de esos lugares acostumbra secar y guardar en sus altillos, en donde, por descuido o quien sabe por qué razones, casi toda la cosecha estaba siendo atacada por los gorgojos del maíz que, en la soledad de la noche, en sus andanzas y sus afanes por comer, volar a buscar a alguna hembra para aparearse y otras bullas más que hacen sin medida, no dejaron dormir a los “ilustres” visitantes.

Sin poder dormir y con esa clarividencia que da la chacchada de la coca, Alfredo Izaguirre y Alfonso Acosta se pusieron a analizar la situación, llegando a la conclusión de que crear el colegio allí no era una cosa factible, por lo menos ese año. Así que, antes de ganarse más compromisos frente a los padres de familia, a las cinco de la mañana y antes de que amanezca, pusieron al hombro sus maletines y se fueron caminando hasta La Grama, donde Alfredo Izaguirre sabía que su amigo y vecino el “Corcho” Cabrera, después de capacitar a los ganaderos de esa zona los podría llevar de regreso a Cajamarca en la camioneta Land Rover que tenía a su disposición para su trabajo, como funcionario de la Perulac, lo cual ocurriría a más tardar a las diez de la mañana...

## **TORITO DRIVER**

De lo que Ananías llegó a estar plenamente convencido —las veces que se puso a reflexionar retrospectivamente sobre su vida de estudiante— fue la constatación de que nunca logró ser lo que suele llamarse “un buen alumno” en la secundaria y, hasta dónde recordaba... ¡tampoco en la primaria!

Al parecer, sólo en el PRONOEI de Huambocancha, con su señorita Teresita Montoya Zavala, se acordaba que tuvo algunas actuaciones un poco sobresalientes, porque la “profesora” las veces que quería que cante en las actuaciones por el día de la madre, por el día del maestro, por el día de la primavera o cuando llegaba su coordinadora a supervisarla, no se cansaba de repetirle al oído:

— Ananías, tu eres un niño muy inteligente y sólo tú puedes hacerme quedar bien en esta ocasión. Así que, pasa al

frente de tus compañeritos y canta “El hermoso frejolito” cómo sólo tú sabes hacerlo...

Y en esas actuaciones salía a cantar para hacerle quedar bien a su señorita y... claro está, para sentirse importante: no cualquiera era capaz de sacarle de esos apuros a su maestra, que era bonita y aunque para él era muy grande, su corazón latía como loquito cuando se le acercaba y podía oler su perfume, ese perfume que no había identificado todavía a qué olía, pero que le parecía que trascendía por el ambiente igual que lo hacían en la huerta de su casa las flores del limonero, que nunca fructificó y que siempre se quedó sólo floreado. Claro le quedaba que Cajamarca no era tierra para cultivar limones, pero su madre insistía en tenerlo allí “*aunque sea de adorno*”.

Hasta donde sabía, su madre apenas sabía firmar su nombre. Su apellido ya no lo firmaba porque no había aprendido a escribirlo todavía. Su padre, en cambio, tenía primaria completa y cada vez que podía, refería con gran convencimiento que la primaria que él había hecho fue de la buena, “*no como la de ahora en la que di: qué, con la mentecata de que van a desarrollar capacidades, no les obligan a leer ni michi, menos a resolver esas tandas de ejercicios de suma, resta, multiplicación, división y hasta de mezclas y combinaciones, con las que el maestro llenaba la pizarra en sus tiempos. ¡Esas si eran cosas que tenían aplicación en la vida!* Además, como para su suerte o para su desgracia, todo eso y mucho más, le hicieron aprender... ¡a palos!.. ¿Cómo podría olvidarlas entonces?

— La primaria de antes —decía el padre de Ananías—: ¡Esa sí que era buenaza! En esa época, al alumno que no sabía lo

que el maestro le estaba preguntando, le daban una buena maja en su totorrete o en cualquier otra parte del cuerpo que no se viera, sin más vuelta que darle... ¡y eso era suficiente para lograr que uno nunca más se olvide de ese tema!

— Si lo sabré bien yo... —aclaró el Anaco, al tiempo que limpiaba con una franela roja a su recién adquirido *Torito Bajaj*, antes de salir por primera vez a trabajarlo en las calles de esta nueva Cajamarca que, en menos que canta un gallo, había crecido tanto que en cualquier rato, iba a copar de cemento todos los cerros y hasta su inigualable valle poblado de invernás—.

Según sus propios cálculos, en los días buenos, Ananías pensaba que podría hacer con su “Torito” trabajando duro en las mejores horas, hasta setenta y cinco soles, que resultarían del producto de un poco más de cincuenta carreras de “sol y medio”, descontando la gasolina, el cebichito con frito de a dos lucas y alguna que otra fruta o gaseosita para el calor que él también se tomaría, al igual que hacía su primo Remberto, que fue quien le enseñó a manejar en su mototaxi “Mavila”, porque según éste decía *“no era cosa de trabajar como burro sin comer nada, porque a la larga los pulmones son los que pagan pato”*.

— A calzón quitado primito —le había asegurado Remberto— no se hace más de ochenta soles trabajando en estas cacerolas. Los que dicen que ganan más, sólo lo hacen de farfullas.

¡Claro que sí! —se dijo Ananías reflexivamente para sus adentros— hay gente que farolea diciendo que gana hasta ciento cincuenta soles diarios, o sea el doble de lo que le había dicho que ganaba su primo Remberto, pero eso... ¡él sabía que eran sólo puras farfulladas de esos mentecatos!, porque de acuerdo con sus propios cálculos, tal proeza significaría hacer cien carreras, sin descontar los gastos en el “combustible del Torito y de su Chofer”, lo cual, según él y sus bien reflexionados cálculos pero, sobre todo, sin vainas ni cojudezas, ¡era imposible!

Igualito de farfullas resultaban un montón de trabajadores de la Minera Yanacocha que, según sus propias fanfarronerías, además de ganar un sueldazo mensual de siete a ocho mil dólares sin ser gerentes ni siquiera técnicos, recibían por concepto de reparto de utilidades y otras guarivainas más de fin de año, más de cincuenta mil dólares que dizqué “ya no sabían en qué gastar”.

Siempre de acuerdo con sus propios cálculos —y eso que Ananías no había sido bueno en matemática— los choferes de “Torito” para ganarse ciento cincuenta soles tendrían que hacer no menos de cien carreras. Si para hacer una carrera se demora cualquier chofer de “Torito” un mínimo de diez minutos, para las cien carreras necesitaría mil minutos, los que, divididos entre sesenta minutos que tiene una hora, daría como resultado que dicho señor necesitaría trabajar la friolera de diecisiete horas seguidas al día, lo cual, de repente podría ser posible en un plano imaginario, pero; en la realidad, las diecisiete horas de un día no hay carreras para “Toritos”.

Por lo tanto, sus faroleadas eran sólo eso y no otra cosa. Igual que las de los mineros de Yanacocha que sin ser profesionales, ni técnicos, ni especialistas en nada raro o difícil de encontrar en el mercado laboral hablaban todas esas babosadas, para impresionar a las féminas cajachas que, eso sí, sin saber leer ni escribir pero con una habilidad muy grande para usar la tarjeta con pelos que Dios les dio, resultaban manejando sin ton ni son puras cuatro por cuatro por las calles de Cajamarca.

Antes no más de que Ananías terminara la secundaria en su Huambocancha, tuvo “ingreso libre” en la Universidad “Alas Peruanas”, para estudiar lo que él quisiera. También “aprobo” el examen de admisión que los de la UPN fueron a tomarle allá en su Colegio Agropecuario de Huambocancha donde no se tenía ni siquiera un macetero para aprender esas cosas propias del agro, y para variar, la Universidad “Antonio Guillermo Urrelo”, también le había pasado una carta, felicitándole por haber aprobado su examen de admisión tomado a la misma usanza.

Le faltaba sólo ingresar a la “San Pedro” y a la “Nacional”, pero a la “San Pedro” no pudo ser, porque ese examen no lo rindió debido a que el día en que llegaron al colegio a tomarles tal prueba a sus compañeros, él había bajado a Cajamarca a vender dos carneros, por encargo de sus padres, que necesitaban la plata con urgencia. Y... a la “Nacional” tampoco, porque ellos no acostumbraban todavía hasta esa fecha, salir a tomar la “prueba de admisión” hasta los mismos colegios, como hacían por costumbre las demás universidades privadas a las ganadas y en una loca competencia de quien llega primero. Con algo... tenían

que demostrar a los cuatro vientos que eran “competitivas”, que habían democratizado la educación superior y que se encontraban a la vanguardia de la globalización.

Según lo que siempre había pensado, a Ananías le habría gustado estudiar “Psicología”, porque esas cosas le encantaban. Cuando le escuchó a su profesor de Ciencias Sociales hablar sobre el consciente y el subconsciente, sobre cómo se forma la personalidad y especialmente, sobre los fenómenos paranormales, creyó que su vocación estaba allí. Pero más que todo, la Psicología le cayó bien porque, según él, en esa carrera no habría mucha matemática. Pero cuando fue a plantearle esta decisión a su padre, éste le dijo muy orondo y en un tono de solemnidad que nunca le había oído:

— ¡Qué estudiar en la universidad ni qué ocho cuartos! Lo que tienes que hacer, jovencito, es trabajar para ayudarme a sostener los gastos de la casa. Este domingo voy a vender el toro barroso en la pecuaria de Cajamarca y con eso pagamos la inicial de un “Torito” para que lo chambees, si es posible desde pasado mañana.

Chambear en el “Torito” no ocurrió “pasado mañana”. Lo que si ocurrió fue que —cuando Ananías llegó acompañado de su señor padre, a una de las casas distribuidoras de “Toritos Bajaj” en Cajamarca— toditas las ganas de estudiar en una universidad se le esfumaron como por encanto. Diríase que fue algo así como un flechazo, lo que hizo que Ananías resulte perdidamente enamorado del “Torito”, el mismo que, una vez pagada la cuota inicial por su padre, pasaría a ser enteramente suyo y de nadie más. La idea de poseer el estilizado vehículo de tres rueditas,

como el triciclo que nunca tuvo de niño, le fascinó de tal modo que ya no quiso volver a pensar en estudiar jamás, mucho menos todavía, diez ciclos bien jalados en una universidad.

Sacar el brevete de conductor del “Torito” fue otra particular experiencia de aprendizaje para Ananías. Tenía que ir a una “escuela de choferes” y pagar allí los derechos —habidos y por haber— para aprender a conducir vehículos motorizados según las normas de tránsito vigentes. Pero, como Ananías ya sabía manejar bien a su “Torito” cuando llegó a la “escuela”, debido a que su primo Remberto —que tenía una mototaxi “Mavila”— le enseñó todos los trucos y mañas que se conozcan en menos de lo que se tarda en rezar un Ave María, por lo que él, para esa nueva situación, ya estuvo más que listo. En esa “escuela” no llegaron jamás a enseñarle nada y sólo tuvo que pagar, eso sí, sin alegar, quejarse ni protestar, los derechos de una enseñanza que nunca recibió ni iría a recibir jamás.

— Si ya sabes manejar mototaxi, las normas de tránsito las tienes que estudiar en tu casa —le dijo muy serio el “instructor” de manejo de la “escuela de choferes”, para luego agregar— y si pagas todo lo que te corresponde pagar al contado y por adelantado, nosotros te expedimos el certificado, y ya estarías expedito para gestionar tu brevete en la Muni, mañana mismo. Las normas de tránsito las vas a tener que aprender en la práctica y no de otra forma. Eso no se aprende en escuela... cholito.

Y Ananías pagó lo que le fueron indicando que pague, tanto en la “escuela de choferes” como en la Municipalidad Provincial de Cajamarca. El reglamento de tránsito lo compró en la puerta de la Dirección Regional del Ministerio de Transportes, junto con un

montón de exámenes de reglas de manejo, fotocopiados no se sabe cuántas veces por la “técnica” de obtener la nueva copia sin necesidad de la matriz, y los estudió hasta memorizarlos por completo. Luego dio sus exámenes en el lugar y la fecha que le indicaron. Allí mismo, le precisaron en forma verbal que sólo tenía que esperar a que le entreguen el brevete y... eso hizo.

Pasaron algunos minutos largos que le parecieron interminables, y por fin le entregaron su tan ansiado brevete. Era consciente de que, de normas de tránsito no sabía casi nada en forma práctica, aunque en teoría —había aprobado el examen escrito— todo eso lo supiera de memoria. Ahora, sobre manejar el “Torito” por las calles de la ciudad, también sentía que estaba todavía bastante “crudo” —aunque hubiera aprobado el examen práctico de manejo—. Pero, con brevete en mano era otra cosa: estaba con licencia para salir por las calles a “ganarse la vida” y eso fue lo que comenzó a hacer tan pronto metió la dichosa licencia dentro de uno de los porta tarjetas de su billetera, que guardó en el bolsillo posterior de su pantalón jean azul, emprendiendo el recorrido “en serio” a partir de la intersección de las avenidas “Vía Evitamiento” y “Hoyos Rubio”, rumbo al “Puente Amarillo”.

Según lo que por su cuenta había estudiado y aprendido, esta vez “muy bien”, debido a que ahora para él todo eso tenía sentido, pues estaba claro que lo necesitó aprobar aquél examen escrito para poder manejar su “Torito” —y no como había ocurrido en el colegio, en donde casi todas las cosas que le enseñaron no sabía para qué le servirían en la vida— se dijo firmemente para sí varias veces, que tenía que manejar su “torito” con mucha prudencia, que tenía que ser muy precavido y manejar siempre a la defensiva,

que tenía que ser muy respetuoso de las normas de tránsito, que debía respetar la vida y al peatón, porque la vida está primero que nada... y otras cosas más que su primo Remberto le dijo.

En fin, que tenía que ser un buen conductor de su vehículo, pero que todo eso lo haría ya como trabajar. En eso estaba, y... cuando menos se lo esperaba, un tico con farola de taxi le adelantó por la derecha y se clavó en el espacio que, de acuerdo a lo que estaba normado en el Reglamento de Tránsito, debe existir entre su vehículo y el vehículo de adelante. Para evitar el accidente que intuyó que ya se le venía encima, frenó y evitó el inminente choque, que de inmediato infirió que sería fatal para él porque él resultaría siendo “el chocador”, vio que el chofer del tico seguía su camino —más tranquilo que bebé que termina de tomarse su biberón— en un estado de inconsciencia inaudita y sin la posibilidad de que le diera siquiera la tos, por lo que acababa de hacer.

Para restablecerse del susto, manejó su vehículo una cuadra más y se estacionó a su derecha tan pronto como pudo, en un espacio que encontró disponible a un costado de la pequeña Iglesia de San Roque. Allí, apagó su motor y respiró profundo, del modo en que el médico le pedía hacerlo, para examinarle los pulmones... hasta que por fin se serenó. Con los nervios relativamente en paz, Ananías encendió de nuevo el motor de su “Torito” y conmutó la llave del direccional para indicar que iba a salir de donde estaba estacionado. Vio que eso era posible debido a que la estación wagon blanca con farola de taxi que venía por el carril al que pensaba salir, estaba todavía a unos 25 metros de distancia, pero... no pudo hacerlo, porque la bendita estación, en lugar de

sobre-parar como era lógico que haga, aceleró como si habría visto al diablo y junto con su chofer, un ratón de una edad parecida a la de él, pasó raudo tocando la bocina y haciéndose el que no mira para ningún otro lado más que hacia adelante.

Y así pasó uno, y otro, y no menos de cinco vehículos más, utilizando la misma “técnica” de acelerar, tocar bocina y hacerse los que no lo ven. Algunos incluso le hicieron un par de “guiños” con sus faros delanteros para indicarle seguramente que no haga lo que pensaba hacer: salir de donde estaba estacionado. Finalmente, cansado de esperar que la cortesía funcione un poquito, comenzó a “meter la cabeza” de su “Torito” poquito a poco. Dos taxis más conducidos por ratones con breveté pasaron casi rozándolo, por lo que, convertidos en la “flor de la canela” le derramaron no se sabe qué lisuras en su cara pelada. Finalmente, el tercer taxi ya no pudo pasar y frenó. Ananías entonces recién logró la proeza de salir de donde estuvo estacionado.

Con los nervios a punto de reventar siguió su camino y, al llegar al semáforo de la intersección entre Manuel Seoane y la Vía de Evitamiento Norte, cuando ese semáforo todavía estaba en rojo, le tocaron el claxon a rabiar una fila de taxistas que estaban detrás de él, debido a que todos ellos acostumbran aventarse en rojo tan pronto el semáforo del otro lado se ponía en ámbar. Para variar, esta vez le dijeron “en japonés renegón” un montón de palabras ininteligibles que, seguramente, debieron ser intraducibles.

Con la intención de no seguirles dando lata y, aprovechando que el semáforo se le puso en verde, intentó avanzar, pero; de la otra pista que antes estuvo en verde pero que en ese momento ya estaba en rojo, entró embalado y al parecer sin frenos, un auto

Toyota “Yaris” de color azul acero con farola de “Taxi Plus”, al cual Ananías, “que tenía todo el tiempo del mundo”, se vio obligado a darle pase frenando su vehículo como pudo, porque, claro, comprendió en ese momento que él chofer del “Yaris” azul acero estaba apuradísimo y si no hacía eso, simplemente se lo llevaría de encuentro.

Siguiendo su ruta de norte a sur por la Vía de Evitamiento, Ananías llegó a lo que alguna vez fuera el Óvalo Musical. Para su suerte, allí ahora hay semáforos, porque antes era una caldera del diablo, debido a que todos los choferes de taxi y de combi o microbus, sin excepción, si venían por la Avenida Atahualpa, estaban segurísimos de que tenían la preferencia, y si venían por la avenida Vía de Evitamiento, igual. Como ahora ya había semáforos en las cuatro intersecciones del óvalo, Ananías creyó que todos esos problemas ya se habrían solucionado, pero cuando avanzó unos metros aprovechando que el semáforo en verde le estaba indicando que podía seguir, cayó en la cuenta de que la cosa seguía igual o... peor que antes, con semáforo y todo.

¡Ay carajo! Diga lo que se diga, pero los choferes cajachos son altamente creativos —comenzó a hablarse así mismo Ananías— al igual que los ambulantes que han creado un kilogramo de setecientos cincuenta gramos, los choferes de Cajamarca han inventado avenidas que siguen como “preferenciales” a través de todos los óvalos que encuentren a su paso. *“Por eso, y no por ignorancia —que va a ser— se avientan al interior del óvalo con la valentía y la seguridad que se basa, justamente, en esa su creación heroica”*. Ojalá que nunca se les ocurra ir a Lima o cualquier otra ciudad grande de la costa, premunidos de ese fatal convencimiento... Es

fácil imaginar lo que les pasaría —concluyó, igual para sí mismo—.

Pero Ananías, al ingresar por primera vez al “Ovalo Musical” con el semáforo en verde, tuvo la seguridad de que las normas de tránsito deben cumplirse a cabalidad y tuvo la idea —peregrina e ingenua, por cierto— de que podía avanzar tranquilo y seguro hasta la intersección de la Av. Atahualpa —la que viene del Óvalo Francisco Bolognesi— pero; antes de que pueda hacer nada, se encontró con muchos taxistas de “Tico”, de “Matiz”, de “Alto”, de sations “Toyota” y “Nissan”, de microbuses y, para variar, también de mototaxis y “Toritos”, que venían “apuradísimos de recoger pasajeros del Terminal de Línea y que, a pesar de tener el semáforo que les corresponde en rojo, se aventaban al óvalo casi por su encima, porque el ayudante del micro o de la combi, le había hecho un ademán con el brazo desde la puerta abierta de su vehículo, para avisarle con esa seña que *“ellos están manejando una ambulancia y que estaban llevando un paciente con paro cardíaco al hospital para que allí sea atendido y evitar que se muera”*, por lo que existía la obligación de todos los demás de cederle el paso a como dé lugar.

Después de varios incidentes como ese, finalmente Ananías logró cruzar las dos intersecciones del “Ovalo Musical” con las avenidas que desembocan allí y ya estaba de nuevo en la ruta por donde vino: la Av. de Evitamiendo Norte. Pensó, aliviado, que por fin sus males se habían acabado, pero ahí justamente se encontró en su camino con un montón de mototaxis de diferentes marcas que se iban a paso de tortuga por media pista, con sus motorcitos de un cilindro y su tracción a cadena,

resoplando como bestias de carga, “*porque esa pista la acababan de comprar y... jera de ellos y de nadie más!*”.

Más allá, pasando el Puente Amarillo y para adelantarle, un “Torito Bajaj” le metió la cabeza de su “cacerola” —la llamó así porque la carrocería de ese “Torito” ya está bien maltratada— lo pasó por donde mejor pudo y encima le insultó con no se sabe qué lisuras. Lo único que logró identificar de toda esa sarta de improperios fueron las palabras, “cholo animal” y “tu madre” en razón de lo cual y porsiacá, les contestó “la tuya será”. Al recordar las caras de todos aquellos choferazos llegó a la constatación de que la mayoría eran púberes como él y, en el colmo de los colmos, hasta “más ratones” y “más indios y cholitrancos” que él.

Supuso entonces que, seguramente, recién el año pasado habrían terminado su secundaria al igual que él o que simplemente, los menores que él, ya no pensaban concluirla porque siempre les quedaría la alternativa de comprar los certificados de secundaria que les falten, donde algún director corrupto de colegio o, para variar, de algún programa no escolarizado de educación de adultos de la ciudad de Cajamarca, de esos que educan a distancia y que, por esa misma distancia no pueden hacerles llegar ninguna forma de educación.

¡Por Dios! —Se dijo Ananías para sus adentros, otra vez— y ahora todos ellos son los dueños de las pistas y las calles de Cajamarca, y se han constituido en nada más ni nada menos que: en “*Choferes de Última Generación*”.

¡Que Dios nos libre de ellos!, porque si provocan un accidente, se comunican por sus radios o por sus celulares y se juntan como abejas de un panal de miel, para “defenderse” de no se sabe qué abusos o para echarle la culpa siempre al otro, jamás a uno de ellos, porque ellos son los únicos que manejan bien —le pareció que le decía a sus oídos su primo Remberto—.

Para terminar su primer recorrido de ensayo Ananías una vez pasado el Puente Amarillo, enfiló por Manuel Seoane, pero justo frente a la capillita de “San Roque”, la antigua Vía de Evitamiento se bifurca en “Y” nuevamente, por lo que obligado tuvo que enrumbar su “Torito” por la vía de la derecha que forma la calle Delfín Díaz para ir a parar en perpendicular en la Av. Hoyos Rubio, por las cercanías del Asilo de Ancianos. Con todas las precauciones cruza el carril de Hoyos Rubio que va hacia el Quinde y voltea por el carril de la misma avenida que regresa a Cajamarca. En el semáforo del cruce de Hoyos Rubio con Seoane, enfila otra vez hacia esta vía para irse al Ingenio, pero como es el último en cruzar en verde, se encuentra con una combi, tres “Toritos” y dos taxis, que vienen a toda velocidad en sentido contrario por el carril que en teoría le corresponde a él, y para no originar un accidente, les tiene que ceder el paso metiéndose casi de cabeza en la berma que también hace de acequia para aguas de lluvia de esa calle.

Quisiera protestar y denunciar este hecho a un policía, pero “todas ellas” —porque ahora son mujeres los policías de tránsito— seguramente están atareadísimas “dirigiendo” el tráfico por el centro de la ciudad, reemplazando diligentemente a los semáforos de por allí, tocando pito como Dios manda y con sus

manitas, indicando que los carros avancen a pesar de que el semáforo está en rojo. Con suerte, a alguno de los conductores de la perpendicular a esa calle le tocará avanzar cuando el semáforo se ponga en verde o... cuando, a la buena policía se le dé la gana, después de que su primo que viene en el último carro de la otra vía, haya pasado como quería ella. Después de pasar todas esas vicisitudes, cuando por fin logró estar a salvo en su casa allá en su querido Huambocancha, cogió la llave de arranque del Torito y le dijo a su padre:

— Papá, discúlpame, pero mañana mismo me voy a matricular en la Universidad “San Pedro” para estudiar para Profesor de Educación Primaria. Acabo de descubrir que esa es mi vocación. Tengo que educar a mucha gente para ser respetuosos de las normas que existen en la sociedad, para poder vivir en paz y como seres civilizados.

— Está bien —le contestó su padre— si eso quieres ser, yo respeto tu decisión. Pero... tus estudios los tienes que pagar tú, trabajando en el “Torito” que te he comprado, además de entregarle a tu madre veinte soles diarios para parar la olla en la casa. ¿Cómo lo harás?, ¡Ese es tu problema!, lo único que quiero es que cumplas a lo que te comprometes, como el hombre de bien que yo siempre he tratado que lo seas.

Ananías no llegó jamás a ganar setenta y cinco soles diarios, producto de las “*cinuenta carreras de a sol y medio*” que pensó que podría hacer, pero si gana treinta o cuarenta soles diarios, con lo que religiosamente cumple el compromiso con su padre de entregarle a su madre 20 soles para “*parar la olla*”, y juntando el sencillo que le va cayendo, para pagar los ciento sesenta soles

mensuales de pensión de enseñanza en su Universidad “San Pedro”, donde tiene la posibilidad de estudiar para hacerse profesional, por las tardes —cuando baja el movimiento— quedándole tiempo por la mañana y por las noches para trabajar su “Torito Bajaj” que, por suerte, ya pagó la última de las cuotas que quedó como saldo, después de pagar la inicial con la venta del toro “barroso”.

Sólo que, si puede, nunca se va por los jirones Silva Santisteban y Junín, que en la realidad son sólo una calle, debido a que allí sus colegas “choferes” de “Torito”, de “Mototaxi” y hasta de “los otros vehículos más grandes”, se avientan por el carril de la izquierda en el que, como siempre hay carros estacionados, y al no poder seguir después de un trecho por ese mismo carril por los carros estacionados, para volver al carril transitible de la derecha —en el cual está prohibido estacionarse y que por ese motivo, justamente, está siempre transitible— “meten la cabeza” al primer descuido y en el primer hueco que encuentran, sin importarles un pepino lo que les digan los choferes respetuosos que siguen en largas filas en el carril de la derecha, y encima sabiendo que hacer eso va contra las reglas de no ocupar las distancias inter vehiculares...

— Porque de saberlo lo saben, primito, ende que son “choferes profesionales pué” —le contestó en tono de risa su primo Remberto a Ananías, cuando uno de esos días en que se encontraron en Huambocancha, le comentó lo que ocurría en esos jirones—.

## **¡NO SEAS MALO!... RUFINITO**

— Mire Pío, a mí no me parece, y en eso discrepo profundamente con usted, que la caridad consista en comprarle caramelos a un niño que los venda por la calle —le aclaró don Jorge Cueva a Pío Campos, en una conversación informal que tuvo con él, sobre la virtud de la caridad y las formas de cómo ésta podía traducirse en hechos concretos de la vida cotidiana—

— Claro, —contestó emotivamente el aludido— es natural que piense así, porque no creo que siendo niño, usted haya trabajado alguna vez para ganarse su sustento diario. Yo, en cambio, sé lo que es eso, y sé lo que se siente cuando la gente nos da la espalda y nos trata con desdén, como si la pobreza fuera una enfermedad contagiosa, y encima de todo eso, cuando uno no sabe a qué hora nos tocará almorzar ese día, como uno más de nuestra dolorosa existencia...

— No me va a decir que usted ha trabajado de niño para ganarse su sustento. Hasta donde le conozco, sé que no ha vivido en la opulencia, pero sé igualmente que su padre trabajó duro para que el pan no falte en su mesa —replicó de inmediato don Jorge Cueva, con su serenidad de siempre, sabiendo de antemano que lo que decía estaba sustentado en la verdad—.

— Bueno, tiene usted razón en esa parte —le aceptó Pío, para luego complementar con un “pero” típico en él, con el que pretendió aclarar el asunto— *Pero...* cuando trabajé en SINAMOS he visto con estos ojos que algún día se han de comer los gusanos, cómo sufren algunos niños para conseguir algo de comida y pasar un día de su existencia. Sin embargo, ahora más que en cualquier otra cosa, estoy interesado en conocer su punto de vista. Por eso le pregunto: ¿y por qué cree que no se les debe comprar caramelos a los niños que trabajan vendiéndolos por las calles?, porque... según mi entender es preferible a darles algo como limosna ¿no cree? —Agregó, no sólo con la intención de conocer ese matiz del tema, sino también alcanzándole de antemano y de pasadita, su propia opinión al respecto—.

— Antes aclaremos algo, Pío. Que quede en claro, que de niño usted no ha tenido que trabajar para ganarse su sustento y lo que dijo sobre lo doloroso que es ganarse la vida desde niño es pura retórica suya —puntualizó don Jorge—. Ahora, sobre el otro punto, yo creo que sí existe una gran diferencia entre comprarles caramelos a los niños que trabajan vendiéndolos por la calle, supuestamente para darles una especie de “ayuda” y para no decir que les damos “limosna”, porque eso sí resulta

peyorativo, a no propiciar la continuidad y el desarrollo de ese tipo de cosas —hizo una pausa y luego continuó—. Ahora analicemos la situación materia de esta discusión. Si esos niños están pasando hambre, lo cual puede ser verdad, lo más sensato sería obsequiarles, por ejemplo, un pan; o invitarles un plato de comida ¿No es cierto? ¡Ah!... pero eso no le van a recibir y si le reciben lo hacen con desgano. Entonces usted pregúntese por qué. En cambio, si usted les compra una cajita de chicles a un sol, cuando en las bodegas eso mismo cuesta cincuenta céntimos, o cuando usted les da una propina en efectivo por hacer la pantomima de limpiar el parabrisas de su carro, allí si le reciben esos dineros muy contentos ¿No es así? Bien, por lo tanto si hay una gran diferencia entre lo uno y lo otro.

— Yo no veo qué diferencia puede haber entre una cosa y la otra —contestó Pío—. Desde mi particular punto de vista, es preferible comprarle caramelos a un niño que los vende por la calle o darle una propina por limpiar la luna de un carro, en lugar de ofrecerles la “ayudita” que usted dice sin que ellos hagan algo para ganarlo, porque en los primeros casos yo le estoy dando una retribución por hacer un trabajo y no le estoy regalando nada sólo por estirar la mano sin hacer nada más que eso... y de ese modo, en la vida misma, creo que es como deben comenzar a valorar el trabajo, que es la fuente de la dignificación humana.

— Como usted dice, son puntos de vista y... puntos de vista diferentes, por lo que se puede advertir, que como usted sabe, yo respeto. Pero así como usted cree que es mejor pagarle a un niño por el trabajo de vender caramelos, yo creo sinceramente

que no se les debe comprar caramelos a los niños, ni como pago por su trabajo ni como nada...

— Pero... ¿por qué, pues señor Cueva?

— Por la sencilla razón de que detrás de un niño que vende caramelos hay siempre un adulto que lo está explotando y que lo está haciendo trabajar en su beneficio particular y... siempre que ese niño le lleve dinero a éste, ese niño va seguir siendo un “buen negocio” para él. El momento en que no le produzca dinero, se acabó el negocio y... posiblemente deje libre al niño. Aunque como esas personas, para las cosas torvas y retorcidas de la vida son altamente creativos, tal vez lo haga trabajar en otra cosa nueva. Pero para el caso, esta respuesta es igual a la razón por la que se venden gaseosas en envases de plástico, si la gente no comprara gaseosas en esos envases, los fabricantes de gaseosas no las producirían jamás, y el asunto quedaría arreglado en forma definitiva.

— ¿Con eso me está queriendo decir que, los niños que venden caramelos por las calles, van a desaparecer de ellas como por arte de magia, si no les compramos nunca nada?

— No exactamente. Los problemas sociales no pueden desaparecer así como así o como por arte de magia. Su complejidad es muy grande para que ocurra de ese modo. Presumiblemente hay algunos niños que tienen que verse obligados a trabajar para ayudar a su madre a sostener su hogar. Pero junto con esos, existen muchos otros casos en los que suele

ocurrir que, siempre, detrás de esos niños hay un adulto que los explota. ¿Cómo puede usted creer que uno de aquellos niños pobres sea poseedor de un “capital” suficiente para adquirir una bolsa grande de caramelos, para comprar una franela o incluso esos aditamentos sofisticados que se venden en los supermercados para limpiar parabrisas o ventanas? Ese hecho estaría indicando que existe alguien que si posee el “capital” necesario y que, además de hacer esa “inversión”, los “educa” para que salgan a hacer lo que hacen en las calles. Y esto que le acabo de referir, nos regresa al viejo y manoseado tema de los comerciantes ambulantes. No habría ambulantes si la gente no les comprara nada a ellos.

— O sea que... a ver... a ver... si estoy entendiendo. Primero: ¿no habría vendedores ambulantes si la gente no les comprara nada a ellos? ¿Es así? Segundo: los fabricantes de bebidas gaseosas no las producirían en envases de plástico si la gente no las comprara. Me parece que es así, ¿no es cierto señor Cuevita? Y, tercero: no habrían niños que venden caramelos por las calles si la gente no les tuviera ninguna forma de compasión y no les comprara nada. Así planteados estos problemas, su solución sería muy simple. Pero ¿cómo logramos que la gente no consuma bebidas gaseosas en envase de plástico; cómo hacemos para que la gente no les compre nada a los ambulantes y; cómo hacemos para que nadie les compre caramelos a los niños que trabajan en las calles haciendo justamente eso?

— Mire usted, aunque le parezca eso una especie de utopía, pero todas esas cosas se pueden conseguir sólo con educación.

En países como Suiza, por ejemplo, como la gente simplemente no compra productos agrícolas cultivados utilizando fertilizantes químicos, los agricultores han regresado a la agricultura orgánica, al control biológico de plagas y otras cosas que deben de coadyuvar al mantenimiento del equilibrio ambiental y la preservación de la vida en toda su diversidad en el planeta.

— Pero el Perú no es Suiza, pues señor Cuevita...

— Usted me ha hecho recordar a este buen señor León Trattenberg, que siendo ingeniero mecánico de profesión y con poca o ninguna experiencia en educación pública, ha hecho similar comentario. Según él, *“los niños peruanos no son suizos”*. Valiente afirmación por lo obvia. ¡Claro que los niños peruanos no son suizos, por la sencilla razón de que son peruanos! Pero él lo dijo peyorativamente, justo cuando al Ministerio de Educación se le ocurrió cambiar un currículo por competencias, por otro estructurado para desarrollar capacidades. Según este señor, que funge de consultor en temas educativos, las capacidades si las pueden desarrollar por aprendizaje los niños suizos pero los niños peruanos no... porque... ¡son peruanos!

— Allí sí que me ha dejado usted en bolero. ¿Acaso el objeto del aprendizaje ya no son los conocimientos como históricamente siempre lo han sido?

— Según el currículo del cual estamos hablando, los conocimientos serían sólo un medio para desarrollar las capacidades. Éstas a su vez, son potencialidades cognitivas del

cerebro humano, susceptibles de ser desarrolladas por aprendizaje. Pero además de las capacidades habría un segundo objeto del aprendizaje: los valores, que en el sistema educativo deben ser internalizados mediante la práctica de actitudes. Ya no interesa más saber qué es un valor. Lo que interesa es que sea asumido por la persona en forma de actitudes concretas. Dicho de otro modo, no le interesa a la educación que el alumno recite qué es el valor de la honradez ni en qué consiste ser honrado, por ejemplo, sino que sea honrado en todos los actos de su vida y que nunca llegue a ser un ladrón.

— Pero todo eso que me está diciendo ya se viene haciendo en la práctica desde hace tiempo. Hay muchos maestros que lo han venido trabajando en sus aulas sin necesidad de que haya habido un currículo que así lo determine.

— Como usted dice bien, “hay muchos maestros que lo han venido haciendo...” lo cual quiere decir que no todos, y en caso de que lo hubieran hecho ha sido por pura intuición. La cosa es que lo hagan porque el currículo así lo prescribe y porque así está definido para todo el sistema. Pero volviendo al caso de los niños que trabajan...

— Si pues, don Jorgito, de eso es lo que estábamos hablando. ¿Ya veeee?... a veces uno se sale del tema sin querer y sin proponérselo.

— No Pío, usted se sale por la tangente por costumbre y seguramente por formación. Eso usted lo debe saber muy bien.

— Fíjese que yo no lo sé...

— Bueno pero eso no viene al caso. Le decía, que detrás de un niño que trabaja, siempre hay un adulto que lo hace trabajar para su provecho. Vamos a conversar en este momento con Alfredo Izaguirre y verá usted el otro lado de esta misma situación.

Y se acercaron al lugar donde Izaguirre preparaba un documento. Al verlos llegar, éste no se sorprendió, porque era frecuente en esa oficina donde trabajaban los tres y algunos otros más, que los debates y las discusiones teóricas fueran pan de todos los días. Así que escuchó los antecedentes del asunto y se puso al tanto acerca de la parte de la información que ellos querían que él ampliara. Hecho todo eso, se dispusieron a conversar y entonces él comenzó a esclarecer el asunto de la forma que sabía hacerlo, con algunos detalles y muchas descripciones:

— La avenida Salaverry de Lima, entre las siete y las nueve de la noche o de la mañana —horas punta de Lima—, suele congestionarse tanto en materia de tránsito vehicular, como las avenidas Abancay, Aviación o Javier Prado a esas mismas horas. En la mañana, es el apuro por llegar al centro de trabajo lo que ocasiona tales trifulcas de vehículos y, en la noche, la necesidad de ampararse en la paz del hogar, concluida la jornada laboral del día. Este devenir podría decirse que es normal, salvo algunas cosas excepcionales que también allí ocurren.

Lo que fui testigo presencial en una de esas tantas idas y venidas es una de ellas. Serían las siete y media de la noche cuando se bajó la llanta delantera de mi carro y tuve que estacionarlo bien pegado

a la izquierda en una especie de berma que existe en esa avenida, presumiblemente para esos casos, a fin de cambiarla por la de repuesto. En esos afanes estaba cuando una mujer con un bebito que lloraba en sus brazos, comenzó a pedir limosna a todos los vehículos que paraban allí, obligados por la luz roja del semáforo que existe en la intersección de las Avenidas Salaverry y Pershing.

Al parecer, conmovidos por la penosa situación de ver llorar a gritos a un niño, todos a los que la supuesta madre se acercaba, le daban algún dinero. Yo imaginé que de tanto recibir esas propinas ya tendría en manos por lo menos unos diez soles. En eso, se acercó a ella un hombre que había estado fumando un cigarrillo como quien se pasea por el grass de los jardines interiores de la avenida. Al verlos que discutían, afiné el oído y pude escuchar la siguiente conversación:

— Déjate de vainas y dame toda la plata que has juntado hasta este momento... —le dijo el hombre a la mujer con el niño en brazos, en un tono que a mí me pareció bastante intimidante—.

— Pero... Rufino, déjame siquiera lo necesario para comprarle un tarro de leche a esta criatura, que no para de llorar de hambre —le contestó ella a su vez en tono de súplica, entregándole un buen puñado de sencillo—.

— *Qué leche ni leche para el bebito* —le replicó el hombre, bastante molesto, imitando la tonadita con la que hablaba la mujer, para luego continuar con su modo normal de hablar—, que siga llorando el muchacho no más. ¿No ves que cuando llora de ese modo toda la gente a la que te acercas se compadecen y te dan más plata?

— Ay... no seas malo Rufinito, hay que comprarle su leche al bebido. Todo el día no ha comido y está que se muere de hambre. Dame siquiera un sol sesenta para comprar un tarro de leche “Gloria” y así poder darle algo a esta criatura —insistió ella casi llorando—.

— ¡Ya te he dicho que no! Yo ya pagué treinta soles por el alquiler de este muchacho. Que coma cuando regrese a su casa, a las diez o las once de la noche, cuando se acabe el negocio. Ahora, si tanto quieres y te conmueve su situación, dale tú de mamar y sanseacabó. Fíjate que para eso estás bien equipada con esas dos buenas tetas que tú te manejas ¿no te parece? —Volvió a aclarar el hombre, esta vez en un tono duro que ya no daba lugar a ninguna réplica—.

Sin embargo, la mujer que al parecer tenía todavía corazón de madre, volvió a suplicar:

— Sólo un sol sesentita para su leche del niño, Rufinito, no seas malo, por favor.

— ¡Carajo, ya te he dicho que no!... —y le aventó un tremendo cachetadón en la mejilla izquierda que retumbó por media avenida, con lo que mujer y niño se pusieron a llorar desesperadamente, al tiempo que volvían a esa rutina espantosa en la que se hallaban sumidos—.

Luego, Alfredo Izaguirre a manera de reflexión hizo este comentario adicional:

— ¿Cómo ocurren estas cosas? Sólo Dios lo sabe. Pero ocurren... del mismo modo que ocurre ese espectáculo grotesco

en el que jóvenes, señoritas y personas adultas se suben a los micros a vender caramelos con un discurso único que pareciera que está hecho en un solo molde y con los mismos argumentos, la misma puntuación y hasta las mismas inflexiones de voz, lo que hace presumir la existencia de una “escuela” de adiestramiento y un programa de inducción al más puro estilo empresarial, con la idea de “globalización” y “competitividad” incluidos.

— Bueno, ocurre también porque la sociedad lo permite y las autoridades que la representan se hacen los que no conocen de su existencia, asumiendo una actitud equivalente a la de hacerse de los “oídos sordos” y de la “vista gorda” —complementó don Jorge Cueva, en la forma característica en que sólo él sabía hacerlo, para luego puntualizar—:

— Es sabido que detrás de cada vendedor de caramelos, con algunas excepciones, hay un “*empresario que con esa visión de futuro y esa capacidad emprendedora que lo caracteriza*”, ha hecho de la explotación de la pobreza o de la ingenuidad de sus congéneres una forma de vida, ha construido su propio negocio y ha creado su “gran” empresa. Esto sin embargo, junto con aquellos que se suben a los micros, para mostrarnos las cicatrices de cortes de chaveta en sus brazos o sus barrigas, para obligarnos a comprarles algo por compasión o por miedo, ocurría hasta hace poco sólo en la gran Lima.

— Pero usted sabe muy bien que nadie les da trabajo justamente porque acaban de salir de la cárcel y si no se les ayuda de ese modo van a volver a delinquir —aclaró Pío Campos—.

— Eso es muy cierto Pío, y allí usted tiene toda la razón porque nadie, al parecer, se arriesgaría a contratar en su empresa o a darle algún trabajo en su casa, a una persona que acaba de salir de un penal, más aún si sabe que es un delincuente común, pero no podrá usted negar que esa gente, también recurre a ese tipo de recursos porque le gusta la vida fácil, saben de antemano que haciendo eso van a conseguir lo que quieren, asustar a la gente honesta y vivir el día a salto de mata pero sin trabajar —le respondió don Jorge Cueva a Pío Campos—.

— No vayamos tan lejos, es decir, hasta la Capital de la República —intervino Alfredo Izaguirre— para poder apreciar esas “maravillas” de imaginación, creatividad e invención de la gente, pero orientada hacia lo malo y lo despreciable. Aquí en nuestro Cajamarca ya está ocurriendo también eso. Y... volviendo al tema de los niños que trabajan, en la intersección de la avenida Hoyos Rubio con el Jr. Manuel Seoane, justo enfrente del Banco Azteca, hay por lo menos tres niños que, armados con un artefacto para limpiar vidrios, tratan de obligar a los conductores de vehículos a pagarles por “limpiar” su parabrisas que recién acaba de ser lavada, incluso con shampoo y agua a presión, en “El Quinde”.

Otro fenómeno similar se puede observar en la intersección de la Vía de Evitamiento Sur, con lo que hace algún tiempo se llamaba “Ovalo Musical”. Allí también hay niños que cuentan con “capital fijo”, es decir con herramientas y aditamentos especiales para trabajar que, sin lugar a dudas, les son proporcionadas por un “empresario” que los hace trabajar. Igualmente, cerca de la

intersección del Jr. El Batán con el Jr. Amazonas, hay niños que venden caramelos. A estos últimos, ¿quién les provee de las bolsas con caramelos? Y a los dos primeros grupos de niños, ¿Qué empresario —socio capitalista— les provee el artefacto limpia parabrisas y el shampoo? ¿Acaso ya tenemos empresarios de la calaña ya descrita líneas arriba, acá en Cajamarca también? Finalmente, todo ese “progreso” es innegable que se lo debemos a la Minera Yanacocha ¿no les parece? Sobre eso, ¿acaso no se han enterado hasta la fecha las autoridades locales de esta aberración? Es de suponer que no, del mismo modo que no saben que en la “Cachina Cajacha” le venden a su propio dueño, las piezas automotrices que primero le roban.



## **EL TALALÁN DE PUCACASCA**

Dámaso desde que tuvo memoria —según él mismo contaba— todos los días tenía que llenar las tres payancas de su casa, con agua del puquio de la Coronta, acarreándola en un recipiente de greda quemada que cargaba a la espalda y que se iba acomodando a su edad, desde uno chiquito cuando tuvo apenas cinco años, hasta uno grandote que utilizó antes de ser reclutado para el ejército en una de las levas para el servicio militar obligatorio. El puquio hasta donde él sabía, nunca había dejado de tener agua. La gente decía que estaba conectado a un tragadero que existía en la parte alta de uno de los cerros que circundaban al pueblo, en una especie de hoyada natural que, no se sabía desde cuando, habían formado allí las escorrentías de la lluvia. Sin embargo, a pesar de las “certezas” tejidas en torno a ese asunto, ¡nadie había verificado que todo eso fuera cierto!

En la época de estiaje en la sierra, o sea cuando la hoyada de su entorno estaba seca, el tragadero se podía ver a un costado del camino real, las veces que se hacía algún viaje de Pucacasca a Bambamarca. Desde el camino real parecía un pequeño hueco negro, pero al acercarse a uno de sus bordes, podía apreciarse su real magnitud, pues su diámetro, a ojo de buen cubero, no sería menor a dos metros. Lo que no se podía distinguir nunca, era dónde terminaba su profundidad. La luz de la superficie se perdía apenas a unos ocho o diez metros, y desde allí sólo era una oscuridad completa. Al tirar una piedra allí, ésta se oía que rebotaba unas cuantas veces hasta perderse en la nada. Por ese detalle, decía la gente que la piedra al caer hacía un ruido que podía entenderse como un: talalán, talalán, talalán, talalán... hasta desaparecer, por lo que a esa clase de agujeros los llaman genéricamente “talalanes”.

En la época de lluvias en cambio, el talalán servía de desfogadero de toda el agua que se juntaba en la hoyada. Cuando llovía poco, el sumidero se abastecía para desaguar lo que allí se juntaba, pero cuando llovía más de una hora, parecía que se atoraba con algo que detenía el agua y ésta se empozaba en la hoyada hasta formar una gran laguna, en cuyo centro aparecía una muyuna que hacía diferente clases de ruidos propios de un chupadero. Hasta donde se sabía, la laguna siempre lograba desaguar en algún momento por el tragadero, porque de no ser así, los rebales habrían producido un huayco que hubiera hecho desaparecer de la faz de la tierra a Pucacasca.

Dámaso era hijo único de su madre, que se quedó sola después de salir embarazada de un guardia civil que la abandonó, cuando fue relevado de su cargo de Comandante del Puesto de Pucacasca a otro lugar que nadie llegó a saber. Claro que eso de “Comandante de Puesto” era sólo un decir, por tratarse de una pareja de guardias civiles, en la que a él, por antigüedad, le correspondía la jefatura.

Con los pocos recursos que su madre poseía logró hacer que éste estudiara la primaria allí en el pueblo y la secundaria en el Colegio “San Carlos” de Bambamarca. Sólo que, tan pronto terminó el quinto año, la leva lo cogió como a preso para llevarlo a cumplir con su servicio militar obligatorio. Según lo que el mismo Dámaso contó a su regreso, después de dos años cronológicos que le correspondió servir a su patria en el norte del Perú, en uno de los destacamentos que el ejército tenía en ese tiempo en Zorritos, allá por Tumbes.

Después de dos años Dámaso regresó a su casa en Pucacasca, sólo para encontrar a su madre enferma de no se sabía qué mal. Decían por allí que por estar fisgoneando en el talalán había cogido un mal aire, aunque la idea más generalizada era de que la habían brujeadó. Total, a pesar de todos los esfuerzos que hizo su hijo Dámaso para curarla, en donde gastó los ahorros que había logrado hacer durante los dos años que estuvo en el ejército, la pobre mujer falleció más flaca que zancudo que no ha chupado sangre en una semana y más amarilla que calzón de año nuevo. “El susto mata de esa manera” decían algunos entendidos, en tanto otros, como si se tratara de una junta de médicos, opinaban

que “sólo la brujería tenía esa clase de síntomas y de efectos, ex y post mortem”. La pobre mujer debió curarse por brujería en lugar de perder tanto tiempo con la medicina de botica, decían.

Cuando murió después de largos padecimientos, Dámaso la enterró como se acostumbraba en Pucacasca: en ataúd de saucecillo y sin más adornos que las estrías de la madera que no pudieron ser borrados por el “torito” del carpintero del pueblo. Las vecinas le ayudaron a vestirla con un hábito de la Virgen del Carmen —en mérito a sus ancestros shilicos— y, después de entrelazar sus manos y enredar entre sus dedos un rosario de cuentas de plástico que semejaban ser de marfil, el carpintero que había construido el ataúd se encargó de clavar las tapas para cerrarlo para siempre. Lo último que vio Dámaso ese día de su madre, fue su rostro compungido por una pena que le había absorbido completamente casi toda la humedad de la vida, sin llegar a explicarse jamás el hecho de cómo puede una persona, en vida, llegar a “secarse” de ese modo. Su madre estaba en el cajón, literalmente momificada.

Todos en el pueblo después del entierro, retomaron sus actividades habituales. Dámaso, por su parte, libre de los trabajos que le significaron cuidar de su madre enferma, consiguió empleo de arriero de una recua de mulas de un acaudalado comerciante de Bambamarca, quien como parte de su atuendo de trabajo, le entregó un poncho de aguas, botas de jebe, sombrero de palma, un machete chotano y un revólver calibre 38 de cache de alabastro y tambor para seis balas.

Así equipado y ataviado recogía periódicamente, diferente tipo de carga para transportarla a Bambamarca, desde Chugur, desde Coyunde, desde Samangay, desde Cortegana o desde Chalán. Cuando un día entero no le abastecía para terminar el recorrido, tenía que viajar toda la noche. Las mulas eran excelentes animales para el transporte de la carga, sólo era cuestión de alimentarlas con lo necesario y no permitir que la sed las haga desfallecer.

En uno de sus tantos recorridos, a eso de las doce de la noche, Dámaso tuvo que pasar por un costado del tragadero de Pucasca, con sus seis mulas cargadas con sendos costales de papas. Hacía ya más de cinco días que no llovía y el talalán, al centro de la hoyada aparentemente sin gota de agua, parecía que emitía un silbido similar a ese que el viento de la jalca produce al pasar entre el ichu crecido. Las seis mulas se pararon en seco e irguieron sus orejas direccionándolas hacía el lugar de donde provenía el silbido, en franca postura de querer escuchar algo más.

Luego, el silbido se convirtió en sonidos parecidos a los quejidos de alguien que ha sido herido de muerte, ante lo cual las mulas comenzaron a encabritarse para deshacerse de su carga y quedar libres para correr sin saber hacia dónde. A Dámaso, por su parte, se le puso la piel como de gallina y se le erizaron todos los pelos de su cuerpo. Pero antes de sucumbir ante el miedo, logró empuñar su revólver, lo desenfundó y comenzó a disparar al aire. Los quejidos y silbidos cesaron y las mulas se tranquilizaron, pero; no hubo forma de hacer, que dieran un solo paso adelante... se plantaron allí como lo que eran.

No pudiendo hacer otra cosa, y gracias a que la luna comenzó a iluminar con su luz mortecina de plata todo el lugar, Dámaso descargó las mulas y las amarró allí mismo entre sí, para pasar el resto de la noche. Con suerte, lo que quedó de la noche fue sólo un gran silencio. Las mulas se movían inquietas pero sin intención de querer alejarse de allí, como si supieran que, quedándose junto a Dámaso y su revólver, estarían a salvo de cualquier amenaza, aún cuando ésta fuera desconocida y estuviera signada por ese hálito de las voces del más allá.

Dámaso no pudo dormir igual que sus seis mulas —más que por el frío de la jalca, del que no le protegían lo suficiente las caronas de los aparejos de carga—, por ese “algo misterioso” que toda la noche flotó en el ambiente y que a eso de las tres de la mañana se manifestó como una luz fosforescente que emergía a intervalos desde las profundidades del talalán, como si fueran resuellos de algún moribundo.

Como para su suerte Dámaso era conocido por la gente de toda la comarca —que sabía muy bien a lo que se dedicaba— los caminantes que comenzaron a pasar por el lugar muy de madrugada, se quedaron con él con el pretexto de acompañarlo —pero, sabe Dios que era para acompañarse recíprocamente— con lo que las mulas recién se tranquilizaron por completo. Luego de algunas horas, el camino y la hoyada se iluminaron con la luz del amanecer y todo regresó a la normalidad. Cuando Dámaso les contó a sus acompañantes sobre la luz fosforescente que vio salir

del talalán, le dijeron que “*eso siempre ocurría cada vez que el talalán dejaba de tragar agua y la boyada se secaba por completo*”.

Restablecida la normalidad de las cosas y una vez que la luz del sol terminó por liquidar completamente del ambiente aquellos hálitos del más allá, Dámaso con la ayuda de sus acompañantes cargaron en un santiamén a las seis mulas y emprendieron el viaje a Bambamarca, como tenían previsto. Llegaron a destino sin mayores contratiempos. Las mulas bien descansadas, parecía que querían llegar más rápido a donde tenían que librarse de su carga, por lo menos por esa noche. Y así fue.

— Fíjese pues don Pancho —le refirió Dámaso a su patrón— las mulas se encabritaron primero como queriendo librarse de su carga, para luego empalarse y no dar un paso adelante. No valieron ni los gritos ni las penqueadas que les di. Recién se tranquilizaron un poco cuando disparé al aire lo menos unos tres tiros con el revólver.

— Has tenido suerte Dámaso —le respondió el patrón— una vez que yo pasé por ese talalán a eso de la una de la madrugada, las mulas se encabritaron y luego de librarse de su carga no pararon de correr hasta su invernada en Llaucán. Menos mal que la gente me ayudó a recuperar la carga y ponerla a buen recaudo, de lo contrario la habría perdido en su totalidad. Es malo pasar en la noche por allí... ¡a la hora que sea! Hace muchos años, cuenta la gente, que cualquier caminante que se hubiera atrevido a pasar en la noche cerca de ese talalán, simplemente

desaparecía como si lo hubiera tragado la tierra. En lo sucesivo, no pases por allí a media noche, ¡ni de bromas!

— Claro don Pancho. No faltaba más. Así lo haré de hoy en adelante. Porque, buen susto me he dado... —le respondió Dámaso, con el convencimiento que da la experiencia—.

Dámaso después de ese incidente, no llegó a pasar de noche por el talalán en varios años. Casi se había olvidado por completo de esa mala hora, hasta ese día jueves de Semana Santa. Con siete mulas cargadas de un saco de menestra cada una, se dispuso a apurar el paso para pasar por el talalán de día. Pero ocurrió que repentinamente, comenzó a llover a cántaros. Los caminos se encharcaron completamente y donde el terreno era mitoso, las mulas comenzaron a atollarse sin remedio. Entre jalarlas del bozal para que salgan del atolladero y buscar los lados del camino por donde guiarlas para que no vuelva a ocurrirles lo mismo, se pasó la tarde. Luego hubo que vadear la quebrada de Chausis que inusitadamente, se había convertido en un río caudaloso. Por lo que tuvieron que esperar a que baje la crecida. Cuando por fin las seis mulas lograron bandear la quebrada, ya era noche cerrada. De allí hasta Pucacasca habría unas dos horas y de allí hasta pasar por el talalán otras dos horas...

— Ni modo, habrá que pasar por el talalán a media joche — se dijo para sí Dámaso— ojalá que esta vez no ocurra nada. Total, hoy es todavía jueves santo y mañana será viernes, también “un día santo” por ser el día que nuestro Señor murió en la cruz para salvarnos. No creo que el maligno se atreva a andar en esta fecha por estos rumbos, pero lo que sí quiero de todo corazón, es

estar descansando mañana en Bambamarca, para guardar el Viernes Santo como Dios manda.

Todo iba bien hasta que llegaron al borde de la hoyada, al centro de la cual se hallaba el talalán, porque allí encontró que toda la hoyada era una enorme laguna que brillaba en la oscuridad como un gran espejo. El camino había desaparecido por completo y, encima de todo eso, la noche estaba más negra que la conciencia de un mañoso. La linterna de mano con la que Dámaso se alumbraba, por el uso de varias horas continuas seguidas, había agotado casi por completo la carga de las pilas y alumbraba con una luz tenue de color rojizo. Así y todo, como creía que se sabía el camino de memoria, arreó a las siete mulas por donde creía que era la ruta que siempre había seguido.

Cuando pensó que estaría a mitad de la laguna, pero sin percatarse que el agua les llegaba a media panza a las mulas, comenzó a escuchar a pocos pasos de él, un gran silbido parecido a ese que se hace con los labios cuando se chupa aire hacia adentro de los pulmones. El sumidero al parecer, se había “desquizado” de repente por la presión de la gran cantidad de agua acumulada en la hoyada y comenzó a tragar el líquido formando un gran remolino, por el que comenzaron a desaparecer una a una las seis mulas que venía arreando Dámaso. Éste, sin poder evitarlo ni mucho menos darse cuenta, fue engullido igualmente por la enorme vorágine.

Pasada una cantidad de tiempo que Dámaso no pudo determinar qué tanto —por haber perdido el sentido al golpearse la cabeza

en una de las rocas salientes de las paredes internas del hoyo, en el momento de ser engullido por el enorme remolino— recuperó la conciencia de las cosas, más que por la plenitud de sus funciones mentales, por las terribles sacudidas de todo su cuerpo mojado y entumido por el frío que campeaba inmisericorde en el interior de alguna saliente del talalán, en donde ahora se encontraba tendido como un fardo más de la mercadería que había estado transportando en sus mulas.

Lo único caliente que sentía —según pudo inferir a tientas— era el hilillo de sangre que se le escurría de la cabeza por la nuca. Tenía sed y toda su cabeza le dolía como diablos. Sobre eso, la oscuridad era casi absoluta. Para reconocer lo que le rodeaba tuvo que tantear como un ciego. Recordó que había sido tragado por el talalán y dedujo que se encontraba atrapado en una especie de plataforma de roca viva, que el agua no había podido todavía erosionar lo suficiente. Al frente de él calculó que estaría el boquerón del talalán por el ruido que hacía el agua al precipitarse hasta su inmensidad. Al no poder hacer nada que no fuera sentarse y esperar no se sabe qué, Dámaso a pesar del frío que imperaba en el ambiente, otra vez se quedó dormido, rendido por la sed, el agotamiento y esa atroz sensación de impotencia al verificar racionalmente que no podría hacer nada para cambiar la situación.

Cuando despertó, seguro que nuevamente ya era de día en el exterior, porque pudo divisar una tenue luz que ingresaba por la boca del talalán hasta donde él se encontraba. Seguía reinando en el ambiente un frío atroz pero a su ropa la sintió caliente y casi

seca. Con el máximo de cuidado para no caer al boquerón, comenzó a explorar la realidad de su entorno. Se percató de que no podría subir para salir por la boca del talalán por encontrarse la luz tenue que divisaba a unos veinticinco metros de altura aproximadamente, y sobre todo, porque las paredes internas del talalán estaban cortadas a pico y su superficie era lisa y resbalosa. Sin embargo, aunque le resultara absurdo, podría bajar hacia el interior del tragadero sin mucha dificultad por haber algunas “veredas” por donde caminar y desplazarse. Esperó un par de horas con la esperanza de que alguien del exterior se acercara por allí a husmear, pero como no ocurrió nada de eso, se decidió por explorar hasta donde pudiera bajar, animado un poco debido a que sus ojos ya veían mejor al haberse acostumbrado a la oscuridad reinante. Tenía hambre y no encontró mejor forma de saciarla que comiendo el musgo que crecía en forma abundante en esa parte de las paredes del tragadero. “*Nunca me imaginé que algún día comería hierba igual que un cuy*”, se dijo para sí. Bajó según él unos 50 metros y allí encontró una gran explanada en la que estaban muertas y amontonadas las mulas, sobre una cantidad de osamentas humanas y de diversos animales.

Cuando se acostumbró un poco más a la oscuridad, pudo darse cuenta que la explanada en donde había estado antes, era una especie de plataforma circular de unos cuatro metros de diámetro que se conectaba a la vereda por donde había bajado hasta allí... pero, el resto de sus bordes daba a lo que en verdad era el talalán: un inmenso tragadero sin fondo.

Sin saber a qué atinar, se quedó allí como un impávido, con la mente completamente en blanco. Volvió a tomar conciencia de las cosas cuando, seguramente después de lo que él pensó que fue sólo una pestañadita, se hizo de noche otra vez y los bordes del talalán comenzaron a brillar con la luz intermitente de miles de ninacuros que se hallaban, al parecer, adheridos a ellos, dando al ambiente un inusitado aspecto que sólo pudo calificar de “mágico”. Así que, no teniendo a mano otra alternativa, se dispuso a pasar el resto de la noche allí.

Cuando amaneció, bajo la luz mortecina que entraba por la boca del talalán, se dedicó a explorar las osamentas que estaban amontonadas debajo de sus seis mulas muertas. Verificó que la mayor parte eran esqueletos humanos. Al no poder hacer otra cosa, retiró entre otras cosas, todas las correas con las que estaban sujetas las cargas de las mulas, retiró las retrancas de los aparejos de carga, los bozales y las caronas con las que comenzó a liar una cuerda larga con la cual tenía pensado seguir bajando hasta las entrañas mismas del talalán, tarea que realizó con una paciencia y perseverancia inauditas.

Sin saber cuántas horas y días con sus noches habían transcurrido realizando esta labor, pudo divisar por fin algo que le pareció una luz. Hacia allí se dirigió caminando por lo que le pareció una larga travesía, sintiendo en muchos de los casos que el agua corría por ese oscuro sendero, a veces a su izquierda y otras veces a su derecha. La sed había desaparecido al tomar todas las veces que quiso la fría agua del manantial que siempre tenía a su lado, pero el hambre y la inanición ya comenzaban a mellar sus fuerzas.

Hasta que por fin, cuando ya sentía que iba a desfallecer, descubrió que el manantial subterráneo tenía una salida al exterior. Con las pocas fuerzas que le quedaban agrandó el boquete de salida del manantial y por allí, salió por fin a la luz del día: estaba otra vez mojado hasta los huesos pero a salvo, en el puquial de La Coronta, en su tierra natal de Pucacasca, desde el cual toda su vida había recogido agua para su casa, cuando su madre vivía.

Enterada la gente de la reaparición de Dámaso saliendo por el puquial de La Coronta, entre ellos don Mardoqueo Muñoz, un anciano de más de noventa años, comenzaron a hacer el análisis correspondiente de lo que éste les relató. Don Mardoqueo, al terminar de escuchar lo que Dámaso contó con lujo de detalles, sólo atinó a hacer este comentario:

— Hasta que al fin... alguien logró salir vivo del talalán. Hasta donde yo sé, allí desaparecían para siempre todos los viajeros que eran asaltados y asesinados por un Pishtaco famoso en toda la región que, según dicen, era mi tatarabuelo y que también se llamó, como yo, Mardoqueo Muñoz...

Mardoqueo Muñoz era el padre de Casilda, con la que se decía que Dámaso andaba de amores desde hacía casi cinco años. Al ponerse a pensar en lo fugaz y esquiva que puede ser la vida, Dámaso esa misma noche fue a buscar a Casilda para proponerle que se casaran. Ésta, sorprendida pero feliz con la propuesta, le dijo de inmediato que sí, sólo que en tono de duda le preguntó:

— ¿Acaso ya has ahorrado lo suficiente, para la fiesta?

— No te preocupes por eso, mi “Linda Curculita”, junto con los huesos con los que me tropecé en el talalán, también encontré tres relojes marca “Longines”, de fina fabricación suiza y por añadidura de oro de 18 quilates hasta con pulsera y todo, además de algunas sortijas y anillos de oro, engastados con piedras preciosas, que alcanzará de sobra si los vendemos al peso en Cajamarca, para nuestra fiesta de bodas que la haremos, si lo prefieres, con la Banda “Santa Lucía” de Moche... o con la Orquesta de “Don Guillermo y su Conjunto”... Total, tú decides...

## **MADURO ... “MURO MURO”**

La Ochora ese día, bullía de gente desde las seis de la mañana. Su morro, inusualmente, había amanecido cubierto de algodones que no presagiaban otra cosa que no fuera la proximidad de una lluvia. No era época de lluvias, sin embargo; pero... si el morro tenía esa clase de atuendos, no había nada que hacer, llovería de todas maneras. El asunto era no más, poder determinar a qué hora caería el chaparrón, porque en la pampa que rodeaba al pueblo, todos los cristianos que integraban sus cuatro barrios que se congregarían para limpiarla, —con los machetes bien “filullas” en la mano— se encontrarían a merced del aguacero.

El bando que el Alcalde del pueblo había hecho correr el domingo anterior, con la ayuda del Gobernador, había sido muy claro. *“Todo ser viviente capaz de hacer esta obra en bien de la comunidad deberá, desde muy temprano del día domingo 7 de agosto de 1957, alistarse en las cuadrillas que limpiarán de monte a la pampa que rodea el pueblo,*

*para lo cual deberán coordinar para organizarse, con los maestros de la escuela. Los límites para hacer la limpieza son de conocimiento de todos, ya que esta tarea se hace lo mismo cada año”.*

Era verdad. Todos los años la gente de La Ochora limpiaba la enorme pampa que le rodeaba, de los arbustos que trataban de invadirla. La pampa era muy importante para el pueblo porque en ella se criaban sueltos: los caballos en los que se acarreaban los víveres desde las chacras y la leña desde el bosque; las vacas que todas las mañanas y todas las tardes venían desde allí para ser ordeñadas por sus dueños, porque sus becerros se quedaban presos en las huertas de éstos; así como los chanchos que, cansados de hociquear los barrizales que circundaban los pantanos, se venían para hacer daño siempre que encontraran por allí un hueco en los cercos, que les permitiera zamparse hasta las huertas de un cuarto de hectárea de cada habitante del pueblo.

En aquel tiempo, en La Ochora eran pocas las personas que tenían chiqueros especialmente contruidos para criar a sus chanchos. Éstos, crecían sueltos en la pampa o deambulando por las calles del pueblo como los comerciantes ambulantes de triciclo o carretilla y los “recicladores” de ahora que, sea porque no recogen las cáscaras de lo que venden o por andar rebuscando en los contenedores, dejan la basura esparcida o despanzurrada por donde caminan o se instalan —igualito a eso hacían los chanchos en la Ochora en aquel tiempo—.

Generalmente, a los chanchos del pueblo, por las mañanas y por las tardes, sus dueños les daban de comer los *inguiris* que

sancochaban con cáscara y todo, en latas de manteca vegetal que llegaban por vía fluvial desde Europa o por vía aérea en aviones *buchizapas* de carga, desde Chiclayo. Por eso, todo lo que no era del lugar era bastante caro y la gente los compraba sólo cuando había absoluta necesidad. Los caramelos de color y sabor a fresas, a menta o a naranjas, así como las galletas de vainilla y de soda, también venían en latas especialmente acondicionadas con unas tapas circulares en su parte superior, que se sellaban con estaño.

De todas las pampas que circundaban al pueblo, las que daban al noroeste eran las más grandes. La Pampa de Chota, por ejemplo, se extendía desde Shiruycocha hasta el cementerio. Pero también era grande la pampa que arrancando en el mismo Shiruycocha llegaba hasta Viejo Chimba, pasando por los pantanos y cenagales de esa parte del monte que se llamaba Marañón. Las pampas más pequeñas eran sin duda las del Sur y Sureste, que comprendían el Chorro y los pozos de Llanque y Consuelo, porque el monte comenzaba “ahí no más”, a diferencia de la Pampa de Chota en la que el monte estaba muy alejado del pueblo.

A eso de las once de la mañana, los *sbuntos* de maleza ya estaban bien hechos en diversos lugares de las pampas. Había que esperar que el sol los seque y quien sino los muchachos de la escuela, se encargarían de quemarlos para convertirlos en ceniza. Esa faena comunal se hacía todos los años y la gente participaba con gusto en ellas. El que no podía asistir, pagaba su peón para que lo reemplace. Mi abuela que era viuda desde los 39 años, hacía eso, pero yo, su nieto, me enrolaba para ir a cortar la maleza con mi

machete en compañía de mi pariente Sergio Torres Escalante y mi compañero de carpeta Elías Sandoval.

Cada vez que se realizaba esa faena comunal en La Ochora, se mataban no menos de unas tres o cuatro víboras. La mayoría de ellas eran coralillos y cuando la habilidad de los desbrozadores de maleza era especial, se mataban a machetazos otras tantas víboras “corredoras”. Las víboras de coral o coralillos, por ser pequeñas y tan lentas y ciegas como los *curumamas*, eran fáciles de descubrir y atrapar, sólo que había que tener mucho cuidado con ellas porque su mordedura era mortal. Con suerte estas pequeñas víboras sólo mordían cuando sentían que su vida estaba en peligro, al ser pisadas accidentalmente o cuando se las cogía con la mano. En cambio las “*corredoras*” eran verdes como la hierba o del color de la tierra, y tan pronto sentían la presencia de la gente huían despavoridas incluso enredándose entre las canillas de los que las perseguían, a una velocidad espeluznante.

Pero ese domingo 7 de agosto ocurrió que en lugar de corredoras y coralillos, las cuadrillas de limpia de la pampa mataron a machetazos cinco jergones enormes y hasta una feroz *shushupe*, que por poco muerde a don Tolentino Rodríguez que, tratándose de matar víboras, era todo un experto. Dio la casualidad que los cinco jergones y la *shushupe* fueron halladas muy cerca de los pozos de agua de Consuelo, a poca distancia del pantano que daba origen a la quebrada de Trancayaco.

Hasta donde se sabía, nunca había pasado tal cosa. Eso de matar esa clase de serpientes venenosas en una faena de limpia de la pampa era completamente raro en La Ochora. Entre las

explicaciones que se dieron del inusual caso se dijo que, posiblemente, este especial fenómeno habría sido ocasionado por la última creciente del río Indoche, que debido a las lluvias torrenciales que cayeron por Cunchihuasi y Pósic, se desbordó sin medida e inundó todas las hoyadas del valle a las que, desde hacía muchos años, no llegaba la crecida. Era explicable, por lo tanto, que estas víboras al sentir que su vida estaba en peligro por la inundación, migraran a los terrenos más altos llegando peligrosamente hasta los montes que se constituían en los límites de la gran pampa que circundaba el pueblo.

Pero igualmente había otro grupo de gente que decía que “eso” era una mala señal, que era mal agüero y que constituía un presagio seguro, de que algo malo iba a ocurrir en el pueblo en cualquier momento. Sin embargo, la crecida del río bajó como era de esperarse y la vida del pueblo volvió a la normalidad en menos que canta un gallo. Lo bueno de las crecientes del río Indoche era que, por cada una de ellas, las tierras agotadas de sus riveras, por los sucesivos cultivos sin darles el descanso requerido, quedaban enriquecidas con ese limo rojizo que solía cubrir la inundación, después de la cual quedaban mejor que chacras nuevas o vírgenes luego de una faena de “corta”.

Gonzalo Rojas era un shilico trabajador que había llegado a La Ochora hacía no menos de 30 años. A su llegada al pueblo procedente de Celendín, apenas con sus veinte años auestas, se ocupó primero de pilar café y arroz para el que quisiera pagarle por ese servicio, luego se enroló en las faenas de tiraepo de las chacras de maíz y frijol, o en los arrozales de los terrenos

húmedos y medio pantanosos en los que se sembraba esta gramínea. Cuando sintió que ya había adquirido a la perfección las destrezas necesarias para manejar el hacha, también se enroló como peón para desbrozar el monte en las faenas de corte de los cañabravales y árboles de los terrenos ubicados al borde del río Indoche, o en los pajonales que se formaban lejos de sus riveras.

Por esas bondades habilidosas tan visibles en él, resultó evidente para todos en el pueblo que el “shilico chia ocote”, que hasta hacía poco sólo había sido un forastero más, ahora se había convertido en un shishaco muy trabajador para los hombres y un tipo varonil, atractivo y buen mozo para las mujeres. Así que sin pensarlo mucho, Auxilia Moncada aceptó primero ser su enamorada y después su esposa. Con los años y mucho trabajo, lograron hacer una casita de crisnejas de palma a dos aguas, en la forma que se acostumbraba construirlas en La Ochora, o sea con una sala, una cocina comedor con fogón y barbacoa para los plátanos, un dormitorio y un terrado para guardar allí los costales de arroz, las huayungas de frejol y de maíz, entre otros granos que tendrían que utilizar para su propia subsistencia.

Como su suegro tenía buenas chacras cerca del río Indoche, le dijo a su hija Auxilia que podían sembrar lo que necesitaran, pero; si querían tener algo propio, pasando Trancayaco también tenía unos terrenitos baldíos que les podía ceder definitivamente con escritura pública, en caso que decidieran cultivarlos como propios. No estaban a orillas del río, por lo que sin ser tan buenos como aquellos, con un adecuado manejo agrícola, podía sembrar y cosechar lo que quisieran. Claro que los plátanos les darían sólo

hasta “tercerales” o racimos de tercera cosecha, que ya no eran tan buenos como los “primerales” y los “segundales”, y para maíz, yuca y frejoles, había que rotar el terreno o hacerlo “descansachir” por lo menos un año, antes de cambiar de un cultivo a otro.

Nada de eso le pareció mal a Gonzalo Rojas. Aceptó encantado el obsequio de su suegro y por sus nuevos terrenos sólo pagó el costo de la escritura pública en Moyobamba, a mucha insistencia suya, ya que su suegro le dijo que cuando se regala algo se lo hace completo, por tanto, a él, que era el donante le correspondía hacer ese pago notarial. Pero, como no hubo forma de convencerlo, finalmente, tuvo que aceptar que su yerno pagara la escritura. Gonzalo Rojas muy pronto comenzó a trabajar “sus tierras” como suele hacerlo un agricultor que viene de la sierra, es decir, con más cuidados que los agricultores del lugar, incluso a algunas partes les habilitó el riego necesario con las aguas del Trancayaco y otras veces utilizó arado con yunta de bueyes, al igual que se acostumbra hacer en la sierra. Como era de esperarse, sus cultivos comenzaron a prosperar y prosperar en forma sostenida.

Su chacra a decir de la gente de la Ochora era un anís. Además de tenerla bajo riego, en algunos casos utilizaba también abonos naturales y hasta fertilizantes como la urea y el fosfato. Como descubriera que eran terrenos apropiados para sembrar caña de azúcar, dedicó una buena parte de ellos para este cultivo y, una vez que tuvo suficiente, mandó que le construyeran un trapiche para beneficiar la caña y producir chancaca. En eso estaba ya,

cuando llegó ese siete de agosto de mil novecientos cincuenta y siete en que participó como lo hacía todo el pueblo, en la faena de limpiar las pampas comunales que circundaban La Ochora como si se tratara de un gran aro en su derredor.

Al enterarse que ese día la gente había matado cinco jergones y una shushupe, se le escarapeló todo el cuerpo y la piel se le volvió ni más ni menos como de gallina. “*Vaya —se dijo para sí mismo— nunca me he visto enfrentado a una jergón de ese tamaño y esas características monstruosas, que Dios me libre de semejante cosa, porque yo no sabría qué hacer*”. Y es que las cinco serpientes jergón que esa mañana habían dado muerte, muy cerca de sus chacras de Trancayaco, eran por decir lo menos, demasiado grandes para esa especie de víboras.

Gonzalo Rojas, según los conocimientos que había adquirido acerca de estos ofidios en La Ochora —ya que en su tierra natal no habían víboras venenosas ni para remedio, sólo unas pocas culebras inofensivas— sabía que, a diferencia de la shushupe que perseguía a sus víctimas con la cabeza en alto, la jergón al sentir la presencia de una persona, acostumbraba enroscarse como una humallina, a mecer la cabeza como un péndulo y sacar a intervalos la bifurcada lengua para husmear el ambiente, para esperar en esa postura a que su víctima se acerque lo suficiente, para luego atacarla con una o dos mordeduras feroces y huir hasta donde pueda mimetizarse con la maleza y no la puedan encontrar.

Después de dar cuenta de las malezas de la pampa, como era costumbre, a eso de las once y media de la mañana, la gente

procedió a dar cuenta también de sus fiambres y provisiones. Cada quien sacaba de sus morrales lo que había traído para compartirlo con los demás. No dejaban de aparecer de a pocos o en su totalidad: las tortillas de yuca, los juanes de arroz o de yuca, los maduros “muro muro” sancochados, los inguiris, el poroto shirumbe, el rahuado, la chicha, la mistela, el masato, el guarapo y el aguardiente.

Sin embargo, no hubo tiempo para terminar de degustar esos manjares porque la lluvia se desató con tanta fuerza y, por más que corrieron a guarecerse debajo de algún árbol de huanahuana, de caimito o de palillo, que crecían en la pampa de modo natural, el chaparrón fue tan fuerte que todos sin excepción terminaron mojándose hasta el tuétano. A eso de la una de la tarde la lluvia cesó por completo y salió el sol otra vez, lo que aprovecharon estando ya en sus casas para secar su ropa en los cordeles que cada casa tenía para ese fin.

Al día siguiente, o sea el lunes, Gonzalo Rojas junto con su esposa y sus cuatro hijos salieron muy temprano rumbo a sus chacras de Trancayaco. Allí tomarían desayuno. Tan pronto llegaron al trapiche, Auxilia, su esposa, se puso a prender el fogón para preparar el desayuno, para lo cual necesitaría un poco de bagazo que utilizaría de yesca para prender la candela. Fue entonces que le dijo a su hija Marisela de nueve años de edad, que fuera a traerlo desde la ruma que había a un lado del trapiche. Ella muy diligente fue a recogerlos, pero en eso:

— ¡Mamá!, ¡mamá!... ¡ven ayúdame! —Le dijo gritando llena de pánico y de dolor— una víbora me ha mordido en mi pingullo y no me quiere soltar...

Auxilia, su madre, fue corriendo hasta donde su hija se encontraba, pero vio que ella venía corriendo hacia ella arrastrando con la pierna derecha algo que le pareció un gran trapo negro, parecido a las manguraychinas que hacía con un costalillo entero y que se utilizaban para secar la espuma y las zorrapas de los bordes de los peroles en los que se hervía el mosto para fabricar la chancaca. Pero al fijar bien la mirada pudo apreciar que lo que venía arrastrando su hija en una de sus piernas, era una enorme víbora oscura que, ni más ni menos como un perro bravo, se había prendido de allí, y al parecer, sin intención de soltarse.

— ¡Gonzalo!, ¡Gonzalo!... —gritó Auxilia con todas sus fuerzas— a Marisela le está mordiendo una víbora y no le quiere soltar. Apúrate que tenemos que librarla de semejante bestia...

Y tenía razón. La víbora era una verdadera bestia. Estaba embravecida hasta el límite. Y en su rabia animal, había mordido lo menos tres veces a Marisela, quedándose sus dientes atrapados en el pantalón de jean de la niña, por lo que parecía que no la quería soltar.

Gonzalo llegó tan pronto como pudo corriendo como un desesperado para —con su machetón 128 marca “solingen” y de hechura alemana— despedazar en no menos de cinco trozos a la fenomenal serpiente, sin racionalizar nada de lo que hacía y casi

como un autómatas. Lo que acaba de convertir en trozos, era una serpiente jergón parecida —pero mucho más grande y feroz— a aquellas cinco que la gente había matado a machetazos el día anterior, al llevar a cabo la limpieza de hierbas y arbustos de la pampa comunal que rodeaba a La Ochora.

De inmediato llevó a su hija en sus hombros hasta la posta médica de La Ochora para que le dieran el tratamiento indicado en esos casos. Allí lo único que le hicieron a la niña fueron tres tajos en cruz con el bisturí, en cada una de las huellas de las tres mordidas de la víbora jergón, para tratar de que expulsara la sangre envenenada por la herida. Como no tenían allí ningún suero antiofídico, ni mucho menos uno específico para mordedura de esta serpiente, después de aplicarle una ampollita anticoagulante, el sanitario de la posta les aconsejó que llevaran de inmediato a la niña al Hospital de Moyobamba donde, si tenían suerte, habría un suero antiofídico específico para víboras de cascabel o de jergón selvático, con lo cual podrían intentar salvar a la niña, aún cuando su semblante ya le anunciara inequívocamente que el caso estaba perdido.

Marisela sólo pudo llegar viva hasta la Pampa del Morro, por más que se apuraron sus padres en recorrer a pié el camino a Moyobamba. La niña había recibido en su pequeño cuerpo, tanto veneno de la víbora como para matar a un caballo, por lo que no lo pudo soportar. La primera hora el anticoagulante contrarrestó el efecto del veneno, pero luego éste lo desbordó y comenzó a tener hemorragias por las encías, los oídos, las uñas, la nariz y los ojos, lo que era una clara señal de que las hemorragias internas

serían aún peores. Hasta que finalmente el cuerpo de la niña, para contrarrestar el efecto del veneno, en un esfuerzo supremo, optó por la coagulación total de la sangre, con lo cual sobrevivió el colapso definitivo que terminó con su joven existencia. Antes de que eso ocurriera y con la finalidad de distraerla un poco y alejarla de la consciencia de la gravedad de la situación por la que estaba atravesando, Gonzalo Rojas que llevaba a su hija sobre sus espaldas, acondicionada convenientemente en una silla, le preguntó cómo había ocurrido todo. Ésta, con el poco raciocinio que le quedaba todavía le dijo:

— Fíjate pues papá como fue que me mordió la víbora. Mi mamá me mandó traer bagazo de caña del shunto enorme que hay a un costado del trapiche. Pero el viernes pasado yo enterré allí debajo de los bagazos, un racimo de plátanos pintones para que se maduren rápido abrigados por el calor de los bagazos. Por eso yo me fui a ver el racimo y como lo había pensado, allí estaba el tremendo racimo de plátanos convertidos en maduros “muros muros”. Todos los plátanos estaban tan maduritos y casi negros, con algunas pintitas amarillas por allí y por allá, pero en general, todos casi negros. Me alegré de que eso hubiera ocurrido porque tendríamos lo suficiente para hacer pururuca, pero; al acercarme al racimo para arrancar los plátanos, me pisé en algo suave del grosos de una yuca grande. Era la viborota que estaba comiendo seguramente los plátanos maduros. Como pensó que le iba a quitar su comida y encima la pisé, se prendió de mi pierna derecha como un perro. Me soltó una vez y me volvió a morder dos veces más, pero sus muelotas se enredaron en mi pantalón y así arrastrando al animal fui corriendo para que mi madre me

ayude. Allí no más llegaste tu papacito y mataste a machetazos a la víbora. Ahora siento que todo mi cuerpo se adormece como si quisieran darme calambres. ¿Crees papacito que viviré?

— Si hijita. Aguanta un poquito hasta llegar a Moyobamba y allí, el doctor Alpino Acosta te va a curar. De eso no tengas la menor duda. Más bien acuérdate que, con mi machetón 128, le hice trizas a la maldiciada... No sé como lo hice hijita, porque esos animales me dan mucho terror y hasta pánico, pero lo hice, te salvé de ese jergón enorme, te salvé hijita de ese horrible animal...

— Ay papacito, los maduros “muro muro” están que les chorrea la miel por sus rabitos. La víbora ya no está allí porque la mataste con tu machete. Anda jala un madurito del racimo, que ahora tengo ganas de comerme uno asado con cáscara y todo en el fogón y con maní tostado molido en su dentro... tengo hambre de maduro “muro muro” papacito... mira ahí están los maduros “muro muros”... “muro muros”...

— Espera un poquito hijita que ya llegamos a Moyobamba... Espera hijita, espera hijita... ¡Auxilia, nuestra hijita se está muriendo carajol!...



## **DOÑA EUTANASIA**

La chirimoya, esa fruta medio de temple y medio de sierra, hasta donde yo sabía, era la fruta que más le gustaba a mi abuela. Sabrosa y fragante hasta donde no es posible imaginar para quien no la haya probado y dulce como el almíbar hasta el límite de ser prohibida, para aquellas personas a las que se les acumula el azúcar en la sangre, la chirimoya no tiene igual en el mundo porque, simplemente ¡es única!

Por esa razón, aquella vez que encontrándome en Lima fui a visitar a mi abuela en Lince, tratando de restablecerse de una larga enfermedad, al pasar por la tienda “Monterrey” de la cuadra 24 de la Avenida Arequipa, no pude menos que comprar tres de ellas, escogiendo las que me parecieron de mejor apariencia. La vendedora me las entregó en una bolsa de papel con orejas o asas especiales para transportarlas sin peligro de machucarlas, lo cual

me pareció una magnífica idea, ya que así estaría garantizado que haría llegar el obsequio en inmejorables condiciones, a la que había sido mi madre hasta los doce años de edad: mi madre y mi querida abuela.

Cuando llegué a la casa de mi tía María, que por ser su hermana la había acogido en su casa de Lince mientras durara su tratamiento, encontré a mi abuela con la mirada perdida en algún lugar que ni ella misma podía saber, porque eso era desde algún tiempo, una parte cotidiana de sus más recónditas confusiones mentales. Parecía que los recuerdos la habían abandonado para siempre y que las alegrías de la vida sólo tenían para ella, un color gris monocorde exento de luz y de paz interior, pero sí, presumiblemente, plagados de una melancolía infinita que jamás podré describir ni comprender.

Al abrir la bolsa de papel y observar su contenido, en algún resquicio de la mente de mi abuela se iluminó el recuerdo de la chirimoya, arrancándole una sonrisa algo desganada... pero sonrisa al fin. Todos los que estábamos a su lado en ese momento, esperamos que parta la fruta y la saboree. Pero no ocurrió nada de eso. Ella se limitó a sostenerla entre sus manos, como si no hubiera sabido nunca que se trataba de la fruta que más le había gustado en el mundo y por la que, según ella misma había dicho: “hubiera sido capaz de dar la vida”.

Su hermana María tuvo que partir una de las chirimoyas y pedirle que se la coma, aclarándole que acababa de traerle ese regalo su más querido nieto, con la seguridad de que sería de su agrado. Ante ese estímulo mi abuela dio un mordisco a la blanca y blanda

pulpa de la chirimoya, al parecer, sólo para complacerla, pero allí se quedó el bocado sin que le precedan los movimientos para degustarla y deglutirla que todos esperábamos. Y... así se habría quedado no se sabe hasta cuándo, o de repente toda la eternidad, si nuevamente su hermana María no coge una servilleta de tela blanca primorosamente bordada en sus extremos, para extraer de su boca el trozo de la fruta que ella tenía alojada allí, como si se tratara de la nada. Luego, no existiendo otra cosa que hacer, tuvo que tirarla al tacho como la basura en la que había convertido mi abuela a eso que a ella tanto le gustó. Pendamos que frente a eso tal vez tuviera alguna reacción, pero a ella, todo eso no le llegó a importar ni siquiera un miserable pepino.

Desde hacía cerca de un año, mi abuela trataba de restablecerse de una isquemia cerebral que le llegó mientras dormía y que le quitó para siempre la capacidad de leer y escribir. Antes de eso, la aterosclerosis le había privado de sus más preclaros recuerdos y le había disminuido hasta anular casi por completo, aquella costumbre muy suya de hablar sólo lo necesario pero con propiedad, que siempre la había caracterizado, además de traerle aquellos insomnios odiosos y esos adormecimientos de las piernas y otras partes de su cuerpo, que le producían tal desesperación que ya no podía ni quería soportar.

¡Ella!... que había tenido la fuerza suficiente para criar a ocho hijos y un nieto de yapa, después de haberse quedado viuda a los treinta y nueve años de edad, estaba vencida ahora por esta enfermedad tan terrible.

Para suerte de los familiares que la cuidaban, no padecía ninguna de las formas conocidas de incontinencia que suelen afectar a las personas de la tercera edad, aunque eso era hasta razonable por tener sólo setenta y dos años. En lugar de eso, gracias a su hermana María, olía siempre a limpio de la cabeza a los pies y cada día lucía algún vestido que nunca antes había querido usar a diario, por considerar que debía guardarlo para algún momento u ocasión especial que todavía no acababa de llegar y que ya no llegaría jamás.

Por en medio de esa ropa inmaculada sobresalía con brillante blancura, una larga y rizada cabellera plateada que hacía de marco natural de un rostro que alguna vez fue de bellas y suaves facciones, pero que ahora lucía arrugado por el peso de sus setenta años y con un rictus adicional de melancolía, que nos decía a gritos que ya no quería seguir viviendo. La expresión dibujada en la cara de mi abuela, reflejaba la misma sorpresa ignota de haberse quedado perdida en algún lugar que ahora no era capaz de recordar por más esfuerzos que hacía. Su andar quedo, por su parte, era de alguien que camina a tientas por haberse olvidado para siempre los caminos cotidianos.

Con la poca lucidez que todavía conservaba en su mente, las veces que ello ocurría, solía decirle con pocas palabras al que estuviera a su lado, que ya no quería seguir viviendo. Que le gustaría morir. Que preferiría hacer ese viaje al más allá, lo más pronto posible ya que, según ella, la forma en que ahora estaba viviendo no era vida. Que, desde hacía un tiempo, había perdido por completo la capacidad de saborear los alimentos, por lo que

le resultaba igual cualquier comida o, dejar de comer. Que ya no escuchaba como antes las voces de la vida y de la naturaleza que tanto la regocijaban. Que ya no podía dormir plácidamente, ni soñar las cosas con las que había adornado de fantasías su juventud. En fin, decía que su vida era sombría, lúgubre y gris, y que estaba esperando solamente a Doña Eutanasia.

— ¿Y quién es esa bendita mujer que en esta casa nadie conoce, abuelita? —le pregunté un día en que volvió a contarnos ese consabido estribillo—.

— ¡Ahh!... es una amiga a la que he llegado a conocer hace muy poco... hace muy poco... —contestó lacónicamente, repitiendo las tres últimas palabras con la seguridad de decir la verdad—.

— ¿Y se puede saber qué es lo que te dijo y la razón por la que va a venir a visitarte? —Volví a preguntarle, tratando de que no se rompiera el hilo de la conversación y de impedir que se sumerja, como siempre solía ocurrir en los últimos años de su vida, en alguna de esas lagunas de la nada que ahora eran parte suya y de su existencia cotidiana—.

— Es una mujer, vieja como yo, pero muy buena, a la que le he pedido librarme de estos sufrimientos.

— ¿Y se llama Eutanasia?

— Si, hijo —contestó lacónicamente, para luego hundirse en su mutismo de siempre—.

Al no tener en Lima la mejoría que todo esperábamos, tuvo que ser trasladada a Trujillo para ponerse al cuidado de su hijo Elías que, por su experiencia, era casi un médico. Gracias a sus cuidados, no tardó en mejorar un poco, pero en sus momentos de lucidez, volvía a insistir que esperaba a su amiga Eutanasia, para descansar para siempre. La casa de su hijo Elías en Florencia de Mora, tenía una huerta en la que se cultivaba desde caña de azúcar hasta limoneros, regados de “contrabando” con el agua que se almacenaba desde las tres de la mañana en un pequeño estanque.

De no ser por su enfermedad, mi abuela allí se habría sentido la más feliz de las madres, porque esa casa de Florencia de Mora era lo más parecido a lo que ella poseía en La Ochora, donde siempre había vivido desde que se quedara viuda. Lo único que tenía de más esta casa, era su tanque de agua y eso, justamente, es lo que la llegó a cautivar de la manera más extraña e inimaginable.

Cuando parecía que mejoraba, acostumbraba ir a sentarse en uno de los muros del estanque, con el pelo de plata suelto y ondeando al viento, sólo para tratar de reconocerse en el espejo de esas aguas y tratar de atrapar sus recuerdos. Eso lo había hecho tantas veces que, todos los de la casa se acostumbraron a verla en sus afanes de querer reconocerse otra vez y de que el agua no se le escape por entre sus dedos.

Pero un día Víctor Hugo el vástago menor de su hijo Elías, al que todos llamábamos cariñosamente “Vitucho”, de cinco años apenas, vio que su abuela como siempre acostumbraba, se fue caminando con sus pasos quedos hasta el estanque. Allí, vio que se acomodaba para sentarse en el muro como otras veces, pero esta vez también vio a la persona que en ese momento llegó para acompañarla. Y vio que conversaban amigablemente y que, ayudada por ella, su abuela introducía primero sus pies y luego todo su cuerpo en el tanque de agua, por una de las aberturas de la parte superior que siempre se deja para limpiarlo de impurezas las veces que hace falta.

Cuando su nuera Georgina volvió de comprar en la bodega la carne de pollo que requería para el almuerzo, encontró a su hijo Vitucho con la mirada fija en la abertura del estanque. Al preguntarle qué es lo que estaba mirando con tanto interés, el niño le dijo con toda la inocencia del mundo, que su abuelita acababa de meterse dentro del tanque ayudada por otra señora casi de su misma edad, vestida de blanco, que no sabía de dónde había venido ni por donde había entrado a la casa y que, tampoco sabía cómo es que, de repente, había desaparecido.

Al escuchar aquello, loca de desesperación, su nuera Georgina corrió hasta el estanque. Su suegra estaba sentada dentro de él, con el agua apenas cubriéndole la cabeza y con los cabellos plateados ondeando como si el viento los estuvieran meciendo. Como no pudo sacarla de allí ella sola, llamó a gritos a sus vecinos y entre todos, con mucha dificultad, lograron sacarla del agua y allí, recién pudieron ver que su rostro tenía un semblante

en el que estaba dibujada toda la paz que le fuera tan esquivada los últimos tiempos.

— Pero Vituchito, hijito precioso, ¿ni por casualidad escuchaste quién era la señora esa que dices que le ayudó a tu abuelita a entrar en el tanque de agua? —le preguntó su padre “que enterado de la noticia vino volando” desde la Sanidad de Policía donde trabajaba de sanitario, enterado de la noticia—.

— Si papá, yo si oí que mi abuelita le dijo: “*Hola Eutanasia, qué alegría, por fin llegaste... ¡No sabes cuánto tiempo te estuve esperando en Lima y aquí en Trujillo!*”

Así se fue mi abuela de este mundo. Tenía en su rostro la expresión de quien ha logrado su último y más caro anhelo. Ese es el rostro de ella que conservamos en nuestros más caros recuerdos, junto con los pasajes de la vida en que siempre la vimos luchando contra el mundo y a favor de la vida. Atrás se quedó ese rostro apesadumbrado, que la acompañó por tanto tiempo durante su larga y penosa enfermedad y, que a todos los que la quisimos, nos producía un sufrimiento que, incluso ahora que se ha ido para siempre, nos impide encontrar las palabras que nos permitan caracterizarlo y describirlo.

## LOS LUCHOS

Esta es la historia de un par de cangrejos, zamarros e ingenuos, a la vez, los mismos que en el argot de los *huacapampinos*, una vez practicada la intrincada metodología para establecer la genealogía de ambos, no llegarán jamás a ser otra cosa más que “*hijos de dos hermanos*”. Es la historia de un par de “Luchos” que —uno era el “Lucho gordo” y el otro el “Lucho flaco”— por esos naturales azares de la vida, cuando no más comenzaron a “encañonarse” por los lugares más escondidos de su cuerpo, llegaron a protagonizar uno de los más sui géneris episodios de amor que jamás se viera por estas comarcas.

Los padres de estos “Luchos” fueron, en términos generales, *sbilicos* de pura cepa (*sbilicos* se le dice a los que han nacido en la provincia cajamarquina de Celendín). Sin embargo, si hubiera necesidad de ciertas aclaraciones, el padre del “flaco” nació en Guañambra y su madre en El Torno, lugar en el cual también había nacido el padre del “gordo”. La coincidencia de que la madre del “flaco” y el padre del “gordo” fueran del mismo lugar,

se resumiría en la frase “*ende que eran hermanos*”, que cualquier “*gentil de esos lugares*” sabe qué significa. De allí entonces que “Los Luchos” fueran... nada más ni nada menos que... “primos hermanos”. En cambio la mamá del “gordo”, para variar, nació en *Huacapampa Viejo*, pero como sus padres, siendo muy niña todavía ella, se adentraron hasta las selvas de Moyobamba para vender sombreros y hacerla de fenicios —como es la sacrosanta costumbre de los *shilicos*— era por decir lo menos sólo “medio muncha” al no poder negar sus raíces ancestrales y telúricas.

A uno de “Los Luchos” para diferenciarlo del otro, sus familiares le decían cariñosamente “Lucho Gordo” y al otro —ya se imaginarán por qué— “Lucho Flaco”. Y es que tales apelativos correspondían a la realidad de los hechos, como si los hubiera preparado adrede un fiscal para probar justamente eso, en un juicio. No había nada qué hacer. El uno brillaba de gordo y el otro era un *huañulingo*, y encima *muermo* como sólo él podría serlo. El uno parecía lleno de vida y el otro, como si recién lo hubieran rescatado de una hambruna. No es que uno comiera y el otro no, porque en eso el “flaco” tenía incluso más posibilidades económicas para estar mejor alimentado porque su padre, como era guardia civil, gozaba de mejor sueldo que el padre del “gordo”, que era obrero y trabajaba en el cementerio “Presbítero Maestro” de Lima. Lo cierto es que uno de ellos —el flaco— era un gran cursiento y todo lo que comía le caía mal. Más tardaba en ingerir un alimento a su estómago que en defecarlo convertido en caldo. Así es como se deshidrataba y no podía asimilar nada. Al “gordo”, en cambio, nada de lo que comiera le caía mal.

Cuando fueron bebés —porque alguna vez lo fueron, aún cuando ahora sean dos redomados viejecillos al que les dicen “los chapatines”— mientras “el flaco” tomaba el contenido de su biberón con tres cuartas partes de leche “Gloria” de tarro y un cuarto de agua bien hervida, “el gordo” lo hacía con tres cuartos

de panatela de maicena “Duryea” y un cuartito de leche de lo que hubiera: de tarro o aquella que acostumbraba dejar el lechero por las mañanas en las puertas de las casas en sendas botellas de vidrio, allá en la cuadra 14 de la calle Maravillas de los Barrios Altos de Lima, donde ambos nacieron.

Cuando los dos muchachos crecieron —el uno, siempre brillando de gordo y, el otro, flaco y seco como una espina de cactus— y tuvieron que ir a la escuela elemental, luego a la escuela primaria y finalmente al colegio, esas características se mantuvieron tal cual. La situación recién cambió hasta ponerse al revés, cuando ambos se convirtieron en abuelos, pero hasta que eso llegara a ocurrir, los dos “Luchos” eran inseparables en una y mil andanzas y de no se sabe cuántas palomilladas, diabluras y travesuras. Si mi abuela los hubiera visto, habría dicho que eran “jeringa” y “vitoque”, pero para cualquier otra persona, simplemente hubieran sido lo que se da en llamar “uña y carne”, porque lo de “uña y mugre” no correspondería a este caso, porque las madres de ambos los tenían reluciendo de limpieza como para figurines.

Para cuando “Los Luchos” estuvieron estudiando el segundo año de secundaria en el vetusto Colegio “San Ramón” de Cajamarca, después de haber vivido una apacible niñez en los Barrios Altos de Lima, el corazón les comenzó a palpitar alocadamente y al unísono, cada vez que se cruzaban en el camino —que a diario y cuatro veces al día tenían que recorrer, desde el Barrio de Cinco Esquinas hasta el de Chontapaccha— con alguna hermosa criatura bien dotada del Colegio de Mujeres “Santa Teresita”, aún cuando al “gordo”, según el mismo dice hasta la fecha, le gustaran sólo las que tenían un gran batán en el trasero donde moler el rocoto —porque allí, si se ubica el oído adecuadamente entre el ombligo y la entrepierna, se puede escuchar las olas del mar— en tanto al “flaco” le gustaran, según se pudo inferir

mucho después, las que tuvieran los ojos bonitos, ya que el hecho de que fueran flaquitas o gorditas le daba igual.

Esto que nunca antes habían experimentado, les causó una de las más agradables sorpresas de sus vidas y, claro, una de las preocupaciones que también jamás llegaron a padecer con anterioridad y, ante lo cual, sabían que no estaban preparados todavía para resolver a su favor. Si antes estuvieron preocupados por ir siempre juntos al Cine Ollanta, para ver “Durando Kid” de cowboyada y dos capítulos del “Gavilán del Desierto” —la serial que se quedaba con el “joven en peligro” hasta el próximo domingo— ahora sentían que tenían que conseguirse una gila como algo ineludible e impostergable, porque era cosa de vida o muerte y un asunto que no se podía dejar que pasara sin hacer nada.

En la casa que fuera de don Elías Horna y doña Carolina Aliaga, tres puertas más abajo de la casa donde vivía el “Lucho Gordo” —primera cuadra del jirón El Inca— se habían venido a vivir desde Chachapoyas, un técnico de la Sanidad de Policía de apellido Moreno, su esposa Rita que era profesora de Educación Inicial, su hermano Víctor que llegó a estudiar el 4° año de secundaria en “San Ramón” y sus hijos: Ylia, Jorge y “Cholo”.

Ylia era la hermana mayor de los tres y, en forma parecida a su tío Víctor, que cuando vino se matriculó en “San Ramón”, llegó a Cajamarca para estudiar el segundo año de media en el colegio de mujeres: “Santa Teresita”. Sus hermanos menores en cambio, fueron matriculados en la Escuelita N° 123, por ser la más cercana a la casa donde ahora vivían.

Ylia, única hija mujer de los esposos chachapoyanos, además de ser la niña de los ojos de su mamá Rita, era una criatura de tez aporcelanada y de un porte por demás esbelto —que amenazaba

a sus 13 años de edad, con llegar a la estatura de su madre, mujer blanca, alta y con estampa de gringa— con una mirada inquisidora que se escondía detrás de un par de ojos del color del café de Jaén, ligeramente achinados. Era dueña, además, de una blonda cabellera castaño clara y de una figura bien contorneada a pesar de su tierna edad. Pero lo mejor de su estampa era la forma como caminaba, ya que además de hacerlo con un garbo sin igual, daba la impresión de ser una potranca de paso fino y armonioso que está esperando sólo a que un buen chalán la haga hacer malabares al ritmo de un *cilulo* de carnaval *shilico*, el jueves de tornaboda. Ante tanta hermosura andando... ¿cómo no se iban a enamorar de ella “Los Luchos?”

Obviamente... eso fue lo que ocurrió y, en forma irremediable! Como es natural, por vivir sólo a tres puertas más arriba y verla pasar a su lado desde la mañana a la noche, el “Lucho Gordo” fue al que más profundamente le afectó este mal del corazón. El otro “Lucho”, o sea “el flaco”, vivía a la vuelta, en la cuadra siete del jirón Cinco Esquinas y, presumiblemente, por la distancia, por el hecho de no verla todos los días o por la circunstancia de sentirla ligeramente más alta que él, estaba un poco curado de la enfermedad y se comportaba ni más ni menos como el gato que quiere el bocado pero que se hace el remilgado, aunque; de haberle preguntado, jamás hubiera dicho que la chica aquella no le gustara ni que no quisiera llegar a ser algo de ella, aunque sea con brujería.

Resulta que el “Lucho Gordo” tenía un hermano mayor que cursaba el quinto año de secundaria por esa misma época, que a la sazón era muy amigo de Víctor, el tío de Ylia, con quien acostumbraban hacer la diaria caminata a pié desde el jirón El Inca hasta la Avenida 13 de Julio en Chontapaccha, donde quedaba el local de la Gran Unidad Escolar “San Ramón”. Por

ese detalle el pedido que le hizo a éste el “Lucho Gordo” fue muy meticuloso:

— Hermano lindo, ¿te puedo hazer un pedido muy ezpezial? —Le dijo zezeando como acostumbraba, por tener los dientes delanteros muy malos—.

— Claro pues hombre, para eso están los hermanos mayores ¿no crees? —le contestó, tratando de brindarle toda la confianza posible, pero sin imaginar lo que le pediría en concreto—.

— Mira hermano... tú que ya eztaz en quinto de secundaria y que, ademaz, el año pazado cuando no maz estabaz en cuarto haz publicado un cuento en la revizta de “Zan Ramón”, me puez hazer ezte favorzito... ¡Yo ze que puez hazerlo! —concluyó, pero sin decir de qué se trataba—.

— ¡Suelta el gallo Martín! ¿Cómo te puedo decir que sí, si hasta ahora no me dices de qué se trata? —Le aclaró al “Lucho Gordo” su hermano mayor—.

— Me da no ze qué dezirte. Ez una coza muy perzonal. Pero yo ze que tú me vaz a comprender y que, ademáz, me vaz a ayudar...

— ¡Carambas con este hombrecito! Dime de qué se trata y, si está en mis manos ayudarte, ya sabes que cuentas conmigo —le volvió a aclarar—.

— Ze trata de Ylia Moreno que, como tú lo zabez muy bien y como lo zaben igualmente todos en el barrio, ez muy bonita...

— Claro que es muy bonita, pero suelta el gallo... ¿Qué hay con Ylia? Si estás enamorado de ella, suéltale los perros y sanseacabó. Si a ella también le gustas, seguramente que te lo dirá. De lo contrario, como decía mi abuela: “Querer es natural y el no poder es fatal”.

— Allí ez jutamente donde quiero que tú me ayudez puez hermano lindo. Como ya te lo dije y... como tú erez medio ezcritor... —y se quedó otra vez callado sin poder concretar su pedido—.

— Suponiendo que ya soy medio escritor... ¿cómo quieres que te ayude?

— Zimple pues hombre. Quiero declararme a ella con una carta de amor.

— ¡Escríbele pues entonces, tontonazo! Ya estás en segundo de media y, a redactar cartas, nos enseñan desde la primaria.

— La coza ez que yo quiero que tu hazgaz la carta. Y como tu letra también ez más bonita que la mía, tú la ezcribez y yo la firmo, nada maz —por fin dijo lo que tenía que decir desde hacía rato—.

— Ahhh... ahí si queda clara la cosa. Así que quieres que te haga una carta en la que tú le declaras tu amor a Ylia, ¿no es cierto? —le dijo en tono reiterativo, su hermano mayor con un dejo de comprensión pero casi al borde de soltar la risa—.

— Por fin ze te prende el foco hermanito —le contestó de inmediato y muy alegre el “Lucho Gordo”, a su hermano mayor—. Lo que no me ezplico ez... cómo teniendo eza

cabezota enorme que tienes, te hayas demorado tanto en entender el zimple favor que yo quería que tú me hicieras — concluyó más alegre todavía y ya casi dando por hecho que su solicitud iba a ser aceptada—.

— Bueno pues hombre, te haré la carta. Pero... ¡para mañana será eso! Hoy en la noche trataré de inspirarme a solas en mi cuarto y para mañana te la entrego, listita... sólo para que la firmes y la hagas llegar a su destinataria.

Eso le contestó su hermano mayor al “Lucho Gordo” viendo que ya no había otra cosa que hacer y, sobre todo, poniéndose dentro de sus zapatos, pues a él, a esa edad, también le ocurrió algo similar: se vio enamorado de una de sus compañeras de estudios y le escribió una carta de amor que, lamentablemente, cayó en las manos de la madre de la chica, que lo denunció ante el director de la escuela, con el consiguiente escándalo y el castigo que era de esperarse... ¡Pero esos eran otros tiempos! se dijo para sí y aceptó el encargo hasta con cierta alegría y satisfacción.

Al día siguiente con la complicidad propia de esta clase de acciones, su hermano mayor le entregó la carta de amor a “Lucho Gordo”, que la guardó como algo de valor incalculable, en uno de los bolsillos de su camisa del uniforme comando de color beige, con el que se asistía a clases por aquella época. No hubo necesidad de que el beneficiario verificara el contenido, ni de que el hermano mayor, más experimentado en estas lides, le hiciera algunas recomendaciones extraordinarias acerca de cómo cuidar estas cosas ¡Cada quien sabía lo que tenía que hacer y sólo había que esperar que los acontecimientos ocurran!

Y los acontecimientos ocurrieron uno a uno, sin más ni más. Tan pronto se produjo la hora de recreo, el “Lucho Gordo” se fue corriendo al baño del Colegio a leer el contenido de “su carta”, a

solas, como deben hacerse estas cosas, sin importar que el lugar donde se supone que haría sus necesidades estuviera pidiendo a gritos un poco de lejía o de ácido muriático para disipar el olor a urea de las pichis acumuladas y de lo que suelen estar acompañadas. Pero... a esa hora el “Lucho Gordo” estaba en el limbo, y allí no podía existir nada que moleste a sus sentidos.

Complacido del contenido, salió al patio de recreo y allí se encontró con el “Lucho Flaco”, que lo estaba buscando como de costumbre. No más de verlo se le vino a la cabeza consultarle sobre lo que pensaba hacer. Todo lo anterior lo había hecho en absoluto secreto, pero; como toda su vida su pecho se caracterizó por ser una tumba en tanto su boca era nada menos que una campana, ya no pudo retener lo que estaba guardando en secreto. Así que... ¡le contó todo!, y... para variar, le mostró la carta en toda su grandeza y audacia. Qué cosas hermosas decía. Con qué palabras la carta expresaba la declaración de su amor. No había nada que hacer. ¡La carta estaba buenaza! Sólo había que hacerla llegar a quien estaba destinada. Se buscaron todas las alternativas y se eligió la más confiable, sólo que desde ese momento se produjo un cambio radical en ambos: ¡estaban hablando en plural! Ya no era sólo el “Lucho Gordo” el que estaba enamorado de la hermosa Ylia. Los dos “Luchos” lo estaban y... tan perdidamente que la cosa la tuvieron que hacerla... ¡los dos!

— Fíjese pues señora Idita —le dijo la señora Rita a la mamá del “Lucho Gordo”, en visita ex profesa a ésta— mi hijita Ylia, el día de ayer, ha recibido una carta de amor. Y... ¿no se imagina de quien? Yo estoy pensando que uno de los que le ha escrito es su hijo, el zarquito. Luchito creo que se llama.

— Qué va a ser. No creo que ese cholo sinvergüenza de mi hijo tenga esa habilidad. Cuando le dan tareas de redactar alguna

cosa propia de sus estudios, el que le ayuda a hacerlas es mi otro hijo, el que ya está terminando la secundaria...

— Sobre eso yo no puedo contradecirle. Pero mire, la carta es muy hermosa. Está muy bien redactada. Y qué cosas tan bonitas le dice a mi hija. Se puso coloradita la pobre, cuando se fue a enseñármela. Pero lo más curioso de todo, es la despedida. Mírela usted misma señora Idita —y le entregó la carta de amor para que verificara la parte curiosa de la situación—.

Su sorpresa no tuvo límites al constatar por sus propios ojos, no sólo el contenido de la misiva de declaración de amor, sino la firma que había al final de ella. Y es que... simplemente, ¡no era creíble! No podía siquiera imaginar los motivos por los que la hermosa carta de amor concluyera de esa manera. Hasta donde ella sabía con sus más de cuarenta años de vida, en cosas de amor —y el cristiano que no esté involucrado de alguna forma en eso... ¡que tire la primera piedra!— nada puede ser compartido de esa manera, por lo tanto, lo que estaba leyendo era por demás insólito e inaudito. Sin embargo, en esa carta, había una despedida y, a continuación, una firma que decía... **¡Los Luchos!**

— Hoy va a ver lo que es bueno, ese cholo sinvergüenza de mi hijo, señora Ritita, no se preocupe —dijo, por decir algo—.

— ¡Ay señora Idita! Por favor. No le vaya a castigar a su hijo el zarquito. Si todos escribieran cartas de amor tan bonitas como esa, que le escriban cuantas veces quieran a mi hija. De pasadita, yo me divierto leyéndolas también porque mi Ylia tiene mucha confianza conmigo y todo lo comparte conmigo. Eso es bueno que exista entre una madre y su hija ¿no le parece doña Idita? Ahhh, y por si acaso, al otro zarquito que vive a la vuelta, o sea al “solidario”, que también es su sobrino, por favor... ¡que tampoco le vayan a castigar!

Y... se fue a su casa tranquila como había venido. Para aquella dama y madre chachapoyana, esa no era una falta: era una delicadeza de amor, cosa que ya en esos tiempos se había perdido por completo. ¡Sí señor!



## **DEL “SANTOS” AL “PALMEIRAS”**

Por aquellos tiempos, Cajamarca era todavía el pueblo que ahora sólo existe en la “memoria de largo plazo” —esa que el gringo Robert Gagné inventara como una de las novedades de su teoría conductista del aprendizaje por asimilación cognoscitiva— de algunos “viejos” que otrora fueran eximios futbolistas, bailarines incansables en las novenas de la Cruz del Molle, la Cruz Verde, la Cruz de Piedra y tantas otras cruces que, para sus festividades de aniversario —lo cual ocurría en el mes de mayo— sus devotos les hacían novenas que, indefectiblemente, concluían con un gran baile, que por cierto, ahora también sólo existe en la memoria de esos piropedores de las gilas a la vieja usanza, que bailaban después de la novena, susurrando ya se sabe qué cosas en la oreja de sus enamoradas o de las candidatas a serlo.

El colegio “San Ramón” funcionaba en aquella época como Gran Unidad Escolar en su flamante local de Chontapaccha. La

Escuela Normal, por su parte, —hoy Instituto Superior Pedagógico Público “Hermano Victorino Elorz Goicoechea”— por ser tan “normal”... era sólo para varones, los mismos que estudiaban internos y a los que, para mantenerlos libres de garrotillos en sus demonios y tranquilos a sus corazones, les daban de tomar “té de alcanfor” todas las noches en su local de la Avenida “El Maestro”, bajo la férula de los estrictos hermanos de la Congregación Marista. Para variar, la Universidad Nacional de Cajamarca estaba linchita y era todavía “Técnica”.

En esa época llena de almas que vagaban por las calles asustando a los trasnochadores. De “curas sin cabeza” que “piernoctaban” todas las noches de luna llena en los balcones de las casas antiguas. De ayaypumas que los viernes por la noche resultaban enredando sus cabellos en las zarzamoras que había en las riveras del río San Lucas, en su loca búsqueda de agua para saciar su sed, después de una sacada de vuelta al marido celoso. De películas terroríficas en tecnicolor —como “Drácula”— que nos dejaban tiritando de miedo y condicionados para dormir con manillas de ajos debajo de la almohada por una semana entera, después de verla en la función de vermouthe del Cine “Ollanta”... etc., no se sabe por arte de qué sortilegio, un grupo de “empresarios cajachos” —argumentando que otras ciudades más pequeñas de la costa como Pacasmayo, por ejemplo, tenían este vital servicio para la juventud— decidió poner un prostíbulo en Cajamarca.

La sola idea de contar con un lugar donde los jóvenes cajachos pudieran ir a dejar su “piedra”, después de incontables días de abstinencia sexual, causó un gran júbilo en ellos. Y, a pesar de que

no se llegó a saber jamás en qué parte de la ciudad —o sus alrededores— se lo iba a poner en funcionamiento, todos los muchachos y los que ya no lo eran también, lo daban por hecho y comenzaron a comentarlo en tertulias informales o sesiones a lo serio con acta de por medio, en todos los lugares habidos y por haber.

Lamentablemente, la tan ansiada quimera no llegó a concretarse, por la radical y furibunda oposición a tan “pecaminosa” idea, por parte de la Diócesis Católica de Cajamarca —en ese tiempo no había todavía gente disfrazada de gringo, que saliera a las calles a hacerle la cochina competencia, en busca de nuevos siervos que diezmen para que su “pastor” viva mejor que nadie— y de todas sus miles de acólitas, que poco faltó para que salieran en mitin a protestar por las principales calles de la tranquila ciudad, con pancartas y banderolas.

Sin embargo, a pesar de todo y de todas las recomendaciones impartidas en los púlpitos, de que el sólo hecho de pensar en esa posibilidad era un pecado, suficientemente mortal como para irse de cabeza al “clima cálido”, la mayor parte de la gente comenzó no sólo a pensar en ello, sino a debatir sobre si el tan controversial prostíbulo era necesario o no en una ciudad tan tranquila y tan católica como Cajamarca. Muchos estuvieron de acuerdo con “eso”, siempre que se construya y funcione muy lejos de la ciudad. Otros, en cambio —que fue la mayoría— pensaban que con “eso” ya se estaría dando comienzo al apocalipsis y que no demoraría en llegar el anticristo y todos los demás shapingos, para llevarnos en cuerpo y alma a los infiernos,

a sancocharnos eternamente a partir de las pecaminosas trolas, junto a ese señor con cachos que nadie sabe de qué ganadería será que es don Sata.

En esos incontables debates sobre la conveniencia de contar en Cajamarca con un prostíbulo, los mismos que se llevaron a cabo en el “Ojo Duro”, la gallera del pasaje Atahualpa, el “Huachi” del jirón Junín, el Club de Ajedrez del jirón Tarapacá, el Club “Cajamarca” del jirón Amalia Puga en donde hasta hoy funciona, el Club “Unión” —que funcionaba en los altos del Hotel Casa Blanca— en las cofradías de masones, en el Rotary Club y... por último, hasta en “El Petate” y en “La Calamina”, salieron a luz infinidad de argumentaciones, todas válidas y con respetables fundamentos, tanto a favor como en contra.

— A qué ya pues pueden tenerle miedo esas viejas cucufatas —decía don Félix Rodrigo, uno de los más respetables profesores de San Ramón— ¿acaso no saben que los muchachos desde que están en 4° o 5° de secundaria ya son clientecitos de doña Rosa Castro?

— Claro que sí. Eso lo sabe todo el mundo —terció en la conversación don Andrés Zevallos, uno de los más renombrados pintores de Cajamarca y también profesor de “San Ramón”— no sólo van a esa señora Castro, porque ella tiene como clientes seguros a todos los muchachitos del barrio San Pedro, también los del barrio San Sebastián y los de Pueblo Nuevo tienen su propio servicio, porque ellos van a una señora a la que llaman Santosa. Y los del cumbe, ni qué se diga, van donde la vieja Meshe. Dicen que por la parte alta del mercado San Sebastián,

subiendo hasta donde hay pencas por el jirón de ese mismo nombre, hay otra señora que brinda también estos servicios, pero... la verdad no sé de quién se trata ni mucho menos su nombre —concluyó el artista plástico contumacino muy escueta y parsimoniosamente, como siempre solía hacerlo, incluso cuando escribió sus “Cuentos del Tío Lino”—.

— Qué conocer sobre esas cosas, Andrés... Yo, si no lo escucho ahora de boca de ustedes, no lo habría llegado a saber jamás de los jamases —comentó don Eulogio Velarde, que frecuentaba esos lugares para timbear hasta la madrugada— de sólo imaginarme que se podría contraer una enfermedad venérea yendo a desfogar las intranquilidades en esa señoritas, me da escalofríos por toda mi espalda... —casi concluyó, pero no lo dejaron, porque allí no más le dijeron, con un gran conocimiento de causa—:

— Ya es qué el Eulogio va a tener escalofríos por toda su espalda de sólo pensar en eso —le retrucó su amigo Alfredo Montoya Salazar— qué ya pué le van a dar escalofríos a este asuncionero piquiento, lo que sí le puede dar es una gran comezonería en todos los dedos de sus pies por las niguas que ha traído después de estar en su tierra para la fiesta de la Virgen de la Asunción... incluyendo en el dedo gordo que tiene en las entrepiernas... já, já, já.

Todos rieron de buena gana con la broma. El único que no se rió fue el agraviado. Más bien con mucha seriedad aclaró:

— Haz de saber, pedazo de ignorante, cabeza de Biblia abierta por la mitad, que ahora los chanchos ya no se crían en las calles, como en tus tiempos. Ahora todos tienen corrales. Además, las niguas entran en los dedos de los pies cuando se anda descalzo. Cuando se usa zapatos, como en mi caso, eso que dices ya no ocurre. Pero cuántos muchachos ya estarán con alguna enfermedad si es que van a esos lugares que dicen ustedes.

— No les pasa nada Eulogito —contestó muy seguro de lo que le decía el profesor Alfredo Montoya— mira hombre, acá está nuestro amigo “Lechucita”, que es médico y de los buenos, y él seguramente te dirá lo mismo que yo, ¿acaso se sabe de alguno de ellos que haya contraído una de esas enfermedades? Tranquilo hombre, Cajamarca es un pueblo chico, si se estaría dando ese caso, ya se sabría. Todo se sabe en Cajamarca... ¡todo! o casi todo —concluyó categóricamente—.

— Lo que dice el pelo duro del Alfredo es cierto. Además, lo que les podrían contagiar a los muchachos sería alguna gonorrea y... nada más. Y, eso, se cura bien fácil ahora con unos cuantos millones de penicilina —aclaró el doctor Urrunaga como quien prende un nuevo cigarro “Ducal”, porque el que tenía ya le estaba quemando los dedos—.

— Bueno, lo que sea estará bien. Nosotros ya no vamos a estar detrás de las prostitutas que lleguen a Cajamarca ni mucho menos vamos a ir a donde nuestros alumnos de “San Ramón” van para su iniciación en las artes del amor —concluyó don Félix Rodrigo, para dar por terminado el debate— para suerte todos

nosotros, ni tenemos energía ya para eso, ni tanto dinero para ir a tirarlo en esos menesteres por allí. Todos, sin excepción, tenemos nuestros hogares bien consolidados.

Obviamente, a diferencia de los viejos maestros de “San Ramón” y de otros vetustos centros educativos de la ciudad, de los médicos, abogados e ingenieros que frecuentaban los lugares de timba, de billar, billas y otros juegos de salón, que proclamaban de sus dientes para afuera no tener dinero para ciertas mañoserías, pero si tenían para gastarla a manos llenas en la timba y otras apuestas, los muchachos cajachos de ese tiempo carecían casi por completo de dineros para gastar libremente y, lo único que tenían era tiempo para mataperrear y mucha testosterona a punto de reventar por esa protuberancia de sus cuerpos, que se embravecía al menor descuido y que los tenía afiebrados sin padecer ninguna enfermedad grave ni leve que lamentar, pero que les obligaba a tener que irse sinvergüenzamente a los cuchitriles donde aquellas renombradas damas cajachas de la noche, les calmaban los ímpetus propios de los potros que llegaron a ser sin darse cuenta.

Como su problema mayor era no disponer de feble que gastar, especialmente en mañas, se las ingeniaban para conseguir algún sencillo. Cuando eso no era posible, debajo de sus casacas o sus chompas de lana, también se las ingeniaban para escamotear de las concinas y despensas de sus casas: fideos, papas, sal de cocina, azúcar, harina para cachangas, aceite o manteca, entre otras virtualles que, especialmente en la señora Santosa, eran bien recibidas a cambio de una bajadita de sus humores calenturientos.

Tan popular llegó a ser esta señora de la noche, por ese detalle de recibir su pago en especies, que no había muchacho en Cajamarca que —alguna o varias veces— no hubiera caído o resbalado en esa casa del jabonero que era la chocita de la Santosa.

Sin embargo, así como los muchachos se las ingeniaban para ir a despilfarrar por las noches sus cargadas energías por esas vías y procedimientos, también utilizaban constructivamente su tiempo en la lectura de “chistes” de Gene Autry, Hopalong Cassidy, Red Rider, Roy Rogers, el Llanero Solitario, Toby y la Pequeña Lulú, etc., que alquilaban a tres por cinco reales y que leían “de a par”, —sacándole la vuelta a los encargados, que sostenían que por los cinco reales que pagaban, sólo uno tenía ese derecho— en banquitas especialmente preparadas para ese fin que habían en el jirón Apurímac —casi frente al antiguo Cine Aurora—.

Además, claro está, existían también las famosas sesteadas a la gila desde la esquina de su casa con cigarrillo en boca, la cireada sin parar en las mil vueltas que había que dar a la plaza de armas, durante la retreta de los jueves y domingos por la noche, así como las piropeadas sin descanso a las teresianas al tiempo de encontrarse cuatro veces al día con ellas camino cada quien a su colegio. Pero, además de todo eso, los muchachos también jugaban al fútbol, no sólo en las calles sino también en los campeonatos de la liga distrital y provincial de ese deporte. Pero para eso, había que organizarse...

— Bueno compañeros y amigos deportistas —inició su perorata el que más tarde llegaría a ser el presidente del Club, justamente por el detalle de ser el que había convocado a esa

reunión, había logrado una asistencia total y, encima, había prestado la sala de su casa para la sesión— ya tenemos inscritos a más de quince jugadores para el equipo de fútbol. Todos ya han cumplido con presentar sus fotos, sus partidas de nacimiento y, todos, ya han llenado su ficha de inscripción, además de dar la cuota para las casaquillas con las que deberemos presentarnos al campeonato. Lo único que falta es decidir el nombre de nuestro Club. Así que la reunión de ahora es para, de una vez por todas, acordar cómo se llamará nuestro equipo. Propuestas compañeros:

— Yo propongo que nuestro Club se llame “Cinco Esquinas FC” —dijo uno de ellos—.

— No estoy de acuerdo compañeros. Yo propongo que se llame “San Sebastián”. En honor a nuestro barrio, pues amigos... —le contestó inmediatamente otro—.

— No puede ser, ya existe en Cajamarca un club con ese nombre y es de mucho prestigio —aclaró el moderador—.

— Que se llame entonces “Santos FC” igual que el equipo de Pelé. Yo y todos nosotros, supongo, que conocemos quien es Pelé. Así que en honor del club brasileño en el que Pelé se ha hecho famoso por todo el mundo, que nuestro Club se llame “Santos FC” —sostuvo el “Chueco” Jaime Marín—.

Lucho Verástegui propuso que se llamara “Boca Junior” y el Negrito” Mosqueira que se llamara “River”. Mejor “Botafogo”, dijo finalmente Tito Sánchez, al que le decían “Gringo

Hamburgo”. Uno más propuso que se llame “Alianza”, pero allí no más lo descalificaron porque ya había un club “Alianza Cajamarca”, igual de prestigioso que el “San Sebastián”. En fin... como no hubo consenso, se pasó a votación universal y directa. Antes de que ésta se ejecute, el moderador de la reunión dispuso que hubiera un receso de diez minutos para debatir las propuestas libremente. El que propuso que se llame “Santos” aprovechó la oportunidad y convocó de inmediato a diez más de sus amigos a un rinconcito, donde en secreto y sin que nadie lo oyera les dio las verdaderas razones de su propuesta, con la que estuvieron de acuerdo de pura pendejada y nada más. Tan pronto se realizó la votación, el nombre de “Santos FC” ganó por mayoría.

El “Santos” tuvo muy buenas temporadas en el fútbol cajacho y todos los muchachos que participaban en él, sabían el origen del nombre de su equipo, con excepción de los nuevos. Pero llegó un día aciago en que, de puro viejecita pero sin dejar nunca jamás de cumplir sus sacrosantas funciones, la señora de la noche: doña Santosa falleció plácidamente en la pequeña tarima que le servía de campo de batalla con los imberbes y novatos muchachos que le visitaban por las noches, con los bolsillos a punto de reventar con alguna vitualla para su alimentación. No hubo nada que hacer. Simplemente se murió y... punto. Nadie lo lloró, pero sí sus corazones hablaban, todo Cajamarca se habría enterado que bien lo hubieran querido hacer a gritos.

Como los integrantes del “Santos” se habían quedado sin donde ir a dejar sus calores extra futboleros, el presidente del club convocó a una reunión de urgencia a todos los deportistas que lo

conformaban. Esta vez ya no fueron quince jugadores, sino cuarenta, sin que por ello tengan algo que ver con Alí Babá. Allí se les planteó que tendrían que cambiar de nombre a su Club. No tenía sentido que siguiera llamándose “Santos FC”, les dijeron. Y de nuevo se produjo la reunión en la que acordaron, por unanimidad esta vez, que el Club de sus amores se cambiara de “Santos FC” a “Sport Palmeiras”.

— Por las huevas hemos cambiado de nombre a nuestro Club —renegó uno que, naturalmente, lo decía porque era un miembro nuevo del Club y no sabía la historia que había detrás del ese bendito nombre—.

— Que huevas ni qué nada, compadrito. Está bien el cambio. Muerta nuestra querida “Santosita” ya no hay razón para que nuestro Club se siga llamando “Santos FC” y como ya no hay donde... —le contestó de inmediato el Chueco Jaime Marín, un miembro antiguo del Club y uno de sus mejores defensas—.

— Carajo, quien lo hubiera imaginado. ¿Se llamaba “Santos” entonces, en honor de la Santosa? —Le volvió a replicar el miembro nuevo del Club a Jaime Marín—.

— Y ahora se llamará “Palmeiras”, ya te imaginarás por qué, ja, ja, ja, ja... Mi querido Soco... —por “Socojudo” se dijo para sus adentros—.



*El Lobo de Mar y... otros cuentos*  
de **Wilson Izquierdo González**  
se terminó de imprimir  
en febrero de 2013  
en los talleres gráficos de  
**SERVICOM BROPHI**  
Jr. El Inca 306 – Telef. 076346842  
Cajamarca - Perú

